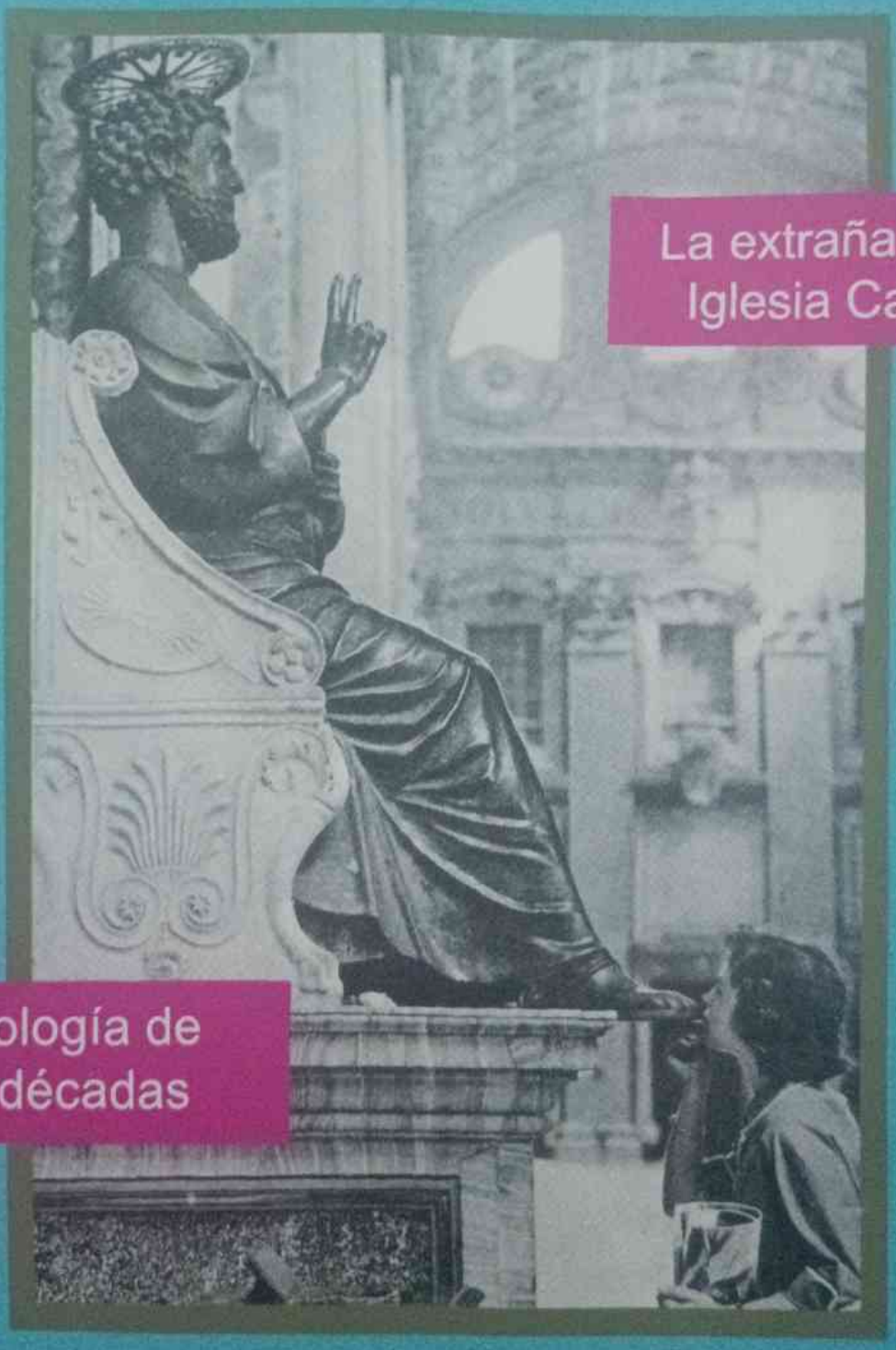
SE SOCAVA LA IGLESIA

Labor clandestina de los jerarcas del Vaticano

Mary Ball Martínez



Colosal estatua del apóstol San Pedro en la Basílica del mismo, en Roma. Es la estatua más misteriosa de la cristiandad.

La extraña Nueva Iglesia Católica

Cronología de seis décadas

EDAMEX

SE SOCAVA LA IGLESIA

"Socavar", según el diccionario, significa "la acción de quitar los cimientos por medios clandestinos". En el proceso de socavamiento de la Iglesia Católica la figura dominante fue Eugenio Pacelli (Pio XII), junto con otros papas italianos: Giacomo Della Chiesa (Benedicto XV), Angelo Roncalli (Juan XXIII) y Giovanni Batista Montini (Pablo VI). En este libro se exponen por primera vez, eslabonándolos, los movimientos del Vaticano, alguno clandestinos y otros proclamados abiertamente, que forjaron la extraña Nueva Iglesia Católica.

LOS *LIBROS* HACEN *LIBRES* A LOS HOMBRES
HERIBERTO FRÍAS 1104 EDAMEX MÉXICO, D.F. 03100

SE SOCAVA LA IGLESIA

MARY BALL MARTÍNEZ

Título de la obra en español: SE SOCAVA LA IGLESIA. Título de la obra en inglés: THE UNDERMINING OF THE CATHOLIC CHURCH.

Derechos Reservados © en 1994, por EDAMEX, S. A. de C. V. y Mary Ball Martínez.
Traducción de: Carlos Torres M.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio. Se autorizan breves citas en artículos y comentarios bibliográficos, periodísticos, radiofónicos y televisivos, dando a la autora y al editor los créditos correspondientes.

Portada: Dpto. Artístico de EDAMEX.

Ficha bibliográfica:
15.- Filosofía y Religión

ISBN-968-409-766-2

EDAMEX, Heriberto Frías 1104, Col. del Valle, México 03100. Tel. 559-8588. Fax 575-0555 y 575-7035. Si llama de Estados Unidos, marque 91-525 antes del número.

Impreso y hecho en México con papel reciclado.
Printed and made in Mexico with ecological paper.

ÍNDICE

I. METAMORFOSIS 7

II. CRÓNICA: 1903-1963 27
La formación de una alianza 29
Se sufre un retraso 37
Se comienza de nuevo 42
Se calla a los franceses 49
Se calla a los mexicanos 53
Hacia la guerra 60
Se cava más hondo 70
Salvaguarda para los marxistas 75
Se aplasta la mente 86
Se violenta a la tradición 92
Se reúnen a rematar 102
Se recogen las firmas 108

III. LOS HOMBRES EN LA CÚSPIDE 117
Juan 119 Pío 123 Pablo 127
Juan Pablo 131 y Juan Pablo 140

IV. LA REALIDAD EN LOS NOVENTAS 157

Çontrol 159
Anatema 167
Diáspora 177
Católico nuevo, católico viejo 189
Posdata 199

I

METAMORFOSIS

En Roma las horas un poco antes del amanecer son apenas tibias aun en verano. Era la víspera de Pentecostés y casi pleno verano (las grandes fiestas movibles caían algo tarde en el año 1971) cuando unos cuatro mil hombres y mujeres de muchas partes del mundo pasaban la noche arrodillados sobre las baldosas frías al pie de los escalones de la Basílica de San Pedro. En el círculo inmenso de la plaza, apenas iluminado por la luna y unos cuantos focos que se escondían en lo alto de las gigantescas columnas de Bernini, se veían desde lo alto como pequeñas sombras arrejuntadas.

Frente a ellos, como si fuera el objeto de sus plegarias, estaba la gran fachada firme sobre sus treinta y ocho escalones, inmutable desde hace cuatrocientos años, sus magníficas piedras sucesoras de otras menores que se dice cubren los huesos del pescador de Galilea, Simón llamado Pedro. Ahí estaba la médula de la cristiandad, la Piedra y la Señal tangible de la permanencia cristiana. Para los peregrinos la oscuridad incrementaba la dimensión y asombro al muro que forma la Basílica, un muro para detener no solo el alba que pronto comenzaría a clarear en Oriente, sino un muro para detener todas las doctrinas falsas de la tierra.

Apenas unos cuantos peregrinos podrían haber sabido que desde hacía más de medio siglo, tras la valiente fachada, venía ocurriendo un proceso de ahuecamiento, de erosión de fuerza y substancia —que la Iglesia Católica había sido socavada.

Todos ellos advertían que algo andaba mal, de otra forma no se hubieran unido a la peregrinación. En Francia, Alemania, Inglaterra, Argentina, los Estados Unidos y Australia, a cada uno en su parroquia, lo había golpeado el cambio abrupto, la orden de adorar de manera nueva y extraña. Casi la mitad de los peregrinos eran franceses que habían llegado en trenes especiales desde París y todos habían venido a suplicar al Santo Padre

que restituyera la misa, los sacramentos y el catecismo para sus hijos.

Si alguno hubiera mirado más allá de las columnas y en alto, hacia la derecha, habría visto las ventanas cerradas de los apartamentos del Sumo Pontífice. ¿Dormía el Papa? ¿Podría dormir, sabiendo que ellos estaban ahí? Hasta su lecho las "Aves" y los "Padres Nuestros" de las quince decenas del rosario que murmuraban los peregrinos, no sonaban más que el chasquido del agua en la antigua fuente de la plaza.

Un sacerdote francés llevaba una decena, un abogado del Canadá la segunda, un granjero de Bavaria la tercera. A medianoche, todos se levantaron para rezar el "Vía Crucis". Sosteniendo velas encendidas formaban largas sombras a medida que se movían en lenta procesión entre las columnas enormes. Sin imágenes que les recordaran los sufrimientos de Cristo, jóvenes de los diversos grupos formados por los que hablaban los principales idiomas, iban haciendo la descripción de cada "estación", uno tras otro.

Con el creciente frío, se suministró grandes calderas de café. Alguien llevó tazas a los *carabinieri* sentados en su Fiat a cierta distancia. Se notaba que las ventanas tras las cuales dormía Pablo VI, o no dormía seguían cerradas. El día anterior el Papa dio audiencia al número acostumbrado de visitas, pero se negó categóricamente a admitir a los peregrinos "tradicionalistas".

Han pasado cinco o seis años desde que los aproximadamente setecientos millones de católicos romanos dispersos por el mundo recibieron el primer impacto del cambio. Un domingo, a fines de los años sesenta (la fecha varió de país en país), fueron a la Iglesia para descubrir que el altar, la liturgia, el idioma y el ritual habían sufrido una metamorfosis total. Ya habían oído rumores y prácticamente todos los católicos, desde los parroquia-

nos de Manhattan hasta los devotos en la selva del Congo, sabían que se efectuaban reuniones de alto nivel en Roma. Sin embargo, ni la información recogida accidentalmente, ni nada que leyeran en la prensa los había preparado para lo que hallaron aquella mañana en su iglesia.

En los meses que se sucedieron, la incomprensión se volvió paulatinamente resignación, y muy de cuando en cuando, en complacencia. Sin embargo, hubo uno que otro grito agudo de protesta, como cuando el novelista italiano Tito Casini, denunció a su obispo, el Cardenal Lercaro de Bolonia, que por casualidad también era quien encabezaba la Comisión Pontificia para la Liturgia: "Ha hecho usted lo que los soldados romanos al pie de la Cruz jamás se atrevieron a hacer. Ha rasgado la túnica sin costura, el lazo de unión entre los creyentes en Cristo de ayer, de hoy y de mañana, para dejarla en garras". La carta abierta de Casini se reprodujo alrededor del mundo en una docena de traducciones.

En Alemania el historiador Reinhardt Raffalt escribía: "Aquellos de otra fe, contemplan horrorizados el ver cómo la Iglesia Católica se despoja de aquellos antiguos ritos que han vestido los misterios de la Cristiandad con una belleza eterna".

De Inglaterra llegó una plegaria apasionada, casi resentida, dirigida al Papa Pablo, suplicándole: "Restaure la Misa tal y como se expresaba tan magníficamente en Latín, la Misa que inspiró innumerables obras de misticismo, arte, poesía, escultura y música, la Misa que pertenece no sólo a la Iglesia Católica y a sus fieles, sino a la cultura del mundo entero". La petición la firmaron varias veintenas de escritores, artistas, filósofos y músicos residentes en Londres, incluyendo a Yehudi Menuhin, Agatha Christie, Andrés Segovia, Robert Graves, Jorge Luis Borges, Robert Lowell, Iris Murdoch, Vladimir Askanazy.

La disensión entre los fieles comenzó, como era de esperarse, en los círculos intelectuales de Francia. Jean Madiran, publicaba una pequeña revista muy eficaz, *Itinèraires*, en la que señalaba la desviación de la ortodoxia en las primeras sesiones del Concilio. El economista político Louis Salleron se preguntaba, en la publicación de Madiran, si acaso la Iglesia se estaba tornando arriana, refiriéndose a la gran ola de herejía del Siglo IV. Él había notado una insistente disminución de Cristo implícita en la traducción al francés, recién publicada, de la versión conciliar del Credo. Con esto, los filósofos Etienne Gilson y Gustav Thibon se unieron al novelista François Mauriac para tratar el asunto en una carta abierta a los obispos de Francia.

Aun antes de que concluyera el Concilio Vaticano II, un sector considerable del publico francés ya estaba al tanto de la magnitud de la transformación. El joven sacerdote, Georges de Nantes, empezó a publicar una circular con el título atrevido de *Le Contre-Reforme Catholique*. Se publicaron *Heresy of the Twentieth Century* de Madiran y *Subversion in the Liturgy* de Salleron, junto con una obra de gran peso del filósofo belga, Marcel de Corte, quien definía las nuevas orientaciones como "una degradación espiritual más profunda que cualquier otra cosa que haya experimentado la Iglesia en su historia, un padecimiento canceroso en el cual las células se reproducen rápidamente para destruir lo que hay de sano en el Cuerpo Místico"; señaló que eran "un intento de transformar el reino de Dios en el reino de la humanidad, de substituir una Iglesia consagrada a la adoración de Dios por una Iglesia dedicada al culto del Hombre. Ésta es la más temible, la más terrible de las herejías".

Mientras tanto, un cura de pueblo en Borgoña, Louis Coache, con título en derecho canónico, publicó una revista de crítica dura intitulada *Cartas de un sacerdote*

rural, y revivía una costumbre del lugar que hacía mucho había caído en desuso, la celebración al aire libre de la procesión de Corpus Christi. La gente empezó a llegar por cientos de todas partes de Francia al pequeño pueblo de Monjavoult, en la rica campiña de Borgoña, para caminar en procesión detrás de la Sagrada Hostia en su relumbrante custodia cantando y rezando mientras los deáconos columpiaban los incensarios y las niñas esparcían flores por el camino. Después de tres procesiones de Corpus Christi, el obispo del Padre Coache (era el obispo de Beauvais como en el caso de Juana de Arco) ya no aguantó más periodismo crítico, ni devociones anticuadas. Ordenó el cese de las celebraciones y suspendió al Abbé *a divinis*, una acta que prohibe a los sacerdotes ejercer sus funciones sacerdotales.

Esto no doblegó al Padre Coache. No sólo continuó diciendo Misa, sino fundó una casa de retiro en el poblado cercano de Flavigny. La participación francesa en la peregrinación a Roma del 1971 se debió en gran parte a los esfuerzos del Padre Coache y fue él, seis años más tarde, quien convenció al anciano Monseñor Ducaud-Bourget y a su grey a efectuar la ocupación dramática de San Nicolas-du-Chardonnet en París.

A fines de los años sesenta, la revolución, tanto tiempo en fase de socavamiento, se colocó en su lugar. Fue una operación relativamente tranquila gracias a que se había llevado a cabo no por los enemigos declarados de la Iglesia, sino que por los que ostentaban ser sus amigos. A diferencia del sitio casi exitoso que se planteó en el Siglo XVI, acompañado de un clamor para el quebrantamiento, la volcadura del Siglo XX se efectuó en forma relativamente silenciosa, entre una combinación ordenada de alteros de estudios, informes de situación, agendas de conferencias y proyectos de currícula, todos debidamente procesados por comités, comisiones, grupos de trabajo,

sesiones de estudio, discusiones y diálogos. Una vez inaugurado el Concilio Vaticano II se promovió la volcadura asiduamente en artículos, conferencias de prensa, entrevistas, exhortaciones y encíclicas, todo en un ambiente de prudencia y discreción eclesiástica.

Concluido el Concilio, siguió su turno a los comentaristas. En veloz sucesión en Europa y América aparecieron artículos y más artículos, libros y más libros que intentaban explicar lo sucedido. Relatos detallados de cada sesión del Concilio alegaban poder señalar el momento preciso en el que cada uno de los cambios se efectuó. Mucho de lo escrito salió de las plumas de los teólogos y seglares liberales que ensalzaban lo que ellos proclamaban "la gran obra de abrir la Iglesia al mundo". Más aún escribieron los conservadores que a la vez que aceptaban la legitimidad del Concilio Vaticano II, intentaban mostrar cómo sus loables intenciones fueron distorsionadas. Estos escritores se mostraron especialmente duros con lo que llamaban el "Grupo del Rhin", unos cardenales, obispos y *periti* de pensamiento liberal, que provenían principalmente del norte de Europa, quiénes, se alegaba, dominaban los debates, monopolizaban la atención de los medios de difusión acabaron por influir sobre la mayoría silenciosa de Padres del Concilio para que votaran en su manera "progresista". Los comentadores, a quienes se les comenzaba a llamar "tradicionalistas", mostraron una tendencia a hacer caso omiso del Concilio, alegando que se veía un intento por destruir la Iglesia.

En todo lo escrito, el Concilio Vaticano II o "Concilio del Papa Juan", como se le llamaba, era el protagonista. Lo ocurrido en la Basílica de San Pedro entre octubre de 1962 y diciembre de 1965 abarca toda la historia. El Vaticano impulsó esta idea y la sigue promoviendo hoy en día, juzgando prácticamente todo problema que surge, "de acuerdo con el Concilio", haciendo referencia en ocasiones a la "Iglesia Conciliar". En un sentido verdade-

ro, los documentos del Vaticano II son las nuevas Escrituras Sagradas.

Es precisamente respecto a este concepto ficticio de la importancia del Concilio donde el presente estudio se distancia de los escritores tanto de derecha como de izquierda, y de los pretextos del Vaticano, porque, como escribió en *l'Osservatore Romano*, el buen amigo del Papa Pablo, Jean Guitton, hombre de letras, francés; "Fue mucho antes del Concilio que se propusieron nuevas formas de espiritualidad, misión y catecismo, idioma litúrgico, estudio bíblico y ecumenismo. Mucho antes del Concilio había nacido un nuevo espíritu en la Iglesia".

En verdad, el aspecto y el sonido de las nuevas formas de veneración que tanto asustaron a católicos y no católicos a fines de los años sesenta, eran sólo las reverberaciones de una lejana explosión ocurrida hacía un cuarto de siglo.

Teólogos jesuitas señalan el 29 de junio de 1943 como el día de ese gran estallido. Virgilio Rotondi, S.J., de *Civiltà Cattólica*, escribió contundentemente en el diario romano *Il Tempo*: "Todos los hombres honrados y todos los hombres inteligentes que son honrados reconocen que la revolución ocurrió con la publicación de la encíclica del Papa Pío XII, *Mystici Corporis*. Fue entonces cuando se colocaron las bases para el "nuevo tiempo" de donde saldría el Segundo Concilio Vaticano".

Su colega jesuita Avery Dulles explica la naturaleza de la explosión: "Hasta junio de 1943, el modelo jurídico y societario de la Iglesia estaba en posesión pacífica, pero fue entonces substituido por el concepto del Cuerpo Místico". La designación no era nueva, ya había sido presentada a los Padres del Primer Concilio Vaticano casi un siglo antes. Sesenta de ellos la descartaron totalmente por considerarla "confusa, ambigua, vaga e inapropiadamente biológica".

Es cierto, fue la creciente proliferación de toda una gama de conceptos teológicos nebulosos, lo que impulsó al

Papa Pío IX a reunir un concilio. Una vez que sesionaban los obispos de 1870 presentaron sus puntos de vista sobre la naturaleza de la Iglesia en términos contundentes: "Enseñamos y declaramos que la Iglesia tiene todos los atributos de una verdadera sociedad. Cristo no dejó a esta sociedad sin una forma determinada. Más bien, Él Mismo le dio existencia y Su voluntad determinó su constitución. La Iglesia no es parte ni partícipe de ninguna otra sociedad. Es tan perfecta en sí, que es distinta de todas las demás sociedades y se coloca muy por encima de ellas".

Roberto Bellarmine, el más brillante de los primeros seguidores de Ignacio de Loyola, lo dijo así: "La única y verdadera Iglesia es la comunidad de hombres que han sido reunidos por la profesión de los mismos sacramentos bajo el gobierno de legítimos pastores y especialmente el Vicario de Cristo en la tierra, el Sumo Pontífice".

El hombre que gobernaba la Iglesia en 1943 hablaba otro idioma. No podía, señaló, "hallar expresión más noble y sublime que la frase 'el cuerpo místico de Cristo'". Los Católicos estuvieron de acuerdo. La frase, usada en un sentido pastoral, no-jurídico, se remonta a San Pablo. Aunque los teólogos progresistas de hoy consideran que es totalmente anticuada, la frase goza aún de mucho cariño entre los Católicos conservadores.

Sin embargo, calificativos como "amada", "sublime" o "noble" no descubren el profundo significado de la innovación de Pacelli. La frase "cuerpo de Cristo" se encuentra raras veces en la literatura católica y no se presenta como una imagen de la Iglesia en la liturgia. Para San Pablo "el cuerpo de Cristo" significaba simplemente los cristianos de su época. Tres siglos más tarde, San Agustín usó el término paulino, agregándole "todos los justos desde Abel", mientras que para Santo Tomás de Aquino las palabras significaban los católicos vivientes que se hallaban en estado de gracia.

Aparentemente, lo que inspiró a Pío XII a darle un rango cuasi-canónico a las palabras, elevándolas a "cuerpo místico", fueron los escritos de un contemporáneo, Emile Mersch. Dejando a un lado las objeciones del Primer Concilio Vaticano, este jesuita belga presentó un concepto muy nuevo, la co-identificación de la Iglesia Católica en analogía con el cuerpo humano, agregándole, como lo haría más tarde la encíclica, dos Personas de la Santísima Trinidad. En la analogía se supone que Cristo es la cabeza, los papas y obispos son los huesos y ligamentos, y el Espíritu Santo es la fuerza vital.

Aunque resulta difícil encontrar sus escritos hoy en día, fueron bastante numerosos los teólogos de los años cuarenta que hicieron eco a las protestas de los Padres del Concilió Vaticano I. Señalaban que el concepto "cuerpo místico" se aparta de la realidad en cuanto a que implica la divinización de la Iglesia, y que las referencias biológicas eran inapropiadas.

Descartamos la posibilidad de que un sacerdote común o lego de los años cuarenta comprendiera que algo importante le sucedía a la Iglesia con la publicación de *Mystici Corporis*. En tiempos normales las encíclicas papales las estudian los teólogos, las lee un número reducido de obispos y sacerdotes y las repasan los suscriptores a periódicos religiosos. Sin embargo, 1943 no fue un año normal, sino los días más terribles de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso el énfasis del Papa sobre la frase le hubiera parecido al católico común que leyera el documento, que concordaba en forma natural con designaciones tan veneradas como "Cordero de Dios", el "Sagrado Corazón" o cualquiera de la larga lista de títulos exaltados que se le otorgan a la Virgen María en su letanía. Jamás se le hubiera ocurrido que estas dos palabras podrían desatar una tormenta sobre esa antiquísima nave, la Barca de Pedro.

Sin embargo, para aquél que se dedicaba al estudio serio de la teología, quedó claro que la frase "cuerpo místi-

co" en la mente del Papa Pío XII, significaba mucho más que una denominación piadosa. En la forma en la que él la usó en la encíclica, la expresión desprendió a la Iglesia de su carácter institucional de casi dos milenios, haciendo a un lado su identidad antigua para darle un empujón hacia el futuro.

Casi de inmediato la encíclica del Papa Pacelli dio origen a una nueva disciplina intelectual: la eclesiología. La palabra "eclesiología" que hasta 1943 significaba el estudio de la arquitectura y arqueología de las iglesias", cambió para significar el estudio de cómo la Iglesia se ve a sí misma. Durante más de mil novecientos años no hubo nombre para tal estudio porque no existía. La Iglesia Católica Romana comprendía lo que era, lo sabían también la jerarquía, el clero y los fieles. De pronto, frente a la nueva imagen que señalaba la encíclica, parecía urgente preguntarse qué era aquello que la Iglesia se consideraba ser. De la noche a la mañana un nuevo tipo de teólogo, el eclesiólogo, tenía que ser inventado e instalado en los seminarios, en las universidades y entre el personal editorial de las publicaciones católicas.

Estos estudiosos pronto vieron que tenían trabajo de sobra. La transición repentina de Sociedad Perfecta a Cuerpo Místico resultó apenas un comienzo. Este primer cambio de paradigma, para usar la jerga de los eclesiólogos, inmediatamente dio lugar a otro. "Pronto", dice el Padre Dulles, "los eclesiólogos se preguntaban ¿El Cuerpo Místico es una pura comunión de gracia, o es visible? ¿No sería más apropiado, quizá, decir Pueblo de Dios?"

Dulles añade que luego de ser aceptado Pueblo de Dios (era el término preferido en el Concilio Vaticano II) el influyente dominico francés Ives Congar señaló su debilidad: "¿No suena egoísta y monopolista? ¿Por qué no decir que la Iglesia es un Misterio?". Entonces el Padre (después Cardenal) de Lubac de la Universidad Gregoriana, optó por designar a la Iglesia como un Sacramento. Su

razonamiento: "Si Cristo es el Sacramento de Dios entonces la Iglesia es el Sacramento de Cristo". Olvidémonos que la Iglesia enseñó desde tiempos remotos que hay sólo siete sacramentos y que ni la Iglesia ni Cristo son uno de ellos.

Los no-católicos comenzaron a jugar el "paradigma". Karl Barth, el calvinista suizo de quien Pío XII dijo que era su teólogo favorito, sugirió que los católicos llamaran a su Iglesia Heraldo del Verbo, mientras que los radicales protestantes, Harvey Cox y Dietrich Bonhöffer recomendaron que a la Iglesia de Roma se le designara una Sierva.

Los jesuitas, generalmente imperturbables, se alarmaron. Sus eclesiólogos no encontraban algún precedente para la imagen de Sierva en las Sagradas Escrituras. Además, objetaban que la designación de servidumbre presentaba ciertas ambigüedades. En verdad, desde la Sociedad Perfecta "muy por encima de todas las demás" a la Iglesia-Sierva, los teólogos habían recorrido un camino largo y por él, tal y como habían pronosticado los Padres de Concilio Vaticano I, dilapidaron la identidad de la Iglesia Católica Romana.

Avery Dulles concede: "La Iglesia contemporánea padece alteraciones de paradigma de tal forma que hallamos los fenómenos de polarización, incomprensión mutua, falta de capacidad de comunicación, frustración y desfallecimiento. Cuando se altera el paradigma, la gente se encuentra con que, de pronto, ya no hay terreno sólido bajo los pies. No pueden comenzar a hablar el idioma nuevo sin comprometerse previamente a toda una gama de valores que pueden no ser de su gusto. Entonces se hallan ellos mismos gravemente amenazados en su serenidad espiritual".

Dulles es un clérigo que se dirige a sacerdotes. A pesar de que los detalles de estas oscilaciones casi no alcanzan a los feligreses, o bien apenas han llegado cuando se presentan las siguientes, los fieles están demasiado conscientes de lo que le puede suceder a la serenidad espiri-

tual de sus pastores al contemplar la deserción arrebatadora del clero. Se calcula que en los Estados Unidos, unos diez mil sacerdotes y hasta cincuenta mil religiosos de ambos sexos abandonaron sus vocaciones. Han cerrado la mitad de los quinientos y tantos seminarios; y la edad promedio del clero es superior a los sesenta años.

Siguen las huidas sacerdotales al ritmo de casi cuatro mil por año en todo el mundo. En Francia donde anteriormente se ordenaban unos mil sacerdotes anualmente, ahora no llegan a cien. Así como la serenidad ha desaparecido del sacerdocio, de igual forma los fieles se han disipado de las iglesias. En París, sólo el 12% de la población acude a Misa. Aún en España, siempre tan católica, sólo el 20% de la población acude a Misa con regularidad los domingos y únicamente el 3% de los sacerdotes tiene menos de 30 años.

Según el *National Opinion Research Center* de Chicago, la caída en el número de católicos que practican su religión, ocurrida entre 1972 y 1973, constituye el colapso más dramático en la devoción religiosa, en toda la historia de la Cristiandad.

El periodismo popular sostiene que los sacerdotes han abandonado su vocación porque el Vaticano insiste en mantener la regla del celibato y que los fieles se han ido porque el Vaticano insiste en prohibir el control artificial de la natalidad. Obligados a reconocer que esas restricciones han sido parte de la vida del católico durante siglos, los escritores contestan con la tesis de que el hombre moderno, aún el hombre moderno católico, ha alcanzado tal nivel de "auto conciencia" que no puede y no debe tolerar control alguno de su libertad.

La teoría es falsa y totalmente apartada de la realidad. Los auténticos creyentes resisten cualquier disciplina. La historia demuestra que pueden soportar falta de iglesias, sacerdotes y sacramentos, grandes persecuciones y hasta hacer frente al martirio. Lo que no aguantan es la priva-

ción de las certidumbres espirituales. Las burlas de los no-creyentes refuerzan su fe, pero cuando las burlas y las dudas vienen desde dentro, flaquea su fe y por consiguiente, su fuerza.

En cuanto sus maestros muestren la más mínima señal de duda, ¿cuál será el joven que no se pregunte si tiene la fe que se requiere para soportar la vida sacerdotal? Los rigores del celibato, de pronto, parecen demasiado difíciles.

El meterle mano a la tradición le significó a los católicos la pérdida de su Iglesia-como-Institución, esa estructura sólida y antiquísima en la cual se apoyaban para efectuar la labor delicada de creer y el trabajo difícil de vivir como católicos. Han quedado al garete, no por límites impuestos, sino por la ausencia de ellos.

Aquellos hombres y mujeres que vinieron a Roma en 1971 para rezar toda la noche frente a la Basílica de San Pedro, pedían con sus oraciones que esa estructura se mantuviera y que los decretos debilitantes del Vaticano II se revocaran. Al igual que los escritores que sacaban libros y artículos en aquella época, creían que todo el mal radicaba en el Concilio. Les hubiera parecido totalmente increíble la idea de que una encíclica emitida veintiocho años antes pudiera turbar la serenidad espiritual en todo el mundo y que su autor hubiera sido, de todos los Papas, el más venerado por ellos.

Con el afán de hacer que lo aparentemente increíble se vuelva no sólo creíble sino obvio, este estudio ignorará al Segundo Concilio Vaticano como causa y lo tratará como efecto; el efecto inevitable de un proceder dirigido, concienzudo y emprendido con una meta fija que comenzó décadas antes de que Juan XXIII convocara a reunión a los obispos del mundo. Se verá su cita no tanto como una llamada a consulta, sino como una exigencia de firmas. Dado que muchas de las transformaciones

ya se habían efectuado y otras ya estaban bien redactadas cuando Juan dio la bienvenida a la larga y lenta procesión de prelados de altas mitras, esa mañana de octubre de 1962, veremos cómo todo ello representa la realización de un plan iniciado muchos años antes.

A esta distancia, el Concilio se percibe como una convocación de la jerarquía a Roma, con el propósito de mostrarle lo que ya estaba sucediendo, para darle la satisfacción de una participación muy limitada, y luego para ejercer sobre ella una fuerte presión moral para que cada obispo pusiera su firma en cada uno de los documentos que salían de las deliberaciones hábilmente manejadas.

Las firmas eran de suma importancia, puesto que le daban credibilidad a las transformaciones y creaban una situación más cómoda para los obispos, cuando tuvieran que hacer frente a sus congregaciones cargados con costales de novedades.

Es comprensible que el Concilio sea el punto de partida para tantos comentaristas. Aunque fácilmente podrían seguir la pista de los cambios si observaran los acontecimientos de años anteriores, esto significaría que tendrían que enfrentarse a la figura de Eugenio Pacelli, Papa Pío XII, una situación desconcertante tanto para liberales como para conservadores. Según la izquierda, con el pasar de los años, si no mientras vivía, Pacelli fue un archi-conservador, tristemente falto de luces y probablemente antisemita. Para la derecha, aparece como un santo. En ambos casos, su vida y su obra han sido recargadas de mitos, tanto piadosos como impíos.

Es probable que ningún papa en la historia haya sido tan mal comprendido. Se le ha venerado y despreciado, amado y odiado por todo aquello que nunca realizó y por lo que no fue. Ningún papa en la historia hizo más para cambiar la Iglesia; sin embargo, los conservadores católicos lo ven como el último pilar sólido de la ortodo-

xia. Jamás un papa hizo tanto por los judíos; no obstante los escritores judíos lo siguen acusando de indiferencia a su destino. Ningún papa se esmeró por complacer a los marxistas como él; sin embargo se le aclama en Occidente como héroe anticomunista de la Guerra Fría.

A través de sus largos años como diplomático del Vaticano, cuando inauguró lo que se llamaría la *Ostpolitik*, a través de su década como Secretario de Estado bajo Pío XI, y luego durante sus casi veinte años como Sumo Pontífice, a los cuales seguiría el pontificado de su protegido y heredero escogido, Giovanni Battista Montini, la obra de Eugenio Pacelli abarcó casi un siglo.

Si hacemos la cuenta de los acontecimientos honradamente respecto a la transformación de la Iglesia, entonces los hechos que constituyen la contribución de Pacelli tienen que formar parte de ese cálculo. Existe abundante material disponible. Como la Segunda Guerra Mundial terminó hace tantos años, se han abierto archivos americanos y alemanes, y se están publicando las memorias de importantes personajes de la época. El secreto en el Vaticano, sin embargo, puede ser eterno. Fue sólo con motivo de la acusación contra Pío XII respecto a su indiferencia hacia los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, que en los años setenta se abrió una sección limitada de los Archivos Vaticanos para que la inspeccionaran cuatro investigadores jesuitas. Sin embargo, con o sin la cooperación del Vaticano, queda gran abundancia de material disponible respecto a Pacelli, el suficiente para que sólo los temerarios sigan dispuestos a aferrarse a los viejos mitos.

Si damos por hecho que Eugenio Pacelli fue gigante entre papas y que su periodo de actividad fue extraordinariamente largo, surge la pregunta ¿qué tiene que ver un papa con la revolución? En el caso de la Iglesia Católica tiene todo que ver. Mientras los movimientos de guerrillas, sean la Brigada Roja italiana o el Sendero Luminoso

en Perú, cuentan todos con la inspiración y dirección de estudiantes y profesores universitarios, en la Iglesia, con su estructura jerárquica rígida, el nivel intelectual donde se mueven los teólogos no es suficientemente alto. Cualquier mutación en doctrina o práctica tiene que surgir de la cumbre, del papa mismo. No hay otro camino.

Aunque Eugenio Pacelli fue la figura dominante en el proceso de socavamiento, no se hallaba solo. Otros cuatro italianos participaron en su empresa; Giacomo Della Chiesa, Angelo Roncalli y Giovanni Battista Montini fueron papas, mientras que Pietro Gasparri, como Secretario de Estado, llevó a cabo su fase de la operación como si lo fuera. Lo que lograron los cinco no fue poca cosa, ya que se trataba de la transformación del cuerpo religioso más grande del mundo, un cuerpo que había perdurado prácticamente sin cambio durante casi dos mil años.

Sin inmutarse, la Iglesia Católica soportó el gran desprendimiento de cuatro siglos antes y hasta cobró cierta fuerza del golpe por la redefinición obligada de su propia identidad. El trauma protestante fue una amputación. Lo que ha sucedido en nuestros días no es un rompimiento, sino una vuelta interna, algo más drástico. Por comparación con lo que se consideraba la identidad católica durante diecinueve siglos, la Iglesia socavada de hoy es algo muy novedoso. Al mismo tiempo que las estructuras de su masa menguada han sido hechas más rígidas que nunca, ha ocurrido un ahuecamiento de casi todas las antiguas verdades que eran su vida.

"*Socavamiento*", según el diccionario, significa la "acción de quitar los cimientos por medios clandestinos". Tratándose del católico común, lo que extirpó a su Iglesia, sí, fue tomado clandestinamente, pero no todo el secreto era intencional. No se informaba sobre los cambios que efectuaban clérigos de círculos interiores que trabajaban bajo la dirección papal, ni se daba publicidad a su labor, mientras que los fieles se hallaban cada vez más

privados de enseñanza teológica, tendían en forma creciente a volverse hacia su propia piedad, algo que los transformadores tuvieron cuidado de no perturbar. Como resultado, hasta que los medios de comunicación enfocaron sus luces sobre las sesiones del Concilio, el católico común desconocía que había ocurrido una revolución. Su reacción natural, cuando se impuso la nueva Misa, fue suponer que fue el Concilio el que ha cambiado las cosas.

Los siguientes doce episodios en una cronología de seis décadas, intentarán, por primera vez, eslabonar los movimientos del Vaticano; algunos clandestinos y otros proclamados abiertamente, que forjaron al extraño Nuevo Católico y a la extraña Nueva Iglesia Católica.

II

CRÓNICA 1903-1963

La formación de una alianza

Si no fue en las sesiones del Segundo Concilio Vaticano donde nació la revolución católica, tampoco puede afirmarse que se originó en 1943 con la *Mystici Corporis*, no obstante lo que dice el Padre Rotondi. Aunque en verdad la Iglesia estuvo sitiada desde la Revolución Francesa, los primeros impulsos que terminarían por mover al Papa Pío XII a pronunciar su gran cambio de paradigma pueden detectarse a finales del siglo pasado.

Fue una época cuando parecía que el mundo se sentía excesivamente orgulloso de sí mismo. Para largas décadas había relativa paz y prosperidad. Enormes imperios siguen extendiéndose sobre el globo, funcionando más o menos bien, mientras que los científicos pronostican maravillas para el futuro. Es cierto que se presentaron algunas señales punzantes de una próxima tragedia con los asesinatos de un presidente americano, una emperatriz austriaca y un rey italiano, pero Vladimir Lenin todavía leía tranquilamente sus periódicos en un café de Zurich, el afligido Emperador seguía arrodillándose en la Misa todas las mañanas en su Hofburg y sus afectuosos vieneses aún giraban al compás de los valses de Johann Strauss.

Los primeros años de 1900 fueron relativamente favorables para la Iglesia Católica, a pesar de las duras dosis de anticlericalismo por parte de los gobiernos de Italia y Francia. Aunque la labor misionera de las órdenes religiosas francesas y belgas apenas se iniciaba en África, la membresía de la Iglesia en el resto del mundo se distribuía en forma parecida a la de hoy en día. No obstante

el Papa León XIII, como su antecesor Pío IX, insistía en que era "prisionero en el Vaticano", en protesta contra la toma de los Estados Papales por parte de la Italia insurgente, había alcanzado la edad de noventa años en un reino notablemente productivo que fue poco afectado por su situación de cautivo. Llevó adelante, con gran energía, un programa de reforma de seminarios; abrió la biblioteca Vaticana a los estudiosos, fundó un instituto de estudios bíblicos y emitió cincuenta encíclicas, las más notables de ellas la *Humanum Genus*, una franca denuncia de la Masonería y la *Rerum Novarum*, en la cual delineaba la posición de la Iglesia en cuanto a relaciones obrero-patronales.

Al comenzar el nuevo siglo, ya gozaban de vida y salud los cinco italianos que, con el transcurrir de las próximas décadas, emprenderían la labor de transformar la Iglesia Romana. El mayor de ellos era Pietro Gasparri, de 48 años, el napolitano que llegaría a Secretario de Estado con Benedicto XV y con Pío XI. Giacomo Della Chiesa. El genovés que reinaría como Benedicto tenía 46 años. El romano Eugenio Pacelli, por 24 años, el futuro Pío XII, estaba recién ordenado. Había dos lombardos, Angelo Roncalli, quién tomaría el nombre de Juan XXIII y el niño de tres años, Giovanni Battista Montini, que sería Pablo VI.

Ya se hallaban ligadas las vidas de los cuatro hombres y, a través de sus padres, la del niño. A medida que pasaran los años sus carreras se entrelazarían en lo que podría parecer un esfuerzo de equipo que sería de gran importancia práctica en la realización de su tarea extraordinaria. ¿Una conjura? El término es demasiado fácil, con sus implicaciones melodramáticas y demasiado simplista al no tomar en cuenta el hecho de que estos hombres, viniendo de las familias que provenían, educados en determinada forma, y sometidos a particulares influencias no hubieran podido actuar en una forma diferente a la que registran los hechos. Sólo la interven-

ción de cinco grandes milagros hubiera cambiado el curso de sus vidas.

Digamos que tenían la misma visión y que esta visión era de un nuevo tipo de Iglesia Católica. No fueron los únicos de su tiempo en tener esta visión, pero por el poder que cada uno de ellos iba a manejar, se convertirían en los ejecutores. Uno tras otro, en sucesión cerrada, llegarían a ver, lentamente al principio, cómo iba tomando forma su percepción. Su desarrollo acelerante los sostendría medio siglo y más, hasta los últimos años del último de los cinco, cuando las estadísticas comenzaron a demostrar que la visión se convertía en una pesadilla y el Papa Montini, inadecuado a tan pesada carga, se deshizo en lágrimas.

La presión se acentuó sobre Montini, el más débil de los cinco, y sobre Pacelli, el más fuerte. El material biográfico indica un sorprendente paralelo entre la vida de los dos hombres. Cada uno fue escogido, educado y promovido por sus padres y por amigos poderosos de éstos dentro del Vaticano, para convertirse un día en Papa, con el mismo empeño con que se preparara a un príncipe heredero para ser rey. Las familias de Pacelli y Montini desde hacía mucho se habían involucrado en asuntos del Vaticano. El abuelo de Eugenio, Marcantonio, llegó a Roma en los años 1840, de la provincia de Viterbo, cuando su hermano Ernesto, miembro de la firma bancaria Rothschild, se comprometió a hacer un fuerte préstamo a los Estados Papales bajo Gregorio XVI. Ernesto se quedó a establecer las primeras oficinas del Banco di Roma, mientras que Marcantonio se volvió consejero legal de Gregorio y luego de su sucesor, Pío IX, para finalmente acompañar a este último al exilio en el pueblo costero de Gaeta cuando los disturbios políticos en Roma se tornaron amenazantes.

La instigación a la violencia en los Estados Papales, fuese o no justificable, tiene que atribuirse a los líderes de la masonería italiana. Así como los protestantes del

siglo XVI eran ex católicos que estaban seguros de haber encontrado una forma mejor de profesar culto, los masones que mortificaban a los países católicos con movimientos y gobiernos anticlericales, eran ex católicos que creían haber hallado una forma mejor de vivir y de organizar a la sociedad. En los países católicos, particularmente en Italia y Francia, las divisiones no estaban siempre claras. Se sabe que en la época de la Revolución francesa cientos de franceses le agregaron un juramento masónico a sus votos sacerdotales y de acuerdo con fuentes masónicas fidedignas, el Padre Mastai-Ferreti, que sería el Papa Pío IX, fue admitido en la logia *Eterna Catena* de Palermo en 1837 a la edad de 46 años. Diez años más tarde, siendo Papa, otorgó amnistía general a los más revolucionarios de toda la Hermandad, los *Carbonari*, al mismo tiempo intervenía para frenar el trabajo del jesuita francés, Cretineau-Joly, a quien Gregorio XVI había dado la tarea de investigar la actividad masónica en los Estados Papales.

No sabemos qué afectó la forma de pensar de Pío IX durante sus dos años en el exilio, pero bastó para que regresara al Vaticano como un hombre cambiado. En adelante se dedicaría a la defensa de la Iglesia en contra de sus enemigos y de sus Estados contra la subversión. Se reinstaló al Padre Cretineau-Joly. Pío Nono, como le decían afectuosamente los italianos, alcanzó a convocar el Concilio Vaticano de 1870, al cual se le denomina ahora el "Primero".

A su regreso de Gaeta, Marcantonio Pacelli se apartó del papa para reunirse con los fundadores del periódico Vaticano, *l'Osservatore Romano*. Como en el caso del niño Montini años después, Eugenio, el nieto de Marcantonio, no asistió a una escuela. Se decía que era demasiado débil, lo mismo que se iba a decir de Montini. Recibió instrucción en su casa hasta los últimos años de preparato ando se le otorgó un diploma del Liceo

Visconti, bien conocido por los romanos como el centro educacional estatal más hostil a la Iglesia que cualquier otro en la ciudad.

Eugenio Pacelli tenía dos años cuando su padre lo llevó a la cabecera del Papa Pío IX, quien agonizaba. Se relata que el Papa dijo: "Eduquen bien a ese pequeño hijo para que algún día sirva a la Santa Sede". Él sucesor de Pío IX, León XIII, continuó con la tradición de que los Pacelli eran una "familia del Vaticano". Él tomó a Eugenio, egresado de la preparatoria, y lo colocó bajo el cuidado especial de su Secretario de Estado, el Cardenal Rampolla. "Haz de él un buen diplomático", ordenó. Una vez más, el joven no vivió una vida escolar normal. Su entrenamiento sacerdotal avanzó en forma privada hasta los dos últimos años de estudio, cuando el Cardenal insistió al Rector del Instituto Capranica que aceptar a su encomendado como estudiante no-interno.

Si la elección del Liceo Visconti por la familia Pacelli había sido extraña, la elección del Capranica por el Cardenal fue tambaleante. En los años 1890 este seminario era conocido en toda Italia como un centro nacional de radicalismo teológico al que pronto se le pondría el calificativo de "Modernismo". La escuela ha sostenido esa reputación hasta nuestros días, pues festejó al "Abate Rojo" Franzoni, después de su suspensión *a divinis* en los años setenta, y también a Ivan Illich del CIDOC. Mientras tanto, el vecindario sigue quejándose de las celebraciones nocturnas que se vuelcan a las viejas y oscuras calles, cada vez que la izquierda celebra algún triunfo, desde la victoria a favor del aborto en el Parlamento Italiano hasta los resultados del referéndum en Chile. Aunque el ambiente hubiera sido bastante más sosegado a fines del siglo pasado las enseñanzas no-ortodoxas bien pudieran haber sido cosa más seria.

Quizá el contenido de la instrucción privada que recibió el futuro Pío XII jamás se conozca; sin embargo, su

educación en el aislamiento y la tendencia revolucionaria de las escuelas a las que asistió significaban una preparación extraña para una carrera en la jerarquía católica. Como Papa, permaneció fiel al Capranica e hizo una de sus muy pocas excursiones fuera del Vaticano en 1957, para inspeccionar trabajos de restauración que él mismo ordenó en los edificios principales.

Es cuando examinamos la trayectoria del hombre a quien el Papa León encomendó la educación del muchacho Pacelli que se nos vuelve más difícil evitar el uso del término "conjura", simplemente porque el noble siciliano es una de las figuras más controvertidas en la historia de la Iglesia Católica. Instalado en el segundo puesto de importancia en el Vaticano durante dieciséis de los veintiséis años del pontificado de León XIII, se daba por hecho que el Cardenal Rampolla sería el sucesor. En 1903 cuando a los 93 años, León murió, los primeros votos del nuevo cónclave ascendieron a favor de Rampolla hasta que, ante el gran asombro de los electores, el Cardenal Metropolitano de Cracovia se puso de pie para marcar el alto con un anuncio que se telegrafiaría por todo el mundo. Hablando de parte de Su Majestad Imperial Franz Josef de Austria-Hungría, el primado de Polonia pronunció un veto sobre la elección del Cardenal Rampolla. Tan molestos como sorprendidos los cardenales pronto averiguaron que una cláusula ya olvidada hacía mucho de un tratado entre Viena y el Vaticano, le daba la fuerza de una obligación legal a la intervención.

No se dio motivo alguno para el veto, aunque se sugirió una razón política. Se suponía que Austria se disgustó por algunas actitudes francófilas de Rampolla. Sin embargo, se reveló años después que un tal Monseñor Jouin, sacerdote francés dedicado a la caza de Masones con el celo de un Simón Wiesenthal cazando Nazis, había descubierto la prueba de que el Cardenal no sólo era miembro de la Hermandad, sino Gran Maestro de una

secta, particularmente oculta, conocida como *Ordo Templi Orientis*, en la cual había sido iniciado en Suiza unos años antes. Los esfuerzos de Jouin por hacer llegar esta información al Papa León fueron bloqueados, naturalmente, por el propio Rampolla, sus seguidores y amigos en las oficinas de Estado. Con ansia de que se conocieran los hechos con anterioridad al próximo cónclave, Jouin contactó a la corte austriaca y ahí se le escuchó.

En un estudio reciente, el historiador italiano Giovanni Vanoni entra en detalles al tratar el tema del *Ordo Templi Orientis*, conocido por sus iniciales como OTO. Afirma que es "una de las sociedades secretas contemporáneas más desconcertantes". Se fundó unos cuantos años antes del cónclave papal mencionado, por un rico vienés cuyos frecuentes viajes al Lejano Oriente lo habían convertido en adepto a "las técnicas de la magia sexual", tal y como las enseñan ciertos yogis de la India. Socios fundadores de la OTO fueron dos alemanes, Theodor Reuss que también fue miembro del muy oculto Rito de Menfis, con sede en Inglaterra, y Franz Hartmann, médico que pasó años en Estados Unidos asociado con la dirección general de la *Theosophical Society* de Madame Blavatsky. Entre otros seguidores de la OTO habría que incluir a Rudolf Steiner, cuyas enseñanzas tomarían un lugar importante en la vida de Angelo Roncalli y causaron su destitución de la facultad del seminario Laterano. El miembro de mayor notoriedad de la OTO fue, probablemente, Aleister Crowley, inmortalizado en la primera novela exitosa de Somerset Maugham, *The Magician*. Crowley, electo Gran Maestro en 1912, proclamaba que estaba "bajo la dirección de una Inteligencia Superior" que le aconsejaba "abrir las puertas de una nueva era, aquella destinada a suceder a la Era Cristiana que ya estaba en su agonía de muerte".

Cualquiera que haya sido el compromiso de Mariano Rampolla del Tíndaro, conviene mencionar que la última

condena clara de la masonería que provino del Vaticano estuvo incorporada por la encíclica *Humanum Genus* que se redactó en 1884, tres años antes de que el Papa León tomara a Rampolla como su Secretario de Estado.

De mayor interés todavía es rastrear las relaciones de Rampolla con los cinco hombres destinados a llevar a la Iglesia a su "nueva época". Giacomo Della Chiesa, el futuro Benedicto XV, era ex alumno graduado del Instituto Capranica, y fue escogido por Rampolla como su secretario particular en la Nunciatura de Madrid. La relación duraría veinte años. Como Secretario de Estado, el Cardenal Rampolla trajo a Pietro Gasparri del Instituto Católico de París a Roma para trabajar como su ayudante principal. Gasparri se convertiría en el poder tras el trono de Pío XI. Mientras tanto, el joven Padre Pacelli, que estuvo años bajo la tutela directa de Rampolla, se volvió su secretario personal y asiduo compañero de viaje en importantes misiones diplomáticas. Juntos asistieron a los funerales de la Reina Victoria. Subsecuentemente, cuando tenía sólo veintitantos años, el Padre Pacelli, que trabajaba como *mitutante* en las oficinas de Estado, tuvo acceso a juntas Vaticanas de alto nivel.

En ese tiempo, entraba y salía de las oficinas del Secretario Rampolla el periodista y político, padre del futuro Pablo VI, Giorgio Montini. Rampolla se interesó en la idea de Montini, de un partido político auspiciado por la Iglesia. El Papa León no quedó convencido. En cuanto al futuro Papa Juan XXIII, su carrera se relacionaba con el Cardenal Rampolla a través del amigo y confidente de éste, Monseñor Radini-Tedeschi, quien trabajó mucho tiempo con Della Chiesa en las oficinas de Estado. Angelo Roncalli, que provenía de una pobre familia campesina, consiguió su educación y su elevación al episcopado gracias al patrocinio de Radini-Tedeschi. Fue su secretario particular y después de la muerte del obispo escribió [illegible]lia.

Tomando en cuenta el poder carismático personal del Cardenal siciliano y la orientación de su supuesto compromiso, los católicos tradicionales señalan de inmediato una "clique Rampolla" y hasta una "mafia Rampolla". Que hubo una alianza es cosa cierta. El *l'Osservatore Romano* prácticamente admitió este alegato en un editorial que celebraba la elección del Cardenal Roncalli como Papa en 1958: "Fue Benedicto XV (Giacomo Della Chiesa) quien colocó el pie de Angelo Roncalli, quién ahora conocemos como Juan XXIII, en el primer peldaño de la escalera que lo llevaría a la Silla de San Pedro, tal como lo hizo con Achille Ratti (Pío XI) y Eugenio Pacelli (Pío XII)".

Se sufre un retraso

Es probable que Giorgio y Giuditta Montini, padres del futuro Pablo VI, figuran en la apresurada sustitución de Giuseppe Sarto, Patriarca de Venecia, por el Secretario Rampolla, después de la sensacional interrupción del cónclave de 1903. Es posible que en sus frecuentes viajes al Vaticano, Montini hubiera expresado su preferencia por Sarto, predilección que Rampolla les hubiera comunicado a los perplejos y frustrados electores. Los grupos de Brescia, encabezados por los Montini, mientras se esforzaban por crear un partido político católico, habían estado en contacto con el Patriarca cuando orga-

nizaba clubes sociales para las horas de descanso de los trabajadores venecianos.

Se le ha citado a Montini el haber dicho: "Es un hombre de nuestra forma de pensar". La sincera humildad y sencillez de Sarto también pudieron haber sido una recomendación para él como sustituto de Rampolla. Es más, en cuanto continuó el cónclave y parecía inminente su elección, a Sarto se le escuchó decir al Cardenal Gibbons: "¡Pero si yo no sé nada de asuntos mundiales!" A lo que el americano respondió: "¡Tanto mejor!".

Con lo que no contaban ni los electores ni la élite del Vaticano, fue con Monseñor Rafael Merry del Val, un hombre que conocía mucho de cuestiones internacionales. De la nada o cuando menos de un mundo totalmente distinto del italianísimo Vaticano de Rampolla, este sacerdote irlandés-español, nacido y educado en Inglaterra, a los 39 años llegó en el primer mes del nuevo pontificado de correo diplomático a Cardenal Secretario de Estado. Junto con Giuseppe Sarto como Papa Pío X, el joven Merry del Val emprendería una batalla.

Ya para el año del cónclave, 1903, circulaba un número sorprendente de tesis cuyo destino sería transformar a la Iglesia durante los próximos sesenta años, desviaciones de la doctrina ortodoxa tan antiguas como la Cristiandad y tan parte del futuro como Juan Pablo II. Principalmente en Francia, pero también en Italia, Inglaterra y Bélgica, una actitud alternativa hacia la religión comenzaba a emerger en los seminarios, universidades y por medio de conferencias, libros y entrevistas. Estaba en marcha lo que se iba a nominar el Modernismo.

El movimiento no tenía fundador, ni programa; sólo se jactaba de una serie de actitudes compartidas que incluían el rechazo a Santo Tomás de Aquino como "medieval" y el sentimiento de que la religión debe tener su origen en la experiencia personal, de la cual "el dogma puede ser una expresión, pero no una garantía sofocante".

Entre las frecuentes reuniones de los partidarios de esta forma diferente de ser católico, la que ocurrió en Subiaco en Italia juntó delegados de Francia, Suiza e Italia, a quienes se les instó a "romper las ataduras que oprimen y asfixian a la Iglesia". En un momento de exaltación irrestricta se declaró que todos los presentes sentían que "Cristo está preparando una inmensa transformación religiosa por medio de los profetas y los santos".

A diferencia de los disidentes del siglo XVI, los innovadores no deseaban dejar la Iglesia. Más bien, tenían la esperanza de rehacerla desde dentro. La euforia sobre el arribo de un nuevo siglo, así como la emoción provocada por inusuales iniciativas en la investigación histórica y científica, aparentemente contribuyeron al floreciente impulso de inventar nuevas formas de creer.

El Papa León, a los noventa y tantos años, con Merry del Val a su lado, no era el indicado para frenar la corriente de especulación teológica. Pero tampoco hizo cosa alguna por fomentarla. Si a principios de siglo las novedades religiosas hubieran recibido el apoyo del Vaticano que tuvieran las innovaciones teológicas de los años cincuenta, seguramente la gran transformación hubiera tomado forma antes de la Segunda Guerra Mundial. Se supone que tal apoyo se esperaba como consecuencia de la elección al trono papal del Cardenal Rampolla. Sin embargo, cuando nuevamente surgieron esperanzas con la elección de Giuseppe Sarto, estas esperanzas pronto cayeron por los suelos. En vez de abrirse hacia lo nuevo, reafirmó lo viejo, o, como diría más tarde el buen amigo del Papa Pablo, el Cardenal Pignedoli: "Pío X, desde nuestro punto de vista, hundió a la Iglesia en medio siglo de oscurantismo". Hoy en día, en Roma, increíblemente, continúan las maniobras legales que intentan descanonizar a este notable Papa, quien fue elevado al estado de santidad varias décadas después de su muerte.

Los católicos conservadores vuelven la mirada hacia Pío X como su gran defensor de la ortodoxia, y los sacerdotes ordenados por el tradicionalista Monseñor Lefebvre le han dado su nombre a su sociedad. Sin embargo, es probable que el promotor principal dentro del Vaticano durante los once años del reinado de Sarto haya sido Merry del Val. Hijo de un diplomático; y educado internacionalmente, trajo consigo un nuevo sentido de realismo político al Vaticano. Cuando el Papa iba a autorizar a los Montini la impresión de folletos para su nuevo Partido Popular en la imprenta del Vaticano, el Cardenal le pudo mostrar que el grupo Montini, con su proyectada apertura a la izquierda, tenía lazos de organización con la Internacional Socialista. Conmocionado, Pío hubiera declarado que el Partido Popular (antecesor del Partido Demócrata Cristiano) quedaba fuera de límites para los católicos italianos, de no haberlo disuadido Monseñor Radini-Tedeschi con una ferviente súplica.

Ya sea que Merry del Val haya o no presionado al Papa a remover de su oficina a los dos asociados de muchos años del Cardenal Rampolla, no fue sino hasta 1907, cuando Radini-Tedeschi fue consagrado Obispo de Bérgamo, y Della Chiesa Obispo de Boloña, que el Papa Pío X tomó medidas en contra del creciente caos en círculos intelectuales católicos. Entonces citando un total de sesenta y cinco aberraciones individuales que se apartaban de la doctrina tradicional y que se hallaban en publicaciones religiosas de la actualidad, tildó a todas de "Modernismo" y emitió dos denuncias formales, una carta pastoral que iniciaba con la palabra *Lamentabili* y una encíclica que comenzaba *Pascendi*. Después de los dos documentos, prosiguió con la formulación de un juramento contra el Modernismo que tenían que prestar los superiores de todas las órdenes religiosas, directores de seminarios y facultades teológicas, así como cualquier sacerdote al momento de su ordenación.

El juramento actuó como un tónico refrescante sobre un clero intranquilo y vacilante. En 500 palabras sucintas, definió lo que los católicos deben creer. Principiando por Dios mismo "Quien puede conocerse con certidumbre a la luz natural de la razón" y por las "cosas que son creadas", siguió con la definición de la Iglesia como instituida por "el Cristo histórico cuando Él moró en la tierra". Golpeando al existencialismo, muy difundido entre quienes soñaban con una nueva religión, decía: "Sostengo que la fe no es un sentimiento religioso ciego que brota de las profundidades del subconsciente... sino el verdadero asentimiento del intelecto a la verdad recibida..." y "rechazo la invención hereje de la evolución del dogma que pasa de un significado a otro". El juramento se exigió hasta mediados de los años sesenta; ya en esas fechas la especulación teológica se había extendido por tan diversos caminos, que prestar el juramento hubiera significado desafiar al mismo Segundo Concilio Vaticano.

En cambio la acción decisiva de Pío X en 1907 fue efectiva inmediatamente. En tanto que había sido un movimiento, el Modernismo se desbarató. Su caída precipitada se comprende como consecuencia del hecho de que las teorías que promovía carecían en absoluto de algún conducto del Vaticano a los fieles. Así, el Modernismo quedó como fenómeno de las academias. El lego común poco se imaginaba que circulaban errores doctrinales, mucho menos una colección de sesenta y cinco versiones. Si hubiera continuado ausente la acción papal, los jóvenes sacerdotes que salían de los seminarios hubieran dado alguna expresión limitada a los nuevos conceptos, pero para que se extendieran a los parroquianos las teorías tendrían que pasar por los obispos y eso hubiera requerido de la intervención del Vaticano.

Con León XIII y Pío X, tal participación era imposible. Mientras que el grupo Rampolla dentro del Vaticano, lo

del Capranica, en Bergamo y de Boloña deben haberse sentido alentados cuando florecía el Modernismo e infelices ahora que había sido demolido, mostraron su consumada sabiduría al rehusarse a darle el más mínimo apoyo público. Conscientes de que las nuevas doctrinas solamente pueden ser absorbidas por la Iglesia a través de la aceptación y actuación del papado, decidieron esperar su oportunidad. Después de la publicación de *Lamentabili*, *Pascendi* y del juramento, no tenían que aguardar más que siete años.

Se comienza de nuevo

La muerte del Papa Pío X sucedió dieciocho días después del inicio de la Primera Guerra Mundial. Los once años de su intenso y singularmente honrado pontificado dejaron a la Iglesia Católica con renovado sentido de identidad, a la vez que la reafirmación decisiva de las antiguas certidumbres volvió a despertar el fervor y la devoción.

Simultáneamente, los años Sarto representaron un retraso severo para quienes soñaban con una nueva forma de ser católico. Simplemente recobrar la oportunidad que brindaba el comienzo del siglo veinte se llevaría años, quizá décadas. Aunque se aseguraba el resurgimiento si se lograba la ansiada elección de Giacomo Della Chiesa, secretario por muchos años del Cardenal Rampolla, pero sería necesariamente lento. Debido a la

nueva conciencia vigilante por parte de los fieles respecto a las desviaciones de las antiguas enseñanzas, cada paso que se tomara hacia una "Iglesia del Futuro" tendría que efectuarse con cuidado y expresarse en términos de gran piedad. El Arzobispo Della Chiesa sí se convirtió en Papa en 1914 y tomó el nombre de Benedicto XV, mientras que el otro protegido de Rampolla, Pietro Gasparri, entró al puesto de Merry del Val como Secretario de Estado. Se pregunta uno si acaso el Emperador de Austria-Hungría, ya muy anciano y cargado con tragedia sobre tragedia, se dio cuenta, dos años antes de su muerte, que el Cardenal siciliano cuya elección él vetó, había, a pesar de todo; ascendido al trono papal en las personas de sus dos allegados más cercanos.

A riesgo de caer en generalizaciones, un examen de la Iglesia Católica a través de los siglos parecería darle credibilidad a ciertas calificaciones de gran alcance. Desde un punto de vista histórico, ¿han existido misioneros que igualaran a los españoles, mártires a los ingleses o pensadores en materia religiosa, para bien o para mal, tan talentosos como los franceses? Si el nuevo Papa abrigara esperanzas de reavivar el liberalismo, tendría que comenzar por los franceses. El blanco específico de Benedicto fue el grupo que se llamaba a sí mismo *Sodalitium Piánem*, asociación de legos y unos cuantos sacerdotes que se dedicaban a vigilar la expresión de herejías en la educación, en la predicación y en las editoriales de acuerdo con las normas establecidas por Pío X. Aunque el proyecto originó en las mentes de Merry del Val y de un Monseñor Benigni, un sacerdote periodista en su oficina, fue en Francia donde floreció la idea y donde no daba señas de amainar con la muerte de Pío X. Con su misión de reportar directamente a Roma sobre las aberraciones doctrinales, el *Sodalitium* le era enfadoso al Papa Benedicto y a su Secretario de Estado.

Años más tarde, cuando seguía adelante el proceso de beatificación de Giuseppe Sarto, el Cardenal Gasparri se expresó en forma enteramente amarga, acusando a Pío X de "aprobar, bendecir y fomentar una sociedad secreta por encima de la jerarquía, que se dedicaba al espionaje en su esfuerzo por monitorear hasta a los más eminentes cardenales. En pocas palabras, aseveró, el Papa dio su bendición a una especie de masonería dentro de la Iglesia".

El Papa Benedicto golpeó sutilmente al *Sodalitium* en su primera encíclica, más o menos en la forma en que el Papa Pacelli golpearía años después las teorías de evolución que promovía Pierre Teilhard de Chardin. No se mencionaban nombres. *Ad Beatíssimi*, se suponía, era una plegaria por la paz mundial en la veloz propagación de la Gran Guerra. Era una exhortación "a darle fin a la disputa y a la discordia, a favor de un nuevo sentido de hermandad". Aunque pocos legos, excepto los líderes del *Sodalitium*, leyeron la encíclica, les dio a entender a los maestros y predicadores en todas partes, que la guerra entre el Vaticano y los Modernistas había terminado. Marc Sangnier, líder del *Sillon*, hace tiempo desbandado y blanco de la *Lamentabili*, había recibido las buenas noticias en una cálida carta personal del nuevo Papa, en la cual Benedicto le expresaba su "alta estima". Al leer, hoy en día, una obra de este disidente francés es difícil creer que no escribía para la junta clerical de Daniel Ortega de Nicaragua: "Las ideas de la revolución tienen diecinueve siglos de antigüedad y salen directamente del Evangelio. Por lo tanto, la Iglesia tiene que abrirse a la nueva tendencia y entrar en el movimiento que construye el mundo moderno".

Tal como lo señalaría más tarde el Cardenal Gasparri, las investigaciones de los legos franceses se acercaban en forma muy incómoda a "eminentes cardenales". Ya tenían al gobierno anticlerical de Francia en franca retirada, de tal forma que para 1921, el último del reinado de

Benedicto, la presión emanada del Quai D'Orsay combinada con las quejas constantes de Gasparri, movieron al Papa a disolver el *Sodalitium*.

Bajo la hipótesis de que hombres formados por el Cardenal Rampolla estaban suficientemente arraigados en la estructura de poder del Vaticano como para controlar la dirección que tomara un cónclave electoral, es de suponerse que la muerte del Papa Della Chiesa les presentó un dilema. Si hubiera vivido los largos años que normalmente le tocan a un eclesiástico, su muerte unos diez años más tarde hubiera ocurrido cuando Eugenio Pacelli ya hubiera alcanzado la edad apropiada para ascender el trono de Pedro. A los 48 años que tenía Pacelli cuando falleció Della Chiesa, los fieles lo hubieran considerado demasiado joven. Naturalmente, estaba Gasparri. Pero parece que él prefirió quedarse en su puesto de Secretario de Estado. En todo caso, apoyó la elección del Arzobispo de Milán, Achille Ratti, un candidato sumamente improbable.

Sacerdote bibliotecario hasta los sesenta y un años, Ratti fue obispo solamente tres años, dos de ellos los pasó como diplomático en la mal comunicada Polonia, devastada por la guerra. Fue Cardenal-Obispo en Italia apenas siete meses. Los electores provenientes de fuera de Italia difícilmente oyeron mencionar su nombre, y aquéllos que ocupaban puestos en Italia supieron poco de él. Podemos imaginar que requirió de intensas maniobras por parte de sus patrocinadores (que suponemos fueron los del grupo Rampolla que rodeaban a Gasparri) para asegurarles a los venerables cardenales, muchos de ellos con décadas de experiencia episcopal, que debían elegir a Ratti. En todo caso, el esfuerzo resultó exitoso, pero en los siguientes diecisiete años los que respaldaron el plan tenían razones para desear que hubiese fracasado.

Achille Ratti, que tomó el nombre de Papa Pío XI, fue el más erudito de los Papas de tiempos modernos. En con-

traste con la educación escolar improvisada e irregular, por no decir extraña, que recibió Eugenio Pacelli, la de Pío XI siguió el curso normal de un hijo de familia de clase media superior del norte de Italia, a fines del siglo pasado.

Al salir del seminario en Milán tomó un doctorado triple en la Universidad Gregoriana en Roma y a los pocos años de ordenarse, fungía como director de la gran Biblioteca Ambrosiana de Milán.

Si no era precisamente miembro del círculo interior del Vaticano, tampoco estaba del todo fuera de él. Había sido alumno de Monseñor Radini-Tedeschi, y al igual que el Papa Della Chiesa, auxilió en su carrera al joven secretario de Radini-Tedeschi, Angelo Roncalli. Como milanés, tenía relaciones amistosas con los Montini de la cercana ciudad de Brescia:

Por otra parte afirmó que escogió el nombre de "Pío" por la estima que le profesaba al Papa Sarto, quien lo había transferido de la Biblioteca Ambrosiana a la del Vaticano, y con quien disfrutó ocasionalmente de conversaciones y del té en el Palacio Episcopal de Venecia. En varias de sus encíclicas se aprecia que su punto de vista era bastante parecido al de Pío X; al mismo tiempo, un número similar de sus actos oficiales constituyeron importantes pasos hacia la creación de un nuevo tipo de Iglesia. La paradoja plantea un problema acosante que puede resolverse en una de dos formas; o Pío XI sufría de una esquizofrenia intermitente o su pontificado de diecisiete años fue una batalla continua con sus dos sucesivos Secretarios de Estado: Gasparri y Pacelli.

El año de su elección, 1922, fue de augurios tremendos para el mundo: Vio el nacimiento de las República Socialistas Soviéticas; el hambre de millones de alemanes, la marcha en Roma de los Camisas Negras de Mussolini, la continuación persistente de veinte guerras menores y el otorgamiento del premio Nobel para la Ciencia a un físico sueco por un avance notable en la escisión del átomo.

El nuevo Papa miraba con ojos tradicionalistas las ruinas de aquel baluarte antiquísimo del Catolicismo, el Imperio Habsburgo, ya sustituido, a raíz del Tratado de San Germain, por una proliferación de nuevas repúblicas. En su primera encíclica, *Orbi Arcani*, censuró la nueva igualdad: "Al excluir a Dios de la vida política, al derivarse la autoridad no de Dios sino del hombre, la base misma de la autoridad ha desaparecido porque se ha eliminado la razón principal de la diferencia entre gobernante y gobernado". Dos años más tarde, en la encíclica *Quas Primas*, definió sus principios respecto a las relaciones Iglesia-Estado como "El Reinado de Cristo". Ambas encíclicas podrían haber sido obras de Pío X.

Luego, como si tomara el camino opuesto al concluir el primer año de su pontificado, Pío XI convocó a un Congreso Eucarístico en Roma. Entre los detalles elaborados por Gasparri, figuraba una Misa de medianoche la víspera de Natividad. Ante el altar mayor en la Basílica de San Pedro, el Papa cantó la liturgia en un ritual que no tenía precedente. La congregación cantó las respuestas. Gasparri explicó a las multitudes que "el Papa tiene un deseo ferviente de que los fieles participen en la liturgia".

Pío XI fue el Papa que puso en marcha lo que ahora llamamos ecuménismo. Como la palabra "eclesiología", la palabra "ecuménico" tomó un significado que jamás tuvo antes. De su acepción de "general, que atañe a todo el mundo" —como en "concilio ecuménico"— ahora se entiende una reunión de todas las religiones del mundo. En los años veinte, Roma aún no propiciaba lo que con el Papa Juan Pablo II parece que es pasión arrolladora, la dedicación a la idea de una religión mundial. Cuando se dieron los primeros pasos a principios de los veinte, nadie los llamo "ecumenismo"; la designación discreta era "conversaciones".

Las Conversaciones de Malines, un proyecto del muy citado Desiré Cardenal Mercier de Malines-Bruselas y de su

teólogo de vanguardia, Lambert Beauduin, hizo venir de Gran Bretaña a Bélgica a Lord Halifax, para discutir con ciertos miembros de la Universidad de Lovaina la factibilidad de un acercamiento entre la Iglesia Anglicana y la Católica. Las "conversaciones" continuaron en forma intermitente durante 1924 y 1925 y causaron una fuerte protesta por parte de la jerarquía católica de Inglaterra, que citaba el decreto de León XIII en el cual declaraba que la ordenación anglicana era "absolutamente nula e inválida". Aunque no surgió nada de sustancia de las pláticas, no se olvidaron. Cincuenta años más tarde, en carta abierta al sucesor y protegido del Cardenal Mercier, Leo Cardenal Suenens, el Papa Pablo recordó las Conversaciones de Malines describiéndolas como "fruto de un amor redescubierto".

El Cardenal Mercier y el Padre Beauduin prosiguieron con la aplicación de su talento transformativo a la conversión de la Universidad de Lovaina en un centro de especulación teológica avanzada. Mientras el paradójico Papa Pío, como si fuera en penitencia al haber consentido las Conversaciones de Malines, se dedicó a escribir lo que resultaría la última declaración del Vaticano sobre la cuestión de la singularidad del Catolicismo como la única y verdadera fe. *Mortalium Animos* fue una condena clara de las tesis que promovieron las Conversaciones: "Que estos hijos separados vuelvan a la Sede Apostólica establecida en esta ciudad por los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, quienes consagraron con su sangre esta raíz y matriz de la Iglesia Católica; pero desde luego, sin idea ni esperanza de que la Iglesia abandone la integridad de la fe, sino para que ellos se sujeten a su enseñanza, a su autoridad y a su gobierno... Jamás la Sede Apostólica ha permitido que sus súbditos tomen parte en asambleas de no-católicos. No hay más que un camino por el cual puede alentarse la unidad de las Iglesias, y ese es llevando a cabo el retorno a la verdadera Iglesia de Cristo, de aquéllos que se han separado de ella".

Se calla a los franceses

En cuanto se conoció la condena de Benedicto XV del *Sodalitium*, los antimodernistas franceses comenzaron a reagruparse en varias organizaciones, particularmente en la floreciente *Action Française*. Fundada por dos destacados literatos, el parlamentario y ensayista León Daudet y el periodista Charles Maurras, *l'Action*, rechazaba el dogma liberal de la separación del Estado y la Iglesia y abogaba por la creación de un Estado Católico, preferiblemente monárquico, con una estructura económica corporativa. Como el *Sodalitium* anterior, *l'Action Française* sufriría la condenación papal.

La historia de esta sentencia es extraña. ¿Cómo, se preguntó, podría Pío XI, que tan recientemente basara su encíclica *Quas Primas* en los mismos valores tradicionales que promovía *l'Action*, volver en contra de un movimiento tan de acuerdo con su forma de pensar? ¿Cómo podría poner él en el *Index* de libros que no deberían leer los Católicos, las obras de Charles Maurras, a quien había elogiado en público como "el más admirable defensor de la fe"?

En varias memorias de la época recientemente publicadas, encontramos evidencias de una intriga sórdida. Ya en 1950 Maurras había escrito desde la cárcel: "Ahora tenemos prueba de que muchos números de mi periódico se falsificaron antes de entregarse al Papa para su lectura. ¿De qué otra forma podría haberse pasado meses leyendo mi periódico para encontrar material que los lectores más objetivos jamás hallaron, el cual representaba enormidades efectivas en contra de nosotros?"

Todo lo innoble del asunto salió a la luz después de la muerte de Maurras a la edad de 84 años, quien pasó los últimos nueve años de su vida encarcelado e incomunicado, víctima de la purga política de la posguerra del General de Gaulle. En 1974 apareció una biografía del Inspector Bony, modelo en la vida real del "Inspector Maigret" de los años veinte escrito por su hijo. En una reseña del libro, Aldo de Quarto, afirmó en "*Il Tempo*" de Roma que: "En Roma en 1925 esos herederos del Cardenal Rampolla y del *Sillon*, encabezados por el Secretario de Estado del Vaticano, Pietro Gasparri, ya hacía mucho presionaban al Papa Pío XI para que condenara a Charles Maurras, cuyas publicaciones no dejaban en paz a la masonería. A la presión de dentro del Vaticano, se sumaba la presión del gobierno francés".

Es aquí donde el Cardenal Mercier de las Conversaciones de Malines vuelve a entrar en escena. A principios de 1926, como parte de su programa para reestructurar la Universidad de Lovaina, invitó a sociólogos de tendencia liberal de toda Europa para que vinieran a Bruselas a formular lo que él llamó el Código Social de Malines, una especie de constitución para el Instituto de Filosofía, organizado recientemente; un cuerpo que en el futuro se convertiría en un centro mundial de pensamiento radical católico.

Aprovechando la presencia de tantos estudiosos. Mercier hizo circular un cuestionario entre la Asociación de Juventud Belga de habla francesa, que había fundado un año antes. La pregunta clave: ¿En tu opinión, quién es el maestro católico más grande de la actualidad? En forma abrumadora, la contestación fue "Charles Maurras".

Los filósofos se alarmaron. Con la simpatía descollante de la que gozaba Maurras entre la juventud ¿no sería posible que este súper-católico, súper-patriota encabezara una exitosa revolución nacionalista, como en Italia? Los enemigos de Maurras en la Iglesia y en el Estado cerra-

ron filas. En un intento por restringir este asunto a Francia, el Secretario Gasparri ordenó al Nuncio en París que buscara un obispo francés dispuesto a actuar como agente de una operación represiva. El Cardenal Charest de Rennes se indignó cuando se le hizo la propuesta: "¿Golpear a Maurras, el anti-bolchevique más grande del país?" El Arzobispo de París, Cardenal Dubois, dijo: "No cuenten conmigo. Yo soy uno de los directores de *l'Action Française*".

El Premier Poincaré perdió la paciencia con los esfuerzos del Vaticano y decidió actuar por su parte. Tenía un colaborador, el Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos. Hacía poco que los agentes del Inspector Bony habían detenido al Arzobispo con las manos en la masa en una gran operación de contrabando de diamantes. El asunto se acalló mediante el pago de una enorme multa, pero cuando Andrieu recibió órdenes de atacar a Maurras, obedeció en el acto. El 25 de abril de 1926, precisamente en el dieciseisavo aniversario de la condenación de *Sillon* por el Papa Pío X, el Arzobispo de Burdeos emitió una carta abierta, muy difundida, en la que acusaba a Charles Maurras y a *l'Action Française*. Dice De Quarto: "A los miembros se les acusó de que su catolicismo era exclusivamente político y no espiritual; se les acusó de ser profanadores de la virtud, partidarios de la esclavitud, del paganismo y del ateísmo".

Toda Francia quedó pasmada. Mientras que los verdaderos ateos, paganos y marxistas morían de risa al leer la carta, saboreando su café por los bulevares, los escritores sinceros, aun los dominicos, editores del muy progresista *Temps Present*, objetaron enfáticamente lo que ellos consideraron "una carta de calumnia que contiene los errores más graves".

Como el Papa Pío no daba crédito a las acusaciones de Andrieu, ordenó a Gasparri proporcionarle el periódico de Maurras para su lectura diaria. Pero lo que se pu-

so a disposición del Papa fue el escuchar la lectura. Cuando De Quarto escribía en 1976, desconocía este detalle informativo. Ahora sabemos que el Papa, con toda confianza, permitía a su secretario particular, el Padre (y más tarde Cardenal) Confalonieri, que le leyera los periódicos matutinos —esto, según declaraciones del propio Cardenal años más tarde, en una entrevista con la prensa italiana—. Al Papa Pío XI le bastaron tres meses de las lecturas de la versión de Confalonieri de los artículos de Maurras. El 20 de diciembre emitió un decreto solemne en el que ordenaba a los Católicos a abandonar *l'Action Française* bajo pena de excomunión.

Cuatro días más tarde, víspera de Navidad, el periódico proscrito apareció con el encabezado: "*¡NON POSSUMUS*". *L'Action Française* no podía abandonar la fe ni abandonar a Francia. Maurras escribió: "En la situación cual se halla Francia hoy, la destrucción de *l'Actions Française* es un acto político, no un acto religioso. Si nos sometiéramos, nuestra patria se hallará indefensa. Por muy difícil que sea, si no hemos de traicionar a nuestra patria, nuestra respuesta tiene que ser: ¡NO PODEMOS!".

En los años treinta, políticamente tan precarios, los jóvenes seguidores de Maurras luchaban contra las juventudes comunistas en las calles de París, y de cuando en cuando, se veían extrañas procesiones fúnebres en las cuales laicos, que se suponía estaban excomulgados, portaban el crucifijo y llevaban las oraciones mientras se acercaban a un templo cuyas puertas permanecían cerradas.

El corresponsal Aldo De Quarto escribía su reseña de la biografía de Bony en la época del máximo furor en los medios de comunicación internacionales sobre la "rebelión" del Arzobispo Marcel Lefebvre. Terminó su artículo reconociendo que sentía un malestar agudo: "¿Quién es, quién ayer allá del otro lado del Tíber, se las arre-

gla para maniobrar en contra de todo lo que huele o suena a tradición, todo lo que hoy denominamos 'de Derecha'? Ayer contra Charles Maurras, hoy contra Marcel Lefebvre. ¿Cuáles son los misterios de este Vaticano?"

Se calla a los mexicanos

A medida que continúa el drama de la transformación católica, aumenta el desconcierto de aquellos que perciben cada suceso clave en la historia de la Iglesia en el Siglo XX como si se tratara de algo aislado. Si entendemos estos acontecimientos como un esfuerzo continuo, dirigido por un camino con la intención de fomentar un nuevo tipo de religión, entonces veremos que los hechos mayores toman su lugar en un movimiento con secuencia coherente.

Desde este punto de vista, es lógico que se reprimiera a *l'Action Française*. Si había de suplantarse la Sociedad Perfecta con un nuevo tipo de Cristianismo, entonces el celo a favor de las antiguas verdades tendría que disiparse. Era de máxima preocupación para los progresistas, la propaganda que hacía *l'Action* a favor de un Estado Católico. Recordaban con desagrado la amonestación de Pío X: "Es tesis absolutamente falsa y un error extremadamente peligroso, el creer que la Iglesia y el Estado deben de estar separados. Tal tesis es una negación obvia del orden sobrenatural. Limitada la acción del Esta-

do al único propósito del bienestar Social en esta vida, y no se ocupa en forma alguna de su bienestar más profundo, que es la felicidad eterna, aquella que les está preparada después de esta vida tan breve".

Aun antes de que los disturbios franceses se arreglaran, el Vaticano se enfrentó a otro resurgimiento de la antigua fe, esta vez a quince mil kilómetros de Roma. En México, inesperadamente, la interpretación y aplicación de las leyes severamente antirreligiosas que se alegaba formaban parte de la Constitución de 1917, provocaron el estallido de una guerra civil. Durante tres años, decenas de miles de campesinos, trabajadores, citadinos y estudiantes se enfrentaron a las tropas federales para luchar y morir al grito de "¡Viva Cristo Rey!" Cuando el conflicto llegó a su apogeo, los rebeldes, a quienes el gobierno puso el mote despectivo de "Cristeros", sumaban cuarenta mil hombres con un número correspondiente de oficiales. No había uniformes, ni paga, muchas veces no tenían qué comer y gracias a un estricto embargo por parte de los Estados Unidos, existían pocas armas para la lucha.

Fue una guerra religiosa de laicos. No se sabe de más de siete sacerdotes que hayan tomado parte activa. Los seglares lucharon en defensa de sus obispos, aunque éstos habían cerrado las iglesias y huido del país casi todos. Convencidos de que la aplicación de la legislación conocida como las "Leyes de Calles" significaría la asfixia del Catolicismo, la jerarquía telegrafió al Cardenal Gasparri, en Roma, para pedir permiso de clausurar las iglesias. Llegó el permiso y de pronto no había más Misas, ni Sacramentos. La reacción del pueblo fue inmediata. Campesinos pobres dejaron el campo para alistarse. Las criadas se unieron para desafiar las mangueras de agua de la policía de la Ciudad de México en defensa de su derecho de orar juntas. Mujeres de diversas clases sociales en todo el país formaron una liga clandestina dedica-

da a Juana de Arco e hicieron un juramento secreto para conseguir dinero, obtener información, juntar alimentos para los soldados; mientras que estudiantes de leyes, algunos de ellos un poco más que adolescentes, enfrentaron paredones de fusilamiento. Fue una colaboración espontánea a nivel nacional como jamás se ha visto en América Latina.

Apenas dio inicio el conflicto en México, cuando ya el Vaticano emitía señales contrastantes. Por una parte, se sintió la reacción emotiva y simpatizante de Pío XI. Después de escuchar en audiencia privada los relatos trágicos de los obispos de Durango, León y Tamaulipas, escribió la encíclica *Iniquis Afflictisquae*. Evidentemente agobiado por lo que escuchó acerca de los muertos por pelotones de fusilamiento, redactó: "Con el rosario en la mano y con el grito de "¡Viva Cristo Rey!" en los labios, estos jóvenes estudiantes se van a la muerte por su voluntad. ¡Qué espectáculo de santidad para todo el mundo!"

Por otra parte, en las oficinas del Secretario de Estado del Vaticano el sentimiento era más reservado. Después de haber relatado con detalle los acontecimientos en México, Monseñor González Valencia de Durango, uno de los pocos obispos mexicanos que expresaron en público su apoyo a favor de los Cristeros, se quedó atónito al escuchar las expresiones de escepticismo del Cardenal Gasparri, respecto al grado de seriedad del movimiento rebelde. El mexicano únicamente respondió: "Eminencia, algunas personas se rehusan a darnos ayuda porque dudan de la seriedad de nuestra causa, y otros dicen que nuestro movimiento carece de seriedad porque no recibimos ayuda. Este es un círculo vicioso que debe romperse". Su plegaria fue en vano.

El encargado de negocios de la embajada francesa en la Ciudad de México escribió confidencialmente al Minis-

tro de Relaciones Exteriores Briand, en el Quai D'Orsay: "Gasparri está fatigadísimo por una hilera de prelados mexicanos, con su ortodoxia estridente y anatemas fulminantes. No cesa de aconsejarles que lleguen a algún convenio con su gobierno, que pacten con el Presidente Calles".

Por cierto, el Cardenal Gasparri se enfrentaba con sutileza italiana a la intransigencia española, trabajando asiduamente con miras a sofocar el fuego Cristero. Les aconsejaba a los miembros de la jerarquía mexicana que no alentaran a los luchadores. Alertó a los obispos de Estados Unidos para que rehusaran todas las súplicas de ayuda económica. El líder estudiantil, René Capistrán Garza, dejó un relato patético de su esfuerzo por conseguir fondos entre los católicos de Estados Unidos.

En un Studebaker abierto de segunda mano, en pleno invierno, él y un compañero bilingüe se pusieron en camino hacia Texas, armados de cartas de recomendación a obispos y comandantes regionales de los Caballeros de Colón. Hicieron su primera escala en Corpus Christi, donde esperaron a que el obispo leyera sus credenciales y luego relataron los acontecimientos. Al terminar, escucharon palabras que casi no podían creer: "No se puede, lo siento." En Galveston, el obispo les dio un billete de diez dólares que sacó del bolsillo. En Houston, Dallas y Little Rock consiguieron apenas para pagar su gasolina. En la próspera diócesis alemana de St. Louis, el obispo les dio cien dólares de su propio dinero. Pero ahí se les descompuso el Studebaker y para la reparación los jóvenes tenían que empeñar un reloj de oro heredado y una pistola nueva. A pesar de la nieve y los rechazos constantes, siguieron por Indianápolis, Dayton y Pittsburgh, llegando al fin a la gran diócesis de Boston, ya afamada por su pequeño grupo de millonarios católicos irlandeses.

El Cardenal O'Connell recibió sus cartas y escuchó su relato. Luego hizo su aportación que tomó la forma de

un consejo: "Los exhorto a ustedes y a su pueblo a sufrir con paciencia las pruebas que Dios les ha enviado". A esto, agregó que si alguno de los dos sentía ganas de abandonar su proyecto y de trabajar en Boston, con gusto les daría cartas de recomendación.

Dos meses más tarde, cuando René y José ya estaban en México, surgió la esperanza por última vez. El petrolero William F. Buckley les avisó que convenció a su buen amigo, Nicholas Brady, Caballero de San Gregorio y Duque de la Corte Papal, de donar un millón de dólares a la causa. Cuando llegó a Nueva York, después del largo viaje en tren, Capistrán descubrió que el *no placet* del Vaticano ya le había llegado a Brady. Solamente queda pensar que para impedirles a hombres como Brady y O'Connell el ayudar a una causa tan católica como la de los Cristeros, el mensaje del Vaticano fue no sólo terminante, sino amenazante.

A pesar de pobreza, sacrificio y sufrimiento inimaginable, poco a poco, batalla por batalla, se fortalecieron los Cristeros y simultáneamente aumentó el apoyo popular, al grado de que para la primavera de 1929 estaba a la vista la victoria. Los historiadores coinciden en que en ese momento el gobierno del Presidente Plutarco Elías Calles, al enfrentar la formidable adhesión a la causa de los rebeldes hubiera sentido la conveniencia de llegar a un arreglo con los *Cristeros*. En esa encrucijada, los obispos mexicanos, que volvían de su exilio voluntario, podrían haber exigido los derechos que costaron tantas vidas.

Sin embargo, no fueron los obispos mexicanos los que tomaron la iniciativa, sino el Cardenal Gasparri. Sobre aviso respecto a la amenaza de una victoria de los *Cristeros*, el Secretario de Estado del Vaticano movió los resortes que desde hacía tiempo manipulaba. Valiéndose de dos obispos que estaban dispuestos a pactar, Monseñor Ruiz Flores de Morelia y Monseñor Díaz Barreto de Tabasco, los puso en contacto con el Delegado Apostólico y con la

National Catholic Welfare Conference de Washington. Pronto se convino que Dwight Morrow, un protestante, Embajador de los Estados Unidos en México, actuaría como patrocinador de un plan de paz del Vaticano.

Morrow invitó a los dos obispos a viajar a México en su carro de ferrocarril privado e hizo arreglos para que se bajaran del tren un poco antes de llegar a la Ciudad de México en una parada especial que él mismo solicitó. Era importante que no se pensara que las negociaciones eran un asunto de Washington. Una vez que arribaron a la capital, Ruiz Flores y Díaz Barreto fueron colocados en la residencia del banquero Agustín Legorreta, donde quedaron prácticamente incomunicados durante doce días. Mientras tanto, otros obispos habían regresado a México y estaban muy ansiosos de saber qué ocurría; sin embargo, les fue imposible contactar con los dos encerrados en la mansión Legorreta.

Por fin, el 11 de octubre de 1929, se firmaron documentos que significaron nada menos que la rendición incondicional de un ejército victorioso. En las palabras del obispo de Huehuetla a la Universidad de Lovaina un mes después: "El pueblo de México, que conserva la fe pura e íntegra de sus ancestros, ve en el Papa al Vicario de Cristo en la tierra. Sabedores de este hecho, los enemigos de Cristo tuvieron la gran astucia de ir a Roma para romper el muro inconmovible de la resistencia armada. Pronto tuvieron la satisfacción de ver que el pueblo dejaba las armas a la primer señal del Papa. Quienes estaban en el gobierno, ofrecieron toda clase de garantías verbales, pero después no quitaron ni una sola coma de las leyes monstruosas que han herido a la Santa Iglesia en México y que han estrangulado los más sagrados derechos de los hombres y de la sociedad".

Volvieron a abrirse los templos con estruendoso tañer de campanas y regocijo general. Pero no fue el gobierno quien los cerró. Aparentemente, nada había cambiado.

Aún no existía instrucción religiosa en las escuelas; y monasterios, conventos y seminarios deberían seguir cerrados. Se prohibía a los sacerdotes extranjeros la práctica del culto dentro del país y ningún sacerdote portaría vestimenta clerical en público ni disfrutaría de un estado civil común, incluido el derecho al voto. Los dos o tres obispos que habían favorecido a los Cristeros fueron exiliados de por vida y la amnistía general que se prometió a los luchadores rebeldes tuvo por resultado la liquidación sistemática de los líderes del movimiento, que fueron asesinados en los años siguientes.

En un paralelo con sus sanciones canónigas en contra de los miembros de *l'Action Française*, el Vaticano de Gasparri amenazó la suspensión de cualquier sacerdote que administrara los sacramentos a católicos que siguieran empeñados en resistir. "En consecuencia, dice Monseñor González Valencia, la estima de los mexicanos por sus obispos se ha destruido por completo, ya que los fieles ven la indulgencia inexplicable de los obispos con los perseguidores, y la no menos inexplicable severidad, y hasta crueldad, con los defensores sinceros de la fe. Y yo le advierto, Eminencia, 'le decía al nuevo Secretario de Estado, Eugenio Pacelli', estos cargos en contra de los obispos ya han comenzado a tocar a la Santa Sede".

El papel de Achille Ratti, Papa Pío XI, en la tragedia mexicana, aparentemente se asemejó a su parte en el asunto francés. Monseñor Manríquez, el nuevo obispo de Durango, intentó explicarlo: "Lo que tenemos que recordar los mexicanos acerca de su Santidad, es que la razón por la que actuó equivocadamente fue debido a la enorme presión que ejercieron sobre él, individuos que insistían en salirse con la suya. A fin de cuentas, esos intrigantes lo convencieron de que estos 'arreglos', que todos sabemos no resolvieron nada, eran la única forma de conseguir libertad para la Iglesia en México".

Hasta la fecha, este tratado nunca ha recibido otra designación más digna que "los arreglos". Existe un informe del Cardenal Baggiani en el sentido de que cuando por fin supo en qué consistían, el Papa Pío lloró.

Hacia la guerra

En 1930, de los cinco dirigentes principales de la transformación de la Iglesia Católica, sólo quedaban tres en funciones. Giacomo Della Chiesa falleció ocho años antes y Pietro Gasparri se retiró tras haber ocupado la Secretaría de Estado del Vaticano durante dieciséis años.

Al escenario llegó Eugenio Pacelli, de 53 años, proveniente de la Nunciatura en Alemania; poco después se le unió Giovanni Battista Montini, de 33. Por lo que toca a Angelo Roncalli, 49 años, sus informes diplomáticos rutinarios llegaban a Roma desde la Nunciatura en Estambul, a donde, se decía, fue exiliado por el Papa Pío XI por insertar las teorías del antroposofista Rudolf Steiner en sus enseñanzas teológicas en la *Universitá Laterana*.

Al regresar a Roma, en enero de 1930, para recibir su sombrero cardenalicio y su nombramiento como Secretario de Estado, Monseñor Pacelli se encontró con que el Vaticano gozaba de una nueva situación. Dentro de los palacios seguía el trabajo acostumbrado, pero el suelo que ocupaban los palacios, las iglesias, los jardines y las capillas, era ahora territorio de un estado distinto y soberano.

Han salido a la luz pública cartas de los años veinte en las que Charles Maurras instaba a Benito Mussolini, Primer Ministro de Italia, a "establecer la paz religiosa por medio de una acción histórica". Maurras se refería al estado de guerra fría que existía entre los herederos de la insurgencia italiana del siglo pasado y el "prisionero del Vaticano", Pío XI.

Hubo algunas auscultaciones cautelosas por ambas partes y luego sucedió un acontecimiento sin precedente desde que las tropas de Garibaldi se abrieron paso a través de la Porta Pía a una Roma absorta con el primer Concilio Vaticano. Al Cardenal Merry del Val, todavía en sus años sesentas, pero ya desde hace mucho fuera de la corriente central del poder en el Vaticano, se le invitó a participar en las ceremonias oficiales del gobierno fascista para conmemorar el sexto centenario de la muerte de San Francisco de Asís. Quizá fue el entusiasmo del Cardenal a favor de una reconciliación lo que logró que el Papa Pío XI comenzara las negociaciones. En todo caso, el 11 de febrero de 1929, el Cardenal Gasparri y Benito Mussolini firmaron el tratado Laterense y un Concordato entre el nuevo Estado de la Ciudad del Vaticano y el Reino de Italia.

El convenio le concedió soberanía a la Iglesia sobre unas 49 hectáreas en el corazón de Roma, constituyéndose así la Ciudad Estado. El catolicismo se convirtió en la religión de estado en Italia. Se colocaron los crucifijos en las paredes de todo edificio público, desde las escuelas hasta las comisarías de policía y la educación religiosa se volvió obligatoria en las escuelas de la nación. El clero y la jerarquía recibieron ciertos privilegios en materia legal. En Roma se despejaron barrios bajos para abrirle paso a una amplia avenida hacia la Basílica de San Pedro y el Estado Italiano acordó un finiquito financiero generoso a favor de la Santa Sede, como compensación por las pérdidas materiales que sucedieron en 1870.

El gesto histórico de Mussolini, aunque recibió el aplauso general en su momento, le ganó poca gratitud duradera. "¡Y pensar lo que mi esposo hizo por la Iglesia!", decía suspirando Rachele Mussolini, muchos años después, al entrevistarla un reportero francés. El Cardenal Krol de Filadelfia, llamado a Roma en 1981 para que ayudara a resolver los alarmantes problemas financieros de la Santa Sede, afirmó: "Lo único que mantiene a flote el barco (financiero del Vaticano) es el Patrimonio de la Santa Sede, ese reembolso que hizo Italia cuando se firmó el Tratado Laterense. No es un recurso inagotable".

Apenas si se había secado la tinta de las firmas del Concordato, cuando el joven Padre Montini, Capellán del sector romano de la Asociación de Estudiantes Universitarios Católicos, la FUCI, consiguió desestabilizarlo. Desde su niñez el futuro Papa Pablo VI vivió dentro de la agitación de la política, pues su madre era tan activista como su padre. Pudo observar cómo el Partido Popular (llamado después el Demócrata Cristiano) tomaba forma prácticamente en la sala de su casa. Siguió las sucesivas campañas políticas de su padre para la diputación de Brescia al parlamento nacional hasta 1924 cuando Italia se convirtió en estado unipartidista. A partir de ese año, los Montini, al igual que los antepasados de Eugenio Pacelli, entraron a la Banca.

En una época en la que muy contados italianos se oponían al fascismo, los Montini eran excepción notable y en las fechas de la firma del Concordato, llevaban ya cinco años de frustraciones políticas. No era sorprendente que el Padre Montini creyera oportuno utilizar su puesto en la FUCI como tribuna. Decidió rehusarse a un orden gubernamental de permitir que a sus estudiantes se les incorporase en la organización de juventud nacional, ya que las autoridades, en estricta conformidad con las cláusulas del Concordato, preveían a todas las seccio-

nes de las formaciones *Balilla* con capellanes católicos, consideraban que la renuencia del grupo romano de Montini era no sólo innecesaria sino divisiva. Al recibir la orden de unirse o desbandarse, Montini alegó persecución y la prensa extranjera, como de costumbre, dio vuelo a la protesta. Cuando la disputa estaba en su apogeo, el Vaticano emitió una encíclica de tono encendido redactada no en el latín acostumbrado, sino en italiano para que llegara rápidamente a la prensa.

Según Giulio Andreotti, anteriormente miembro de la FUCI, y estadista italiano de mayor rango, la encíclica *Non Abbiamo Bisogno* no la escribió el Papa Pío XI, sino su nuevo Secretario de Estado, Eugenio Pacelli. La paz religiosa tan anhelada fue quebrantada. Para salvar algo de la esperanza de 1929, el gobierno de Mussolini permitió la existencia de la FUCI siempre y cuando se apegara a actividades religiosas.

Seis semanas antes de la aparición de *Non Abbiamo Bisogno*, el Papa mismo emitió lo que se considera hoy en día una encíclica pro-fascista, la *Quadragésimo Anno*. Escrita en homenaje al Papa León XIII en el quadragésimo aniversario de su notable encíclica que trataba de las relaciones obrero-patronales, la *Rerum Novarum*, esta nueva declaración demostraba que la doctrina social católica armoniza más con el sistema corporativo industrial que en aquel entonces se desarrollaba en Italia, que con la estructura, fundamentalmente de lucha de clases, del capitalismo convencional.

Con su triunfo sobre el gobierno italiano, el Padre Montini se ganó la confianza del Secretario Pacelli. Poco después del furor causado por los medios mundiales de comunicación, Pacelli trajo a Montini a su oficina y se inició una relación de trabajo íntima que perduraría veintitres años. De los cinco italianos que dirigieron la transformación de

la Iglesia Católica, los dos que demostrarían la mayor efectividad formaron equipo.

Aunque la diferencia de edad entre ellos era de veinte años, en muchos aspectos se identificaban. La niñez de ambos transcurrió en aislamiento obligado, con escasas oportunidades de convivir con otros niños y de recibir instrucción en el salón de clases. Sus carreras fueron apoyadas en forma notable por el Vaticano. El mismo Papa León colocó al joven Pacelli en manos del Cardenal Rampolla, y otro Papa, Benedicto XV, lo consagraría al episcopado en una ceremonia privada en la Capilla Sixtina. Por lo que toca al joven Montini, el Papa Pío XI lo recibió inmediatamente después de su ordenación para enviarlo a la Nunciatura en Varsovia; le dijo: "De los sacerdotes jóvenes en Roma, eres quien más promete". Esto, a pesar de que Montini tardaría diecisiete años en obtener su título en derecho canónico. Es más, cuando Pío XII lo hizo Pro-Secretario de Estado en 1954, aún no recibía ni su título, ni una consagración al episcopado.

A medida que se incrementaba la tensión política durante los treinta, el Secretario Pacelli y el Padre Montini se vieron siempre más comprometidos con un bando. De acuerdo con Andreotti, no solamente fue obra de Pacelli la *Non Abbiamo Bisogno*, sino también la vehemente *Mit Brennender Sorge*, la otra encíclica en idioma vernáculo, dirigida contra el gobierno de Alemania. El finado Cardenal Siri de Génova notó que los borradores originales de esta última encíclica muestran varias enmendaduras con la letra de Pacelli. El hecho de que la encíclica anti-Marx de Pío XI, *Divini Redemptoris*, se emitió solamente cinco días después de la *Mit Brennender Sorge*, da la impresión de que una vez más el Papa y el Secretario libraban cada uno su batalla con orientaciones muy diferentes. La *Divini Redemptoris*, con su frase a menudo citada: "El Comunismo es intrínsecamente malo", le iba a presentar serios problemas al

Papa Pacelli en sus relaciones con los católicos de Estados Unidos cuando la Unión Soviética entró en la Segunda Guerra Mundial.

Es bien sabido que cuando Achille Ratti llegó a los ochenta años, el Cardenal Pacelli tomo prácticamente el Vaticano a su cargo. A sabiendas de que Pío deseaba recibir a Adolfo Hitler en audiencia, en el transcurso de una próxima visita de estado a Italia, Pacelli se llevó precipitadamente al viejo Papa a Castel Gandolfo. Luego, cuando supo que el Canciller Alemán había expresado su interés especial por ver los frescos de Miguel Ángel, le puso candados a la Capilla Sixtina. Las autoridades italianas sintieron vergüenza cuando el grupo que acompañaba al Canciller se topó, sin previo aviso, con un letrero que decía: "Cerrado por obras".

En marzo de 1938, cuando las tropas alemanas entraron en Austria, el Cardenal Innitzer de Viena se vio arrastrado a la tremenda celebración nocturna a lo largo de la Ringstrasse y acabó por darle su bendición a la multitud extática. Tan pronto llegó la noticia al Vaticano, se reporta que el Cardenal Pacelli se expresó en términos de "verdadera amargura". Inmediatamente llamó a Innitzer a Roma y le ordenó que se retractara públicamente; aunque la orden venía, no del Papa, sino del Secretario de Estado, el austriaco obedeció. Mientras en ese año de 1938, ocurrió un hecho desapercibido por todos menos por una élite intelectual cuando la revista jesuita *Civiltà Cattólica*, que se considera la voz semi-oficial del Vaticano, repentinamente dejó de advertir a los fieles acerca del peligro que representa la franca-masonería para la Iglesia, particularmente en su programa declarado de crear lo que denominaba un "nuevo orden mundial".

Según Giulio Andreotti, las dos largas giras internacionales del Cardenal Pacelli fueron decididas por su propia iniciativa y no por órdenes del Papa. Como Secretario de Estado, asistió al Congreso Internacional Eucarístico

de 1936 en Buenos Aires; el mismo año viajó a Estados Unidos donde visitó doce provincias eclesiásticas, sostuvo consultas con setenta y nueve obispos, visitó veintenas de instituciones religiosas, seminarios, hospitales y cerró su jornada como huésped del Presidente Roosevelt en Hyde Park. "Los dos congeniaron de maravilla" según la correspondencia que sostuvieron posteriormente, en la cual Roosevelt se dirigía al Papa Pacelli como "mi siempre buen amigo".

En Nueva York, el futuro Pío XII fue huésped en la casa de Myron C. Taylor, a quien el Vaticano recibiría como enviado especial de Washington durante los años de la guerra, a pesar de que era bien sabido que Taylor era masón del grado 33. La gira espectacular de Pacelli en 1936 la organizó el Arzobispo Spellman de Boston; con ella el Secretario de Estado se volvió un personaje de mayor importancia a los ojos del público, que el estudioso y algo impasible Papa reinante.

Por lo que toca al frente religioso, a mediados de los treinta, el equipo Pacelli-Montini podía sopesar con cierta preocupación los dos grandes golpes de la década anterior; es decir, las represiones en Francia y México. Si la nueva y dinámica Iglesia no mostraba otra cosa que negaciones, daría la imagen de ser tan rígida e intolerante como la vieja. A la par de la destrucción precisaba exponer algo constructivo. Lo que ahora hacía falta era una nueva excitación espiritual.

Lo que causaba la mayor exitación en el ámbito de los estudiosos de aquel momento, era un ensayo publicado privadamente, *Le Sense Humain*, del paleontólogo jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin. En este tratado, que prefiguraba lo que presentaría después en su libro *Phenomenon of Man*, Teilhard efectuaba un salto audaz a la escatología basada en la evolución. Los creadores de un nuevo tipo de Cristianismo, bien podrían haber senti-

do la tentación de adoptar y adaptar su mensaje. En varios aspectos, tenía paralelismos con las desviaciones más animadas del Modernismo de principios de siglo. Sin embargo, los reformadores del Vaticano, decidieron que no abrazarían el Teilhardismo, probablemente porque al estudiarse detenidamente se veía que sus tesis eran demasiado fantásticas para servir de alimento espiritual a los fieles, que por lo general exigen algo de sentido común aunado a su fe.

A pesar de que las especulaciones de Teilhard se desecharon, no recibieron condena del Vaticano. Se supuso más tarde, que ciertos párrafos de la encíclica de Pacelli, *Humani Generis*, tenían por objeto censurar el evolucionismo del jesuita, pero el documento papal no mencionaba nombres. Al hablar con motivo del centenario del nacimiento de Teilhard en 1970, el Cardenal Casaroli elogió "el sorprendente impacto de sus investigaciones, el brillo de su personalidad, la riqueza de su pensamiento, su poderosa intuición poética, su clara perspicacia en la dinámica de la creación, su vasta visión de la evolución del mundo".

En los años treinta, no fue el Vaticano, sino su propia orden, la Compañía de Jesús, la que le prohibió a Teilhard de Chardin publicar obra alguna de tipo religioso durante su vida y por muchos años le prohibió dictar conferencias. Sin embargo, poco después de llegar a Papa, Eugenio Pacelli presionó a los jesuitas para que le levantaran esa prohibición de modo que pudiera dar una serie de conferencias en París, durante los años de la ocupación alemana.

Aunque las teorías de Teilhard de Chardin se pusieron de moda en el mundillo académico, fueron los pensamientos de otro francés, un lego, los que se convertirían en el alimento espiritual que buscaban los transformadores, una vez que los aceptó el Vaticano.

Jacques Maritain, profesor de filosofía en el Instituto Católico de París, nació de padres protestantes. Se convirtió al Catolicismo cuando era estudiante en la Sorbona y se hizo miembro de *l'Action Francaise*. En 1926, sorprendido por la forma en la que el Vaticano aplastó esa organización fue a Roma donde pudo platicar en privado tanto con el Papa como con el Secretario de Estado, gracias a su reputación como estudioso tomista. Aunque el propósito de su viaje era averiguar cómo fue posible condenar a Charles Maurras, es probable que acabó por explayarse sobre una serie de ideas que había estado madurando desde hacía tiempo. Regresó de Roma con el encargo del Papa, o lo que es más probable, del Secretario Gasparri, de reunir en un libro sus teorías sobre lo que él llamaba "humanismo integral". Diez años más tarde apareció la obra de Maritain que conmocionaría a la Iglesia. Casi simultáneamente con la primera edición francesa, salió una versión italiana con un prólogo entusiasta del traductor Giovanni Battista Montini.

La tesis de Maritain requiere un cambio básico en la eclesiología, o sea, en la forma en la cual la Iglesia se ve a sí misma, a su función e identidad. Su libro preparó el camino para el gran cambio de paradigma que se halla en la encíclica de Pío XII, *Mystici Corporis*. Sin embargo, debido a que es el Papa y no los teólogos, quien activa la aceptación de nuevas creencias, el mensaje de Maritain, que ya recorría libremente los círculos académicos, tuvo que aguardar una encíclica antes de que pudiera volverse parte de las vidas de los fieles. En 1936 Achille Ratti aún era Papa.

El humanismo integral, en forma parecida a las teorías de Teilhard de Chardin, presenta la visión de una convergencia de religiones de todos los tipos, en un sólo ideal humano, en una civilización mundial en la cual todos los hombres hallarán la reconciliación en la justicia, en el amor y en la paz. La amistad entre los hombres conduci-

rá a la vida entera hacia una realización misteriosa del Evangelio. Como explica el teólogo francés Henri Le Caron: "El humanismo integral es una fraternidad universal entre hombres de buena voluntad que pertenecen a distintas religiones, o a ninguna, aun aquéllos que rechazan la idea de un creador. Es dentro de esta estructura que la Iglesia deberá ejercitar una influencia de fermento, sin imponerse y sin exigir que se le reconozca como la única, verdadera Iglesia. El vínculo de esta fraternidad es doble, la virtud de hacer el bien y una comprensión basada en el respeto a la dignidad humana.

Esta idea de la fraternidad universal, —sigue diciendo Le Caron—, no es ni nueva ni original. Ya la habían propuesto los filósofos del siglo dieciocho y los revolucionarios franceses de 1789. Es la misma fraternidad tan amada por los masones y los Marxistas. Lo que distingue al humanismo de Maritain, es el papel que le asigna a la Iglesia. Dentro de la fraternidad universal, la Iglesia será la inspiración y la hermana mayor. Naturalmente, que si se ha de ganar la simpatía de sus hermanos pequeños, no deberá ser ni intransigente ni autoritaria. Tendrá que aprender cómo hacer que la religión sea aceptable. Deberá ser práctica más que dogmática".

El padre Montini conservó durante toda su vida el mismo entusiasmo por Maritain que sintió de joven, según nos dice el novelista y ex jesuita Malachi Martin: "El Humanismo Integral de Pablo VI impregnó toda la política de su pontificado. Lo que dice esa filosofía es que todos los hombres son naturalmente buenos, que responderán al bien y rechazarán el mal si se les muestra la diferencia. La función de la Iglesia es sólo dar testimonio al servir a los hombres en el mundo de hoy, donde está naciendo una nueva sociedad".

La implementación de la doctrina de Maritain se halla en documento tras documento emergiendo del Segundo Concilio Vaticano, y en la mayoría de las exhortaciones

oficiales y encíclicas que le siguieron, aunque cuando apareció por primera vez el libro, el Concilio estaba un cuarto de siglo en el futuro. Se siente la tesis, como el latido de un tema de fondo, que marca el paso continuamente hasta nuestros tiempos. Estaba implícita en la calurosa bienvenida que Pío XII le otorgó a Maritain cuando llegó a Roma como primer embajador de Francia ante la Santa Sede en la postguerra, en los homenajes públicos de Pablo VI, en las continuas reuniones de estudio y los simposios que han proliferado en todo el mundo académico católico. Juan Pablo II le hizo a Maritain un encendido tributo con motivo del centenario de su nacimiento.

A fines de los años treinta, la aceptación del humanismo integral por el Vaticano indicaba que sólo era cuestión de hallar la forma de pasarlo a los fieles, una vez que hubiera muerto el viejo Papa. En el tercer mes del último año de la década, Eugenio Pacelli fue elegido Papa y en el noveno mes comenzó la Segunda Guerra Mundial.

Se cava más hondo

Con o sin guerra, la revolución católica, bajo el ímpetu del fomento teológico recién encontrado, daría un salto hacia adelante durante los años cuarenta. En su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, el nuevo Papa ofreció una

corrección a la *Quas Primas* de su antecesor, que pedía un retorno a las relaciones tradicionales de Estado-Iglesia. En lugar de mirar hacia la autoridad desde arriba, de "Cristo Rey", como la definió el Papa Ratti, Pacelli insistió que la base del gobierno debería ser la solidaridad humana. El historiador inglés W.A. Purdy comenta: *Summi Pontificatus* anuncia ese interés en la comunidad mundial ideal que aparecería cada vez con mayor frecuencia en las declaraciones del Papa durante los siguientes veinte años". Aunque suavizada con la fraseología tradicional, llevaba implícita en el texto la tesis de Maritain que instaba a una reunión de las religiones del mundo. *Summi Pontificatus* prefigura el Día de la Paz en Asís de Juan Pablo II.

En la vía de aplicación práctica de la tesis que se había promovido tímidamente como "Conversaciones" entre católicos y anglicanos hacía veinte años, el ecumenismo entró en simposios plenamente desarrollados. En Roma, una reunión denominada "Amor y caridad" se celebró bajo los auspicios de la Santa Sede. El Cardenal que presidía, Lovatelli, pidió la "terminación de polémicas divisivas e inútiles, y en su lugar el amor por nuestros hermanos en Cristo". En efecto, era un llamado a sustituir la mente con el corazón, el sentido común con el sentimiento. Por consiguiente, las discusiones sobre tales puntos como la verdadera presencia de Cristo en la Eucaristía cedieron a la discusión de que si los protestantes y los católicos sentían afecto mutuo. Mientras tanto, los jesuitas entraron en el asunto Maritain al patrocinar las conferencias del entusiasta Padre Charles Boyer S.J., en la Universidad Gregoriana. En sus treinta y seis años de magisterio, se estima que éste inculcó su pasión por el ecumenismo en unos cinco mil candidatos selectos al sacerdocio.

A medida que la guerra se volvía más encarnizada, extendiéndose hasta el Pacífico, el París de la ocupación

parecía un oasis de curiosa tranquilidad. El diseñador de modas, Christian Dior, gracias a la concesión generosa de finos materiales de costura por parte de las autoridades alemanas, exhibía su *new look* suave y fluido, mientras que Pierre Teilhard de Chardin, gracias a la simpatía de Pío XII, presentaba su nueva forma suave y fluida, de ser Cristiano. Se jactó con un amigo: "Ahora tengo tantos amigos en buenas posiciones estratégicas, que estoy absolutamente sin temor respecto al futuro". Al mismo tiempo, le llegaba información desde Bruselas ocupada, en el sentido de que uno de sus discípulos, el Padre Jean Monteuil, se dirigía a una convención de filósofos en la Universidad de Lovaina, sobre el tema de algunas de las teorías más fantásticas de Teilhard: "La revolución, decía Monteuil, exige nuevas técnicas, pero eso no basta. Lo que se requiere es la reclasificación. Todos los conceptos de la humanidad tienen que cuestionarse".

El París ocupado se volvió el ámbito de Monseñor Angelo Roncalli. A medida que llegaba a su fin la guerra y comenzaban las purgas ideológicas de los vencidos. Pío XII, quien se había mantenido en estrecho contacto con el Nuncio Roncalli en los Balcanes, respecto a su proyecto de meter a judíos polacos en la Palestina británica, sintió la necesidad de un diplomático de confianza para enfrentarse al General Charles de Gaulle, que retornaba triunfante y vengativo.

Al retirarse el ejército alemán de Francia, la Iglesia quedó en una situación delicada. De Gaulle acusaba a cien obispos franceses de haber colaborado con los alemanes y con el gobierno llamado "de Vichy" del Mariscal Pétain. Al regresar a Francia para tomar el mando como jefe del gobierno, De Gaulle tuvo la desagradable sorpresa de no conseguir ni un sólo sacerdote en todo París, lo suficientemente "anti-fascista" según su forma de pensar, para decir Misa para él y su séquito en el Palacio del Elysée. Por fin su secretario, Claude Mauriac, hijo del no-

velista, dio con el Padre (y después Cardenal) Jean Danièlou, quién se ocupaba en ese tiempo de la organización de una asociación de "Católicos de Izquierda". De Gaulle quedó satisfecho.

Mientras que miles de franceses iban a la cárcel o morían, muchas veces en ejecuciones sumarias a manos de la "Resistencia" triunfante, la diplomacia hábil de parte de Monseñor Roncalli, el nuevo Nuncio Apostólico de Pío XII en Francia, logró salvar del castigo a todos menos a dos miembros de la jerarquía francesa. El mensaje del futuro Papa Juan al General de Gaulle fue tan notable como exitoso: "¡Espere! Déjelos en paz. Nosotros en el Vaticano estamos trabajando en la creación de un tipo enteramente nuevo de Iglesia, una que será de su agrado, y nos encargaremos de que los obispos de Francia vayan de acuerdo con nosotros. ¡Tenga paciencia!".

El General de Gaulle no sólo mostró tolerancia, sino que se volvió notablemente cooperativo al asignar al profesor Jacques Maritain la representación en la Embajada de Francia ante la Santa Sede. El formulador del "humanismo integral" había pasado los años de la guerra en Canadá, refugiado de la Francia Vichy, por el origen judío de su esposa, Raissa. Dictó cátedra principalmente en Toronto, pero también como conferencista huésped en varias universidades de los Estados Unidos.

En Roma, mientras tanto, se llevó a cabo la fundación del movimiento Focolare, precursor tanto de los "Católicos Carismáticos" como de las llamadas "comunidades de base", grupos tipo célula en las parroquias, que darían resultados efectivos en la propagación de la "teología de la liberación" marxista en América Latina. Focolare, hoy en día es una organización mundial, fue rica pila de progresismo con su dedicación precursora a un "nuevo sacerdocio" y una "nueva humanidad". Entusiasta partidaria de Focolare en sus primeros años fue la Condesa Pacelli, hermana del Papa Pío XII.

Entre tanto, la disciplina sacramental se relajaba. Una de las primeras acciones del Papa Pacelli fue aligerar las reglas en el sacramento de la penitencia, al revivir el permiso que se concedió durante la Primera Guerra Mundial, para la absolución general en lugar de la individual a soldados que estaban a punto de salir de las trincheras en asalto al enemigo. Posteriormente, extendió el indulto a civiles en peligro de bombardeo aéreo y finalmente a prisioneros de guerra con problemas de idioma.

La liturgia aún estaba en latín, sin embargo, la Misa de Diálogo o *Missa Recitata*, en la cual las respuestas las hacía la congregación en lugar de un servidor en el altar, se volvió tan generalizada en la Alemania de la guerra, que el Obispo Groeber de Freiburg-in-Breisgau expresó su preocupación de que "la ávida insistencia de los neoliturgistas en la participación de los legos, comienza a sustraerse del papel de sacrificio del sacerdote".

Tales quejas provocaron una respuesta del Papa, que tomó forma en la encíclica *Mediator Dei*, sobre el tema de la liturgia. Didier Bonneterre, en su excelente estudio, *Le Mouvement Liturgique*, expresa grandes elogios a favor del documento, que recomienda la precaución y la prudencia en lo que toca a la reforma litúrgica. Luego señala: "Sin embargo, lamento y sigo lamentando que esta hermosa composición no se vio acompañada de medidas concretas, de sanciones. Pío X no se conformó con escribir *Lamentabili*, sino que proscribió el *Sillon* y excomulgó a Tyrell y a Loisy". Debido a sus selecciones de San Pablo de frases como "Prueba de todo, retén lo que es bueno", la *Mediator Dei* la tomaron los neo-liturgistas como una luz verde a favor de la experimentación.

Mientras tanto, el Vaticano aprobó una renovación litúrgica, en la forma de una nueva traducción del latín de los Salmos para las Horas Canónicas. Dice el Padre Bonneterre: "Esta versión, muy fiel al texto hebreo, carece de todo sentido poético. Está llena de palabras de difícil pro-

nunciación y es imposible cantarla con melodías gregorianas. Queda como prueba de la falta de sensibilidad litúrgica de Agustín Bea y sus colegas jesuitas en el Biblicum".

El Instituto Bíblico Pontificio, que se conoce en Roma como el "Biblicum", fue fundado por el Papa Pío X como centro para la fijación de normas ortodoxas aplicables a la investigación e interpretación bíblica, en la época cuando la Vulgata, la traducción aprobada de las Escrituras Sagradas, padecía ataque tanto por parte de los exégetas protestantes como de los católicos modernistas. Hacia fines de los años treinta, el Biblicum sufrió un cambio, cuando como Secretario de Estado, Pacelli trajo a Roma a un viejo amigo de sus tiempos en Berlín y Munich, el Padre Bea, Provincial Jesuita en Alemania, y le pidió al Papa Pío XI que lo colocara al frente de esa institución. Finalmente, el Papa Pío XI aceptó a Bea como su confesor, papel que el alemán desempeñó más tarde con el Papa Pacelli.

Salvaguarda para los Marxistas

Repentinamente en el transcurso de su larga historia, la Iglesia Católica Romana reaccionó espontáneamente a severas presiones externas. A cada ataque, convocó a un concilio para que en asamblea episcopal se pudiera redefinir y reafirmar su identidad. Se aprovechó este recurso veintiséis veces en mil novecientos años. Pero a media-

dos de 1940, cuando ocurrió el golpe más fuerte desde la rebelión protestante, o sea, el avance por Europa del comunismo ateo, avance que involucraba la subyugación de sesenta y cinco millones de católicos romanos, el Vaticano no registró reacción alguna. Es más, Roma tardó diecisiete años en llamar a un concilio y durante las sesiones la cuestión del marxismo no sólo no se discutió, sino que se prohibió su debate.

Para la Iglesia, el resultado de la Segunda Guerra Mundial le trajo algunas de las experiencias más violentas de su historia. Cualquier empresa comercial que hubiera sufrido inundación o incendio, habría llamado a junta urgente a su consejo de administración para estimar los daños y trazar un plan de acción. Nunca como en 1946 hubo un momento en que urgiera tanto que el Papa reuniera a sus jefes.

Sin embargo, en una serie túpida de presentaciones en público durante ese año, el Papa Pío XII evitó cualquier referencia al marxismo. En su mensaje de junio al Colegio de Cardenales, a la vez que rechazaba "rivalidades y agrupamientos dictados exclusivamente por intereses políticos y económicos", expresó confianza en que "los peligros de la derecha y de la izquierda" podrían evitarse "a la luz de la Iglesia". Y siguió con la defensa de un bando que sostuvo durante toda la guerra, diciendo: "Nosotros, como cabeza de la Iglesia, nos rehusamos a llamar a los cristianos a una cruzada". Tuvo cuidado, dijo, a pesar de las presiones; "de asegurar que no se permitiera ni una palabra de aprobación a la guerra contra Rusia". Mientras que los católicos húngaros eran arrastrados por el torbellino soviético y clamaban por su ayuda, Pacelli les aconsejaba "paciencia y aguante" porque, "el viejo roble será azotado por la tormenta, pero no podrá ser desarraigado".

En el *Acta Apostólica*, el catálogo oficial de los discursos y actos pontificales, no se hallan las palabras "comunismo" ni "socialismo" durante doce años críticos, es

decir, desde 1937, el año que siguió a las pláticas de Pacelli con el Presidente Roosevelt, hasta 1949, cuando parecía inminente la derrota del Partido Italiano Demócrata Cristiano por el Partido Comunista en las elecciones nacionales que se aproximaban.

Por lo que toca a la cruzada a la cual hacía referencia el Papa, en 1941 el cardenal francés, Boudrillat, vino a Roma a pedir una bendición papal para los regimientos de voluntarios franceses, españoles, italianos, croatas, húngaros y eslovenios, casi en su totalidad católicos, que salían junto con el ejército alemán a la conquista de la Rusia Soviética, o como dijo el Cardenal al Papa, "a liberar al pueblo ruso". Junto con los "cruzados" voluntarios iba un contingente importante de sacerdotes rusos y ucranianos, jóvenes graduados del Russicum, el seminario ruso de Roma, que tenían esperanza de ir reabriendo templos que hacía décadas fueran cerrados. El Papa Pío XII frustró las esperanzas del Cardenal Boudrillat, pues ordenó que la solicitud de bendición se retirara de inmediato. Además, el Cardenal no habría de establecer contacto alguno con la prensa.

A medida que se prolongaba la guerra, habría presiones siempre más fuertes sobre Pío XII para que contribuyera con el peso de su oficio a resistir el avance del marxismo. En mayo de 1943, el Nuncio Roncalli escribía desde Estambul expresando "pánico" ante la nueva ofensiva soviética. En vano intentó decía, averiguar con su visitante reciente, el Cardenal Spellman, exactamente cuánto le prometió Roosevelt a Stalin.

Desde Berna, el Nuncio en Suiza, Monseñor Bernardini, le escribió al Papa que la prensa suiza "hasta ahora preocupada con la hegemonía alemana en Europa, repentinamente ha comenzado a tomar en cuenta un peligro mucho mayor, es más, un peligro mortal, el de que Alemania caiga en manos de los soviéticos". Rogando a

favor de las mayorías católicas en Polonia y Hungría, instaba al Papa a dar su respaldo a cualquier iniciativa de paz razonable de los aliados y a condenar la intransigencia de Roosevelt y su Secretario del Tesoro, Morgenthau, de que Alemania se rindiera incondicionalmente.

En marzo, el Cardenal Maglione, Secretario de Estado del Vaticano, le pidió al enviado de la Gran Bretaña ante la Santa Sede —se supone que sin el conocimiento del Papa— que intentara convencer al Primer Ministro Churchill de que el Imperio Británico necesitaba una Alemania no-comunista en una Europa estable. Por último, en abril, el Primer Ministro de Hungría, Kallay, vino al Vaticano con una súplica desesperada al Papa, de colocarse al frente de una iniciativa de paz capaz de frenar el avance soviético que estaba a punto de volcarse sobre los pueblos cristianos de Europa.

Tal y como se jactaría en su mensaje de 1946 al Colegio de Cardenales, Pío XII resistió toda presión, rechazó toda súplica. Y dio esta razón: "El Nacional Socialismo ha tenido un efecto más nefasto sobre el pueblo alemán, que el que ha tenido el Marxismo sobre los rusos. Solamente una reversión total de la política alemana, particularmente en lo que se refiere a los judíos, lograría la posibilidad de alguna acción por parte de la Santa Sede".

La curiosa leyenda de que Eugenio Pacelli se mostró indiferente respecto al destino de los judíos europeos originó en la tesis "el silencio de Pío XII", una invención de un dramaturgo protestante alemán, Rudolf Hochhuth y un periodista judío alemán, Saul Friedlander. Ambos escribían en los años sesenta. Que hubo un trágico silencio, lo atestiguan los doce volúmenes del *Acta Apostólica*, pero ese mutismo no fue respecto a los judíos. Al contrario, pues según afirma el historiador jesuita Robert Graham, "Pío XII fue el más grande benefactor de los judíos en los tiempos modernos".

Adolfo Hitler llevaba menos de seis meses como Canciller de Alemania, cuando el Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, le insistía al Papa Pío XI que diera asilo dentro de la Ciudad del Vaticano a importantes judíos que lo solicitaban. En 1937, al entrar en el puerto de Nueva York a bordo del *Conte di Savoia*, el Cardenal Pacelli le pidió al capitán que izara una bandera improvisada con la estrella de seis puntas del futuro Estado de Israel en honor de unos seiscientos judíos alemanes que iban a bordo. Un año más tarde, los católicos de Munich quedaron atónitos al ver que la *Torah* y otros objetos rituales se retiraban de la sinagoga principal de la ciudad en la limousine del Arzobispo para su guarda y protección en el obispado (y pensar que fue el Secretario de Estado del Vaticano, el Cardenal Pacelli en Roma quien ordenó la transferencia). Uno de sus últimos actos antes de llegar a Papa fue notificar a los obispos norteamericanos y canadienses de su disgusto respecto a la renuencia de las universidades católicas de sus países, de recibir a más profesores, investigadores y científicos judíos europeos en sus cuerpos docentes y decirles a los obispos que esperaba que ellos remediaran esta situación.

Como Pío XII, Pacelli comprendió la importancia de Palestina en la mentalidad judía. Tan pronto llegó a Roma la noticia del avance alemán dentro de Polonia, envió un telegrama al Nuncio Paccini en Varsovia, para que "intentara organizar a los judíos polacos para que pasaran a Palestina". Mientras tanto, en Estambul, Monseñor Roncalli protestó cuando se le pidió trabajar en el punto intermedio, donde a los judíos se les darían certificados de bautizo católicos con la esperanza de que las autoridades británicas los dejaran pasar. Le escribió a Pío XII "Seguramente, un intento de revivir los antiguos reinos de Judea e Israel es utópica. ¿No expondrá al Vaticano a acusaciones de apoyo al Sionismo?". El Secretario de Estado, el Cardenal Maglione, se mostraba igualmente

preocupado, le preguntaba al Papa: "¿Cómo puede justificarse históricamente, un criterio de traer de nuevo a un pueblo a Palestina, siendo que es un territorio que dejó hace diecinueve siglos? Seguramente hay lugares más apropiados para la colonización judía".

Años más tarde, ante la provocación de las acusaciones de Hochhuth, el Papa Pablo VI permitió la apertura de cierta sección de los archivos vaticanos para efectuarse bajo el cuidado de cuatro investigadores jesuitas. El norteamericano entre ellos Robert Graham, dijo al *Washington Post*: "Quedé pasmado con lo que leía. ¿Cómo podría uno explicar acciones tan contrarias al principio de la neutralidad?". Hallaba que durante los primeros meses de la guerra el nuevo Papa escribía en persona los textos intensamente anti-alemanes que transmitía por todo el mundo la Radio Vaticano. Aunque no se sabía de la participación personal del Papa en esa época, la naturaleza sensacionalista de los artículos fue tan fuerte que provocó la protesta enérgica del embajador alemán ante la Santa Sede, y hasta de los mismos obispos polacos. Se suspendieron las transmisiones, lo cual causó contrariedad en Londres, que perdió lo que el Padre Graham señala era una fuente formidable de propaganda.

Pío XII entonces dirigió su atención a la creación del Comité Católico para Refugiados en Roma, a cargo de su secretario, el Padre Leiber y de su ama de llaves, la Madre Pasqualina. Monseñor Georges Roche, en su libro *Pie XII Avant l'Histoire*, dice que dicho Comité preparó el camino para que miles de judíos europeos entraran a los Estados Unidos como "católicos". El Comité les proporcionó un servicio eficiente con documentación que incluía actas de bautismo, ayuda financiera y arreglos para residir en el extranjero. El historiador francés estima que para el año de 1942, más de un millón de judíos eran alojados en conventos y monasterios en toda Europa por directivas del Vaticano. Según el historiador

británico Derek Holmes, a los judíos así como a los partidarios de los movimientos guerrilleros clandestinos, se les vestía como monjes y monjas y se les enseñaba el canto gregoriano. El Papa mismo puso el ejemplo al encargarse de unos quince mil judíos e italianos antigobernistas en Castel Gandolfo, así como otros varios miles en la Ciudad del Vaticano, entre ellos el líder socialista italiano, Pietro Nenni.

Asís, el pequeño poblado montañés de San Francisco, se convirtió en el centro principal para la impresión de actas de bautismo a medida que Pío XII llevaba a cabo ahí mismo, la creación del complejo que recibió el nombre de la Cittadella, un especie de *think tank* para idear nuevos proyectos para la Iglesia. (Sería en la Cittadella, muchos años después, donde se organizaría el "Día de la Paz" de Juan Pablo II). Durante la guerra Pío XII concedió permiso para que se celebren ritos de sinagoga en el nivel bajo de la Basílica de San Francisco. Fue también después de la guerra donde Monseñor Bugnini realizó la mayor parte de su trabajo sobre la "Nueva Misa".

Al mismo tiempo que el Nuncio Roncalli, a pesar de su protesta, se resignaba a proporcionar actas de bautismo falsas, el Cardenal Tisserant y su *Joint Distribution Committee* facilitaban la emigración judía bajo las mismas narices del gobierno Vichy. Monseñor Roche, que fungía como el secretario del Cardenal, describe una imprenta secreta en Niza que recibía la protección del alcalde de la Ciudad y del arzobispo, donde se produjeron ilegalmente 1985 cartas de identidad, 136 permisos de trabajo, 1230 actas de nacimiento, 480 cartas de desmovilización y 950 actas de bautismo, antes de que se descubriera la operación.

En ese tiempo, en Hungría, país aliado de Alemania, el Padre Montini trabajaba con las autoridades en un plan que garantizaría la seguridad de los ochocientos mil judíos de ese país, con la condición de que se sometieran

al bautismo en masa. Sin embargo, el gesto más espectacular de Pacelli a favor de los judíos fue cuando ordenó que se grabara el sello papal sobre la entrada de la Gran Sinagoga de Roma antes de la llegada de las tropas alemanas en 1943.

Con asombro ininterrumpido, los investigadores jesuitas hallaron en los archivos documentación que mostraba la participación personal de Pío XII en un complot para derrocar a Hitler. En enero de 1940 se le acercó al Papa un emisario de ciertos generales alemanes que le pidieron que le dijera al gobierno británico que ellos se encargarían de "remover" a Hitler si a ellos se les daban seguridades de que Gran Bretaña llegaría a un arreglo con un régimen alemán moderado. Pío de inmediato llevó a cabo el cometido a través de Sir Francis D'Arcy Osborne, enviado de Londres ante la Santa Sede. El ofrecimiento fue rechazado. Tres meses más tarde, el 6 de mayo de 1940, gracias a su amigo Josef Mueller, un doble agente alemán, el Papa dio a Osborne detalles de la próxima ofensiva alemana hacia el poniente, llamada después el *Blitzkrieg* y lo instó a pasarle la noticia a los gobiernos de Holanda, Bélgica y Francia. Más tarde se reportó que los tres gobiernos no dieron crédito a la noticia.

La predilección papal a favor de un bando durante la guerra se tropezó con un escollo mayúsculo cuando el bando Aliado se convirtió en el lado Soviético. A esas fechas, la llamada "Fortaleza Europea" de Hitler se había convertido en forma abrumadora, el bando católico. Con la incorporación de los alemanes de la Austria católica, de Alsacia-Lorena, del Saar, del Sudeten y de la Polonia ocupada por los alemanes, el Tercer Reich tenía una enorme mayoría católica, a la vez que sus aliados: Italia, Eslovaquia, Eslovenia y Croacia eran enteramente católicos, Hungría en gran parte. La Francia ocupada cooperaba, la España católica y Portugal simpatizaban. Un sacerdote católico fue electo presidente de la República

de Eslovaquia creada por los alemanes; y como se declaró a la masonería fuera de la ley, los crucifijos se colocaron en las paredes de todos los edificios públicos en Francia, tal y como sucedió en Italia en la época del Concordato Vaticano-Fascista. En las monedas de Francia se sustituyó el viejo lema de la Revolución Francesa: "Libertad, Igualdad y Fraternidad", con: "Familia, Patria y Trabajo".

Ya que la "Fortaleza" era prácticamente católica, Pío XII se halló en una situación incómoda, pues se convirtió en campeón de una Rusia atea, de una Gran Bretaña predominantemente protestante y de su enorme imperio mayoritariamente no-cristiano, y de los Estados Unidos de América, principalmente protestante. Su aprieto hizo crisis con lo de Pearl Harbor y el ingreso de los Estados Unidos a la guerra. ¿Cómo iban a hacer frente a tal situación cuarenta millones de católicos americanos? Ya de por sí, la mayoría de aquéllos que eran de ascendencia italiana, alemana, húngara, eslovena, eslovaca o irlandesa se decían a sí mismos "aislacionistas", tenían vivos recuerdos de las atrocidades que padecieron sacerdotes y monjas durante la reciente guerra civil en España.

Pío XII enfrentó el reto como el avezado diplomático que era. Nombró al dinámico y joven Michael J. Ready, Obispo Auxiliar de Cleveland, como cabeza de una campaña para "reinterpretar" la encíclica anti-Marxista de Pío XI, *Divini Redemptoris*; se corrió la voz de que Josef Stalin estaba abriendo el camino a la libertad religiosa en la Union Soviética. Debería haber sido un malabarismo notable de parte del Obispo Ready y de sus ayudantes, cuando toma uno en cuenta que el viejo Papa, Achille Ratti, pudo anticiparse a esta misma campaña de desinformación cuando escribió la encíclica dos años antes de que estallara la guerra. Dice la *Divini Redemptoris*: "Hasta hay quienes se refieren a ciertos cambios que recientemente se han presentado en la legislatura soviéti-

ca, como prueba de que el Comunismo está a punto de abandonar su programa de guerra contra Dios. ¡Pero no se dejen engañar!"

Que algo le costó a la cabeza de la Iglesia Católica al enfrentarse a tantos millones de católicos europeos como partidario entusiasta de sus enemigos, se palpa en una conmovedora carta que escribió el Pío XII a su viejo amigo y anfitrión de Nueva York, Myron C. Taylor, enviado del Presidente Roosevelt durante los largos años de la guerra en Rusia. En parte: "A solicitud del Presidente Roosevelt el Vaticano ha dejado de hacer referencia alguna respecto del régimen comunista. Pero este silencio que pesa tanto sobre nuestra conciencia, lo malinterpretan los líderes soviéticos que siguen con la persecución contra las iglesias y los fieles. Dios quiera que algún día el mundo libre no lamente mi silencio".

Aun así continuaron los esfuerzos del Papa Pacelli a favor del marxismo. En julio de 1944, estuvo de acuerdo con una reunión entre Monseñor Montini y el jefe incontestable de los comunistas de Italia, Palmiro Togliatti, recién llegado a Italia después de dieciocho años de exilio en la Rusia Soviética.

De acuerdo con el Documento JR-1022 que fue dado a la luz pública por la Oficina de Servicios Estratégicos (O.S.S.) en Washington hace varios años, "la discusión entre Monseñor Montini y Togliatti fue el primer contacto directo entre un alto prelado del Vaticano y un líder del comunismo. Después de haber hecho examen de la situación, reconocieron la posibilidad potencial de una alianza contingente entre católicos y comunistas en Italia, que podría dar a los tres partidos (Demócratas Cristianos, Socialistas, y Comunistas) una mayoría absoluta, y así permitirles el dominio de cualquier situación política. Un plan tentativo se elaboró para forjar la base sobre la cual se podría hacer un convenio entre los tres partidos. También se elaboró un planteamiento de los lineamien-

tos fundamentales sobre los cuales podría crearse un entendimiento entre la Santa Sede y Rusia".

¿Quién fue el que presentó este Reporte JR-1022? En el libro *OSS, The Secret History of America's First Intelligence Agency*, publicado por la California University Press en 1971, existen indicios de que fue el mismo Montini. Según el autor, R. Harris Smith, el futuro Papa Pablo VI era el hombre clave del Vaticano en una red de espías de los Aliados, que tenía el encargo particular de recopilar información respecto a los objetivos de bombardeo estratégico en Japón. Por lo que toca al hombre clave del Vaticano en Japón en esa época, era nada menos que Pedro Arrupe, S.J., el futuro Padre General de la Compañía de Jesús, y sobreviviente del bombardeo de Hiroshima.

Cuando se llevó a cabo su reunión oficial con Togliatti, Giovanni Montini tenía 47 años y aún no había recibido su título en derecho canónico, ni mucho menos su mitra de obispo. Sin embargo, estaba a cargo de negociaciones del más alto nivel a nombre de la Iglesia. En verdad, había avanzado un largo trecho por el camino soñado por aquellos activistas políticos que fueron sus padres, mientras que Eugenio Pacelli a los 68 años había logrado al fin la realización del acuerdo con la Unión Soviética que intentó concertar, sin éxito con el Comisario Cicerin, en aquellos días lejanos cuando era Nuncio del Papa Benedicto XV en la Alemania de Weimar.

Se aplasta la mente

—¿Quién nos ha creado?
—Nos ha creado Dios.
—¿Para qué nos ha creado Dios?
—Dios nos ha creado para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y después, verle y gozarle eternamente en la otra.

Tales era los serenos preliminares de la enseñanza religiosa para los niños católicos de seis años en todo el mundo, antes del socavamiento que efectuó el Vaticano. Era la fórmula sencilla de preguntas y respuestas que se conocía como el catecismo. Desde tiempo atrás, los misioneros utilizaron este método. En México, en el siglo XVI, los franciscanos y agustinos que llegaron de España cristianizaron a los indígenas en un período extraordinariamente corto, mediante preguntas como: "¿Existen muchos dioses o hay sólo uno?" Las respuestas se aprendían de memoria de tal forma que quedaban grabadas ahí para toda la vida. La repetición de las preguntas y respuestas del catecismo que les dejaron los misioneros españoles fue lo único que sostuvo a los católicos del Japón, durante los dos siglos que carecieron de sacerdotes o sacramentos, en los que frecuentemente sufrieron persecuciones intensas.

El catecismo era el tipo estructural natural y básica que tenía que colocar las mentes intranquilas de los jesuitas modernos en un camino de invención frenética. En 1929 A.J. Jungmann, S.J., profesor joven en la Universidad de Innsbruck, solicitó permiso a Roma para presen-

tar una revisión completa de todo el sistema catequístico. Pío XI no le proporcionó aliento alguno. No fue sino hasta que Pío XII estaba bien entrado en su reino y había terminado la Segunda Guerra Mundial que se hizo algo; cuando se actuó fue con la máxima energía.

Para 1946 los jesuitas de Bruselas estaban listos con lo que ellos llamaban un centro catequístico. En realidad, la *Lumen Vitae* resultó ser la administración central de un ataque frontal a las creencias católicas sin paralelo en la historia. Era un proyecto jesuita para ser realizado por jesuitas. Es imposible que pudiera haber nacido o seguido operando sin la aprobación papal. Los papas están muy bien informados acerca de lo que ocurre en las principales órdenes religiosas. Pío XII estaba diariamente en contacto con uno de los más altos jefes de la Compañía de Jesús, Agustín Bea. En una entrevista, poco después de la muerte del Papa, el jefe alemán del Biblicum dijo: "Como su confesor, naturalmente no puedo decir nada. Sin embargo, estaba yo continuamente en contacto estrecho con Su Santidad en asuntos que no tenían nada que ver con la confesión".

El centro *Lumen Vitae*, con dirección en 186 rue Washington, en Bruselas, se estableció con el supuesto objeto de crear y diseminar publicaciones catequísticas. En un artículo en *The Wanderer*, Farley Clinton examinó el significado de la organización: "Era una institución completamente jesuita, dedicada más o menos al total rechazo de todas las ideas recibidas y a vaciar a la enseñanza religiosa de todo contenido tradicional. *Lumen Vitae* tuvo un financiamiento amplísimo desde un principio y se creó para funcionar como un movimiento mundial. Es muy difícil hacer comprender con palabras el tamaño tan enorme que había alcanzado esta organización apenas a los diez años de su fundación, o sea, en 1956. Cuando se anunció el Concilio Vaticano II pudo actuar efectivamente en una escala enorme porque había sido

establecida por hombres de ideas muy grandes y de paciencia extraordinaria".

El pionero del movimiento, el Padre Jungmann, publicó más tarde su *Deutsche Katechismus*. Sacerdote seco y estudioso, también participó apasionadamente en el movimiento neo-litúrgico y más adelante encabezó la redacción de la Constitución Litúrgica del Concilio. Opinaba que "para que la enseñanza religiosa sea efectiva, debe apartarse de la transmisión estéril del conocimiento teológico y ofrecer, a cambio, la buena nueva del Reino de Dios". Este fue, precisamente, el mensaje del Cardenal Karol Wojtyla al Sínodo Episcopal Internacional de 1977, cuando concluyó su intervención con estas palabras: "La aceptación personal es lo que cuenta, no el consentimiento mental. El mejor catequista es el que vive la catequesis".

Ya desde 1943, un observador perspicaz que monitoreara los frecuentes discursos del Papa Pío XII podría haber adivinado que se aproximaba un nuevo enfoque en la educación religiosa. El Papa sugería a los aspirantes al sacerdocio que entre los nuevos campos exploraran un terreno apenas tocado hasta entonces, el de la religión comparada. Luego vino *Mente Nostra*, una encíclica que formaría la base para el descarrilamiento de una gran parte de la enseñanza de seminario. En la opinión del Cardenal Garonne, el miembro de la Curia a cargo de la educación durante el pontificado de Pablo VI, "*Mente Nostra* no sólo estaba a tono con los tiempos, sino que fue profético uno de los escritos más heroicos del audaz ministerio de Pío XII. El documento conciliar sobre seminarios hubiera sido inconcebible si *Mente Nostra* no hubiese establecido el precedente. En los bellos textos del Concilio hallamos todo lo que pidió Pío XII tan valientemente en su encíclica".

Lo audaz de sus pensamientos se vería con claridad nítida en un discurso que dio a los Hermanos de las Escue-

las Cristianas en Roma: "El arte de la educación, dijo el Papa, es en muchos aspectos el arte de la adaptación, de adaptarse a la época, adaptarse al temperamento, al carácter, a las necesidades de todas las aspiraciones justas, de adaptarse al tiempo y al lugar y de adaptarse a los ritmos del progreso general de la humanidad".

El recorrido desde *Mente Nostra* a la vida en los seminarios de hoy ha sido corto y veloz. Marcó el paso la Universidad Pontificia Gregoriana, la escuela fundada por Ignacio de Loyola en 1551 como ciudadela intelectual para dar la batalla a la rebelión protestante. Pocos años después del Concilio, desapareció el latín en dicha Universidad, junto con la rutina monástica tradicional y todas las restricciones sobre la vida fuera de la Universidad. Entraron al escenario las mujeres con unas doscientas asistiendo a clases. Se nombraron profesores protestantes y judíos. Los cursos de cinematografía incluían películas sin censura de Buñuel, Bergman y Dreyer, y había cerveza a la mano en un bar interior.

Reinhardt Raffalt recordaba haber llegado de improviso un día en 1940 al Germanicum, la Universidad Alemana-Húngara de Roma, y encontrar a los estudiantes vestidos en sus casacas de color rojo bombero, cenando en silencio mientras escuchaban una lectura devocional. Volvió otra vez en 1970, y halló una algarabía de juventud, vestida de "jeans", que gritaba de mesa a mesa.

Otros jóvenes alemanes fueron objeto de un curioso experimento a fines de los años cuarenta, cuando el Nuncio Roncalli y el Pro-Secretario Montini inventaron un curso por correspondencia para prisioneros de guerra, al cual nombraron "seminarios de alambre de púas". La publicidad que se le dio al currículum atribuía la labor a Monseñor Montini; sin embargo, tomando en cuenta sus múltiples ocupaciones al estar encargado prácticamente del funcionamiento del Vaticano y la predilección que sentía Pío XII por escribir, es posible suponer razonablemente que

las lecciones fueron planeadas y detalladas por el Papa, en el idioma alemán que dominaba a la perfección.
Lo que ocurrió en la Gregoriana y en el Germanicum, sucedía en todo el mundo durante los años sesentas y setentas. Los fieles de Newark, New Jersey, reunieron sus escasos ahorros durante los años de la Depresión para construir lo que pronto se convirtió en un seminario importante y floreciente en el cercano pueblo de Darlington. Hoy reconocen los integrantes de la facultad que "hay tan pocas vocaciones en Newark que aceptamos estudiantes de cualquier parte, incluyendo legos, hombres y mujeres, monjas y protestantes". La doctrina católica romana ha sido reemplazada casi enteramente, por lo que se le llama "pensamiento católico de la actualidad" y los pocos estudiantes que aspiran al sacerdocio tienen libertad de ir y venir como todos los demás, cada uno compartiendo un apartamento de dos camas, con baño, televisión, estéreo, refrigerador y si se solicita, un bar portátil.

Quizá es un caso extremo, pero está de acuerdo con las consecuencias mundiales de la destrucción del catecismo y la invitación a las libertades que se inició en la cúspide con una encíclica papal. Kenneth Baker, uno de los muy pocos jesuitas que no está dispuesto a seguir los lineamientos que marcan los partidarios de *Lumen Vitae*, nota que seminario tras seminario se ha visto obligado a cerrar sus puertas debido a la falta de estudiantes, piensa que posiblemente sea preferible que el futuro entrenamiento de sacerdotes se efectúe en forma privada por pastores conocedores, cuya dedicación aún perdura. Es obvio que se agota el tiempo para hallar a esos pastores.

El entusiasmo que expresó el Cardenal Garonne por la *Mente Nostra*, sólo pudo compararse con la alegría que sintió con otra encíclica del Papa Pacelli de los años cuarenta, la *Divine Affluante Spiritu*, que describió como "un soplo poderoso de aire fresco". Esta encíclica, que se dedica

al problema de la investigación bíblica, trata precisamente el mismo tema que encendió el movimiento modernista a principios de siglo. Fue la publicación de un estudio intitulado *Das Wesen des Christemtams* por el teólogo luterano alemán Adolfo Harnack, que pedía una reevaluación radical de las Escrituras Sagradas y la reacción favorable a ese libro por parte de importantes pedagogos católicos, lo que colocó la cuestión sobre el escenario.

El exegeta norteamericano, Raymond Brown, está totalmente de acuerdo con el aplauso de Garonne a favor de *Divine Affluante Spiritu* y dice que la encíclica "representa un cambio total en las posturas hacia el estudio bíblico"; ha expresado su satisfacción de que, gracias a la apertura que ofreció, ahora es posible, en los seminarios católicos, considerar "que los primeros capítulos del Génesis no fueron históricos, que el libro de Isaías no fue un solo libro, que Mateo no fue la obra de un testigo ocular, que los cuatro Evangelios no fueron cuatro biografías armoniosas y que en algunas ocasiones contenían imprecisiones en sus detalles".

Otro clérigo bien conocido —usualmente disidente— que tuvo palabras de encomio para *Divine Affluante Spiritu* fue el Padre Hans Küng. Escribió al respecto: "Esta encíclica muestra hasta que punto la Iglesia está dispuesta a aceptar actitudes modernas en los métodos de exégesis y al mismo tiempo, su desaprobación tácita de los decretos anti-modernistas del Papa Pío X. Es más, el documento proporciona un claro reconocimiento de la autoridad de los textos originales sobre cualquier traducción, antigua o moderna. Por tanto, da una disminución clara a la importancia de la Vulgata".

Cuando a principios de los años cincuenta Pío XII le dio luz verde a Bea y a su equipo de Biblicum para comenzar los trabajos de una nueva traducción de los Salmos, así como de las oraciones bíblicas recitadas en el oficio diario del sacerdote, la intención era ponerlas en

el lugar de aquellas contenidas en la Vulgata, la traducción de la Biblia aceptada oficialmente desde los tiempos de su autor, San Jerónimo, que vivió en el siglo V. Los nuevos textos, difíciles de cantar, como dice Bonneterre, asestaron otro golpe a lo que Avery Dulles denomina la "serenidad espiritual" del sacerdote, al privarlo de la resonancia conocida y amada de las antiguas frases, tantas veces repetidas, de la Vulgata.

Se violenta a la tradición

En comparación con el caos que le siguió, el largo reinado de Pío XII les parece a los conservadores de más edad, hoy en día, una época en la cual todo marchaba bien en la Iglesia. Con la excepción de rumores ocasionales sobre experimentación litúrgica en Bélgica y en Francia, la antigua institución parecía estar unida en doctrina y ritual, segura en su magisterio y éste en la figura austera, un tanto remota del Papa Pacelli. De aspecto algo espectral, vestido de blanco él realzaba sus frecuentes declaraciones en un italiano melodioso con una dignidad sin paralelo. Fue una época en la cual el ochenta por ciento de los católicos norteamericanos iban a la Misa dominical con regularidad, a la vez que una atmósfera de certidumbre absoluta causaba conversiones, no sólo en los campos misioneros de África. En 1950, el Cardenal Spellman pudo decir: "Si continúa el número de conver-

siones al ritmo que vamos, en cien años los Estados Unidos será un país católico".

Sin embargo, fue precisamente en aquellos tiempos florecientes que el Papa, a quien se le apodaba "el Pastor Angélico", junto con el Padre Montini, su mano derecha en equipo, empujaba mutaciones de doctrina y práctica que iban a tambalear todo el edificio. Paso por paso, los dos se movían hacia un concilio que sería una especie de solución final para esas mutaciones.

Aunque la destrucción del catecismo sería el golpe determinante que se les pediría a los fieles aceptar, la subversión de la liturgia los afectaría emocionalmente en grado mayor. Ya desde 1947 el Papa Pacelli, en consulta con académicos de la Universidad de Lovaina y con un grupo de neo-liturgistas avanzados con sede en París, constituyó una comisión para la transformación completa de la liturgia sagrada. Escogió como secretario de la comisión a un sacerdote de treinta y cinco años, un Padre Bugnini, cuyo nombre Annibale resultó evocativo, pues nació en un pueblo a las orillas del Lago Trasimeno donde Aníbal y sus elefantes ganaron una sonada batalla contra los romanos. La eliminación de todo lo romano de las páginas del Misal, el antiguo Libro de la Misa, se convirtió en la meta principal del Padre Bugnini y de su grupo de *periti*. Está claro que el Papa le dio gran importancia a este comité y a su trabajo por el testimonio del propio Bugnini en su autobiografía, que escribió muchos años después del Concilio, cuando ya había alcanzado el rango de Arzobispo. "Disfrutamos de la plena confianza de Pío XII, a quien le informaba de nuestro trabajo Monseñor Montini, y aún más, el Padre Bea, su confesor. Gracias a estos intermediarios pudimos llegar a resultados notables aun en aquellos intervalos cuando la enfermedad del Papa le impedía ver a cualquier otra persona".

Si no hubiera sido por el apoyo entusiasta del Papa, es probable que los cambios litúrgicos mayores no se hubie-

ran efectuado, ya que miembros de la oficina de la Curia, la Congregación Sagrada para Ritos, se opusieron a Bugnini en casi todo el camino. Aun lograr los cambios radicales que deseaba el Papa en los ritos de la Pascua tomó seis años; pero Pacelli era Papa y necesariamente alcanzaría la victoria. Por fin en 1955, el decreto papal *Máxima Redemptionis* surtió efecto. Cambió las celebraciones de Pascua de la mañana a la medianoche anterior y dispuso una serie de variantes, convirtiéndola en una especie de ensayo para la Nueva Misa, que aún quedaba diez años en el futuro. En muchas de las ceremonias de Pascua planeadas por Pacelli, el sacerdote se colocaba de frente a los fieles. Se suprimieron las oraciones iniciales al pie del altar y el Evangelio final, así como las devociones tradicionales de Semana Santa, de Tres Horas en Viernes Santo y las solemnidades tan conmovedoras de *Tenebrae*.

Fue a principios de los años cincuenta cuando Pío XII envió una directiva mundial a las superioras de todas las órdenes de religiosas. Su mensaje, según una monja canadiense que lo recuerda, era: "modernicense y sin demora...". La directiva tenía que ver con actitudes espirituales, la vida en retiro, el vestido y otras cosas por el estilo. En general, no se le tomó muy en cuenta. Aparentemente desalentado, el Papa ordenó a las superioras que vinieran a Roma para hacerles ver la seriedad de su intención de modernizar a las monjas. Al mencionar en su discurso inicial al grupo, que traerlas a Roma costó mucho dinero, prestamente se le presentó un cheque por una suma importante para cubrir los gastos. Lo devolvió, diciendo que una forma mejor de usar el dinero, sería de contribuirlo a un fondo para establecer una escuela para estudios superiores en Roma, donde ciertas mujeres de las órdenes religiosas mundiales pudieran tomar cursos especiales y seminarios. Este fue el origen del colegio romano para mujeres, *Regina Mundi*.

En la década 1944-1954, el movimiento de sacerdotes-trabajadores tuvo sus inicios, y luego sus altas y bajas. En el último año de la guerra los tres cardenales más liberales de Francia, Liènart, Suhard y Feltin, obtuvieron permiso de Pío XII para un proyecto en el cual ciertos sacerdotes quedarían liberados de obligaciones ordinarias para trabajar en fábricas y en lo que se denominaba "misiones de ciudad". La idea, se decía, era evangelizar a los trabajadores que eran objeto de presiones marxistas cada vez mayores.

Al poco tiempo muchos de estos hombres se vieron enredados de una u otra forma en cuadros marxistas. En lugar de convertir estaban siendo convertidos. Aún así, no parece que haya habido conflicto alguno con el Vaticano hasta la primavera de 1949, cuando Pío XII efectuó un cambio abrupto en su política. En este caso la política era italiana y no francesa. A partir del fin de la guerra, los herederos del Partido Popular de Giorgio Montini, los Demócratas Cristianos, habían sido la fuerza principal en el Parlamento Italiano. Pero para 1949, el creciente Partido Comunista amenazaba con desbancarlos en las elecciones venideras. Pío XII llegó al rescate con un gesto pragmático que le ganaría un renombre mítico, el de ser "anti-marxista". Mandó llamar al Santo Oficio y ordenó que publicaran un decreto que prohibía a los católicos italianos unirse al Partido Comunista. Como resultado, los Demócratas Cristianos salieron adelante a duras penas y el Papa, quien ya llevaba diez años en la Silla de Pedro, dio el primer discurso abiertamente anti-marxista de su pontificado.

Inmediatamente la Radio Vaticano, ya transmitiendo internacionalmente, sorprendió al mundo con un cúmulo de datos que había recolectado, pero que tenía prohibido divulgar hasta entonces. Repentinamente se supo que no sólo era verdad que para unos sesenta y cinco millones de católicos europeos en el Este les era difícil o imposi-

ble practicar su fe, sino que fueron ejecutados sacerdotes, de hecho unos seis mil, principalmente en Ucrania, en los países del Báltico y en Bulgaria. Desaparecieron cuatro mil quinientos sacerdotes deportados a Siberia o encarcelados en Checoeslovaquia, Hungría y Polonia.

Sin embargo, a pesar de esas noticias, el discurso papal y el decreto del Santo Oficio, el movimiento sacerdote-trabajador no terminó en Francia. Siguieron otros cuatro años más de actividad, en gran parte muy discutible en la cual se reportaban sacerdotes heridos y hasta arrestados en batallas callejeras. Del Vaticano provinieron recordatorios de cuando en cuando del error de la lucha de clases, pero no fue sino hasta 1953 que Pío XII retiró el permiso para la existencia del movimiento de sacerdotes-trabajadores. Se puede juzgar la efectividad del aviso de retirarse a la luz de un reporte en *Le Monde* de 1987, que citaba la presencia de cuando menos ochocientos sacerdotes-trabajadores que operaban en el país.

Mientras tanto, como si fuera para equilibrar, aunque en forma leve, su giro en contra de la extrema Izquierda, Pío XII dirigió su atención a los católicos en el otro extremo de la gama social. Por tres años consecutivos, con un pretexto u otro, pospuso la recepción tradicional de cada año de los aristócratas romanos, miembros de la llamada Nobleza Negra, hombres y mujeres de antiquísimo linaje que habían cerrado las puertas de sus palacios en 1870, cuando cayó ante los insurgentes el Estado Papal. Esta aristocracia rehusó, desde aquel entonces, toda clase de favores ofrecidos por la recién instalada casa real de Saboya y expresó su solidaridad con el "Prisionero del Vaticano". Cuando al fin decidió recibirlos en 1956, Pío en efecto, los despidió. Su explicación: "El viento impetuoso de una nueva era se lleva a rastras muchas tradiciones del pasado. Se lleva consigo mucho de lo que el pasado ha construido. La nueva constitución postfascista de Italia no reconoce ninguna misión parti-

cular para clase social alguna, ni ningún atributo ni privilegio. Se le ha dado vuelta a una página de la historia, se ha cerrado un capítulo. Se ha abierto un nuevo capítulo. Pueden pensar lo que gusten, pero esos son los hechos".

El Papa hacía eco de las palabras de Franklin Roosevelt a Winston Churchill, cuando éste lamentaba que los Estados Unidos parecían sentir indiferencia respecto al Imperio Británico. Dijo el Presidente: "Se ha iniciado un nuevo período en la historia del mundo y tendrán que ajustarse a él".

El comienzo de la década de los cincuenta trajo consigo para la Iglesia más relajamiento de la disciplina sacramental. Pío XII concedió permiso para la celebración de Misas vespertinas y redujo el período de ayuno de la medianoche anterior a la recepción de la Sagrada Comunión, a simplemente tres horas. A la vez, en Estados Unidos se dio un gran paso en el cambio litúrgico cuando la Confraternidad para Doctrina Cristiana solicitó y recibió permiso del Vaticano para lo que denominaban un "Ritual Americano", en el que buena parte de la Misa se decía en inglés.

Comenzaban a tomar forma estructuras que se volverían importantes en la Iglesia Nueva. A sugerencia del radical brasileño Monseñor Helder Cámara, el Papa envió a Colombia al Obispo Antonio Samoré, auxiliado por el joven Padre Agostino Casaroli, a reunir a todas las conferencias episcopales de las vastas áreas de América Latina en una sola súper-conferencia episcopal integrada, más fácil de administrar. Después del Concilio, esta súper-conferencia se llamaría CELAM. Al mismo tiempo, el Papa alentó a los españoles a lanzar el movimiento, Cursillos, precursor, como el Focolare y las Comunidades de Base, tan convenientes más tarde para la diseminación de la "teología de la liberación" en Centro América y América del Sur. Un latinoamericano, cuyo

destino era convertirse en mártir marxista, el joven colombiano Camilo Torres, S.J., se apareció en Roma en 1953 para recibir la bendición no sólo del Padre General de los Jesuitas, sino del Papa Pío, quien lo alabó por su meta expresa para establecer "un nuevo orden mundial para América Latina".

Pío XII no tuvo inconveniente en unirse al alboroto mundial organizado por la Internacional Socialista para salvar de la silla eléctrica a los espías soviéticos Ethel y Julius Rosenberg. El gesto iba de acuerdo con su intervención de hacía diez años, cuando su amigo, el enviado británico a la Santa Sede, provisto de las firmas de cuarenta intelectuales londinenses promarxistas, le rogó que le salvara la vida al máximo líder comunista de Italia, Luigi Longo, para quien, se rumoraba, se preparaba el cadalso. Causó mayúscula vergüenza en el Vaticano, la réplica glacial del Ministro de Relaciones Exteriores Fascista, Conde Galeazzo Ciano, en el sentido de que "aunque el militante comunista Longo ha sido detenido, jamás ha existido la menor intención de ejecutarlo".

Entre las encíclicas del Papa Pacelli de los años cincuenta, destaca *Humani Generis*, que trata del origen del hombre. Los intelectuales en Francia, tanto aquellos que estaban a favor, como en contra del evolucionismo de Teilhard de Chardin, buscaron los primeros ejemplares con vivo interés; pero sólo hallaron, como explicaba Xavier Rynne, que "lo que se veía claramente en la encíclica era su espíritu pastoral. A nadie condenaba, ni ocurrió censura eclesiástica después de su publicación, aunque eventualmente dos provinciales, un dominico y un jesuita, fueron trasladados a otros trabajos. Si bien se proscribieron ciertas tendencias e ideas, la encíclica no hizo esfuerzo alguno por sofocar iniciativas teológicas. Más bien alentaba la investigación vital y existencial de problemas de actualidad".

Esa era la buena noticia que llegó al Padre Teilhard en el momento que abordaba el buque en Southampton que lo llevaría a Buenos Aires. Cuando en fecha reciente había recibido una invitación de unirse a los disidentes de Utrecht, los Viejos Católicos, rechazó la invitación, diciendo que aunque estaba de acuerdo con su posición en general, tenía la intención de quedarse dentro de la Iglesia para, como dijo, "transformarla". Su carta a Holanda decía en parte: "En esencia, creo que la Iglesia ha llegado al punto donde la transformación, o sea la reforma esencial, tiene que ocurrir. Después de dos mil años esto no tiene remedio. La humanidad misma está en las angustias de la transformación; ¿cómo ha de escaparse el catolicismo? En concreto, creo que esta reforma, un asunto mucho más radical que aquél del siglo XVI, no es simplemente cosa de instituciones o de la moral, sino de la fe misma. De alguna manera nuestra concepción de Dios está dividida. Además del Dios tradicional, trascendente, ha surgido para nosotros, en el transcurso del siglo pasado, una especie de Dios del futuro".

En Francia, en aquel entonces, los académicos católicos jugaban con la idea de rehabilitar al ex monje agustino, Martín Lutero. Un joven sacerdote que protestó, Georges De Nantes, fue despedido de su puesto como maestro. De importancia casi tan grave como perder el trabajo, fue para él la aparición de la primera de las obras del dominico, Ives Congar. Fue el trauma de leer *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, así como la pérdida de su trabajo, lo que lo impulsó a ir a Roma en 1953. "Quería advertir a los responsables del grave peligro de las reformas que proponía Congar. Veía que conducían a una perversión de la Iglesia entera, al seguir el camino que ya recorríamos en Francia. Aunque me recibieron cortésmente y me escucharon, me di cuenta que los romanos no tomaban en serio nuestras rencillas fran-

cesas y estaban demasiado convencidos de su propia autoridad sobre el resto del mundo".

Mientras tanto, Monseñor Bugnini y su Comisión Pontificia en Roma seguían enérgicamente adelante con la organización de congresos internacionales litúrgicos. Reuniones sucesivas en el santuario alemán de María Laach, en Lugano, en Suiza y en Lovaina, en Bélgica se dedicaron a la reducción progresiva de lo que a través de los siglos nos llegó como el Santo Sacrificio de la Misa. Se alegaba que el macheteo incesante encaminado a ese propósito, era con objeto de hacerla "más relevante al hombre moderno" y logró su fin diez años más tarde, cuando un representante de la Conferencia Luterana de Augsburgo podía afirmar que "están desapareciendo los obstáculos que impiden la participación protestante en la Eucaristía (católica). Hoy en día, debería ser posible que un protestante reconozca en la celebración católica eucarística, la cena instituida por el Señor".

Después de Lovaina vino el mayor de los congresos litúrgicos, el de Asís. Mil doscientos delegados, entre ellos seis cardenales y ochenta obispos, se reunieron en la pequeña ciudad de San Francisco, en la Umbría italiana. Era el año de 1956. En su libro *Has the Catholic Church Gone Mad?* el erudito inglés, John Eppstein, opina que esta asamblea fue la que preparó el cuadro para los drásticos decretos litúrgicos que siguieron al Concilio. Escribe:

"Ahí estaba un grupo de entusiastas listo para implementar la organización pre-Conciliar que aún no convocaba el Cardenal Cicognani. Sus miembros venían principalmente de Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y los Estados Unidos. No tardaron en el elaborar el *esquema* para la Constitución Litúrgica, que ya estaba listo cuando se reunió el Concilio. Muchos del mismo grupo trabajaron juntos durante todo el Concilio y fueron colo-

cados en la comisión postConciliar que se creó para implementar los principios que había adoptado el Vaticano II. Y durante todo el proceso, la figura dominante fue la de Monseñor Bugnini, que encabezó cada una de las etapas de trabajo en los cuerpos reformantes. Bugnini fue tan arquitecto de la Nueva Misa, como Cranmer lo fue del *Book of Common Prayer* Anglicano".

La satisfacción de Pío XII con el Congreso de Asís y con la dirección de él por su jefe designado, Bugnini, fue evidente en el mensaje de clausura que dirigió a la asamblea. En parte, "El movimiento litúrgico ha aparecido como una señal de un don de la Providencia de Dios para nuestro tiempo, como un pasar del Espíritu Santo sobre la Iglesia, para mostrar a los fieles los misterios de la fe y las riquezas de la gracia que vienen de la participación activa en la liturgia".

Uno de los eventos que tomaron su inspiración del Congreso de Asís ese año, fue el simposio canadiense intitulado "La Gran Acción de la Iglesia Cristiana". Organizado por la Conferencia Litúrgica Norteamericana y un comité encabezado por el Obispo (después Cardenal) John Wright de Worcester, Massachusetts, presentaba un ritual central sin paralelo en esa época. En el lugar del Introito, esas palabras iniciales que se incorporaron a la Misa en los días de Carlomagno, "me acerco al altar de Dios, a Dios que da alegría a mi juventud", se cantaba al unísono: "Damos la bienvenida a nuestro Presidente", y la ceremonia seguía adelante, acompañada de estimulantes himnos luteranos, un sermón en el cual se explicaba que la Eucaristía era una comida de la comunidad y no un sacrificio; para cerrar la mañana con broche de oro, hubo una bendición pontificia de Pío XII en Roma.

Otro centro de devoción que ya estaba al día mucho antes del Concilio fue Downside Abbey, en Inglaterra. El novelista Evelyn Waugh, que pasó su retiro acostumbrado de Semana Santa en Downside, anotó en su diario:

"Algo aburrido, ya que el ritual nuevo, que se introdujo por primera vez este año, deja muchas horas sin ocupación. Hay un joven filósofo, listo, un Padre Illtyd Trethowan, que dictó unas conferencias notables. Me di cuenta que estaba yo en desacuerdo con todo lo que decía y que sentía rencor hacia la nueva liturgia".

Se reúnen a rematar

En 1954 el padre Montini, de 57 años, el sacerdote que, según informaban varios observadores importantes, estaba prácticamente a cargo del Vaticano, recibió su consagración al episcopado y un nombramiento como el segundo Arzobispo en importancia en Italia, el de la ciudad industrial del norte, Milán. Sin duda fue una gran pena para el Papa, ya de 78 años, perder la ayuda de quien fue su colaborador más cercano durante veinte años. A medida que el Papa se veía más atareado con la redacción de encíclicas y como ahora sabemos, con los proyectos para el Concilio, la ayuda de Montini debió volverse prácticamente indispensable.

Dentro de la polémica interminable en torno a la razón por la cual el nombramiento a Milán se hizo sin la concesión del sombrero cardenalicio, hay cuando menos tres historias distintas. Se ha sugerido, pero sólo en Italia, que el Padre Montini se vio involucrado, de alguna forma, en el sórdido escándalo Montesi, que aparecía en

los encabezados periodísticos internacionales en aquella época. Según otros, Montini renunció disgustado por un plan presupuestal para la Ciudad del Vaticano, mismo que no aprobaba. Sin embargo, lo que se imaginaba la mayor parte de la gente, especialmente fuera de Italia, era que el Papa había descubierto que su ayudante de más confianza había entablado pláticas con líderes comunistas y que, triste e indignado, lo desterró lejos de su presencia. Hasta ahora, se desconoce prueba alguna que apoye estas historias. La menos probable es la tercera y más popular, si tenemos en cuenta que el Nuncio Pacelli, él mismo, estuvo practicando la *Ostpolitik* desde 1918 cuando llevaba a cabo negociaciones privadas por parte del Papa Benedicto, con altos dirigentes soviéticos. Hansajakob Stehle, corresponsal ante el Vaticano de *Die Welt* de Hamburgo y autor del estudio comprensivo, *Die Ostpolitik des Vatikans 1917-1979*, halló en archivos del Estado Alemán, abiertos recientemente, detalles de largas pláticas entre el Obispo Pacelli y el Comisario Soviético Cicerin. Stehle dice que quedó pasmado al ver las concesiones ofrecidas por el Nuncio. No se enviarían sacerdotes polacos a Rusia ni ningún sacerdote, de la nacionalidad que fuera, sin la aprobación de Moscú. Antes de que terminaran las pláticas, se endurecieron las actitudes soviéticas y a fin de cuentas no se hizo nada.

Respecto al encuentro Montini-Togliatti, sucedió diez años antes del nombramiento a Milán, y si bien era un secreto hasta que lo reveló el Departamento del Estado en Washington en 1974, la reunión nunca fue un misterio en el Vaticano. Monseñor Montini se reunió con Togliatti en su capacidad oficial de Secretario de Estado Sustituto y, por lo tanto, portavoz del Papa. De acuerdo con Stehle, apenas el Papa Pío XII envió a Montini a Milán, él mismo reinició las negociaciones con los soviéticos, por medio del teólogo vienés Monseñor Röding, a quien mandó en misión confidencial a Moscú.

Es cierto que Pío no nombró cardenal a Montini y que la Sede de Milán es, usualmente, regida por un cardenal. Sin embargo la explicación, tal y como nos la brindaron acontecimientos subsecuentes, radica en el hecho de que el Papa no deseaba que Montini estuviera disponible como *papabile* en un cónclave que él sabía bien, no tardaría mucho en ocurrir. Montini no tendría que soportar la pesada carga de lo que iba a ser un golpe severo a los fieles, es decir, el Concilio que él planeaba. Mientras tanto, el mensaje que envió al nuevo Arzobispo cuando se instaló, irradiaba aprecio, agradecimiento y elogios.

Monseñor Montini parece haber entrado con gusto en su nueva vida más independiente en Milán. Inició su residencia en la capital de Lombardía, que iba a durar ocho años, con un gesto dramático, hasta entonces desconocido entre prelados católicos: besar el suelo al llegar. Pronto se convirtió en anfitrión de una serie de hombres cuya influencia pesaría mucho sobre el futuro de la Iglesia. Hubo delegaciones, una tras otra, de teólogos no-católicos que se alojaron en el arzobispado, la mayoría de ellos, de la Iglesia Anglicana. Llegó Jacques Maritain, cuyo "humanismo integral" promovieron Montini y Pacelli veinte años atrás. A mediados de los años cincuenta la teoría de Maritain se volvió la vida oculta de la Iglesia; sólo aguardaba el Concilio para insertarse en la existencia de los fieles. Después de vivir refugiado en Canadá durante los años de la guerra, el filósofo francés pasó tres años en Roma como Embajador ante la Santa Sede, ahora había vuelto a Francia con objeto de dedicar todo su tiempo a escribir.

Un verano, Maritain llevó a la residencia Montini a un norteamericano a quien consideraba "uno de sólo tres revolucionarios dignos de tal designación; en verdad, uno de los pocos hombres verdaderamente grandes de este siglo". Se trataba de Saúl David Alinsky. El sedicente "radical profesional" pasaría una semana entera con

el Arzobispo Montini, en conversaciones sobre las relaciones de la Iglesia con el poderoso sindicato comunista de la ciudad. Dijo Alinsky a su biógrafo M.K. Sanders "Fue una experiencia interesante. Ahí estaba, sentado entre el Arzobispo y una hermosa rubia de ojos grises, funcionaria del sindicato comunista milanés, explorando los intereses comunes que hacían puente entre el comunismo y el capitalismo".

En cuanto a la religión, Saúl Alinsky explicó su actitud a un reportero de *Playboy* años más tarde. Dijo que había dejado a su estricta familia judía para unirse a la Brigada Internacional en la Guerra Civil Española. Posteriormente, desarrolló su teoría de *People Power* ("Poder de la Gente") y afirmó que fue después de encontrarse con Jacques Maritain que comenzó a ver cómo la revolución podía volverse parte de la Iglesia Católica. Alinsky prefirió llamarla "la Iglesia de hoy y de mañana"; y era una Iglesia que debe volverse enteramente libre de dogma. "Odio y temo el dogma. Nadie es propietario de la verdad, y el dogma, en cualquier forma que tome, es el enemigo fundamental de la libertad humana". Alinsky, Montini y Maritain expresaron una concordancia serena, en el sentido de que la Iglesia Militante tenía que ceder lugar a la Iglesia Amorosa.

Por los últimos años cincuenta estaban terminando los días de Eugenio Pacelli y aproximándose el momento del Concilio. Elizabeth Gerstner nos brinda una percepción muy particular de la actividad febril de ese tiempo. Ella era ayudante del alemán que encabezaba la oficina de Bonn del Apostolado para Legos, organización del Vaticano recién constituida. A causa de la enfermedad de su jefe, la joven señora Gerstner llegó a la oficina central formada por unos veinte salones en un complejo de viejos edificios en la Plaza San Calixto de Roma. La coordinación y promoción de asambleas de primera importancia en

todo el mundo, eran la finalidad del trabajo que llevaba a cabo, con esforzada eficiencia, una plana de veinticinco personas bajo la dirección de una joven conversa de judaísmo Rosemary Goldie.

Desde un principio, la señora Gerstner se asombró ante la confianza con la que la señorita Goldie y otros miembros del equipo trataban a los cardenales de la Curia y a los obispos. No existía dificultad alguna en comunicarse con ellos a cualquier hora del día. Poco a poco entendió la importancia de este comité, el cual funcionaba como un centro de procesamiento para todas las fases de relaciones entre jerarquía y legos en todo el mundo.

Sin embargo, retrospectivamente, para ella el centro ha cobrado una significación de mucho mayor importancia, como antesala del Concilio Vaticano II. Mucho antes de que se anunciara el Concilio, el tipo de clérigo que entraba y salía de las oficinas de San Calixto era un presagio de los próximos cambios. Ahí estaba el viejo y jovial Agustín Bea, de 78 años, cuya consagración episcopal, negociaciones con líderes judíos y Secretariado para la Unidad Cristiana aún le aguardaban. Se encontraba también Leo Suenens, protegido de aquel pionero del cambio, el Cardenal Mercier de Malines-Bruselas, fallecido hacía mucho. Como Obispo Auxiliar de la misma diócesis, Suenens aún no había "vuelto a nacer" ni se había convertido al Pentecostalismo. Estaban ahí los jóvenes jesuitas de vanguardia, Jean Daniélou, Malachi Martin y Roberto Tucci, este último estaría al frente de Radio Vaticano, más tarde. Ahí se encontraban los teólogos de una vanguardia todavía más avanzada, como Ives Congar, Josef Ratzinger y Bernard Häring. La membresía del propio Comité de Legos incluía a François Dubois-Dumée, periodista y comunista declarado, así como a Monseñor Achille Glorieux, quien se descubrió estuvo a cargo de la operación de secuestro, en la que desapare-

ció el borrador de una resolución anti-marxista, firmada por 450 padres del Concillio. Dice el Padre Wiltgen, en su libro, *El Rhin desemboca en el Tíber*: "De cuatro fuentes distintas, tuve conocimiento de que la persona que retuvo el documento fue Monseñor Glorieux, de Lille, Francia, quien desempeñaba en aquel entonces media docena de puestos vaticanos".

Inevitablemente, la presencia ininterrumpida de hombres como éstos engendró una atmósfera totalmente nueva para la joven representante de Alemania. Ni sus múltiples viajes ni sus amplios contactos internacionales la prepararon para el tipo de lenguaje que escuchaba en San Calixto. Le era imposible reconciliarlo con nada que, a su entender, fuera católico. Cuando llegó la noticia de que se convocó un concilio, de repente comprendió que estos hombres, no solamente estuvieron trabajando con miras a un concilio, sino que ya se movían mucho más adelante de esto, planeando situaciones e inventando estructuras para una nueva Iglesia enteramente distinta, en la cual el sacerdocio, la liturgia, los sacramentos y la Misa misma serían de escasa importancia.

A fines de 1962, cuando se despidió tras una estancia de tres años en San Calixto, la señora Gerstner pasó a ver a uno de los hombres cuyas palabras razonadas le habían brindado consuelo después de los acontecimientos incomprensibles en las oficinas del Apostolado para Legos. Le expresó al viejo español, Arcadio Cardenal Larraona, su sensación de pavor respecto al futuro de la Iglesia. Él no le dio consuelo:

"Van a cambiar todo, dijo. La liturgia, todo; el latín desaparecerá por completo".

Ella le platicó de su cariño por el latín y de cómo enseñó el canto gregoriano a jóvenes negras en una *casa de asistencia* en la ciudad de Nueva York, y de cómo, para deleite de ellas, al terminar el verano pudieron cantar la

Misa entera. El único comentario del Cardenal fue: "Van a acabar con todo ello".

Lo interesante es que Larraona, como persona enterada, sabía cuando menos un año antes de la apertura del Concilio, que en los círculos superiores se había formulado un plan para ir abandonando el latín, y que esto estaba decidido y sólo se esperaban las firmas de los obispos para su ratificación. Esta revelación de la señora Gerstner deja sin sustancia alguna la montaña de análisis posconciliares que pretenden demostrar cómo y cuándo fue que los acontecimientos del Concilio se volvieron decisivos a favor del cambio. Lo que le sucedió a la liturgia comenzó a suceder en 1947, cuando el Papa Pío XII constituyó su comisión litúrgica y escogió al joven Padre Bugnini para dirigirla.

Se recogen las firmas

El Papa Pío XII murió cuatro años antes de que se reuniera el Concilio que ideó. A la mayoría de los católicos se les dificulta comprender que en realidad fue Pacelli, el "Pastor Angélico", quien dispuso el Concilio que se supone carga con la responsabilidad de crear una Iglesia, que él difícilmente hubiera reconocido. Para los conservadores, lo que ellos percibían como la firme ortodoxia de un Papa santo, les haría pensar en la imposibilidad de que él aprobara los preocupantes documentos del Con-

cilio; y, por otra parte, los progresistas se resistirían a creer que el cambio proviniera de un pontífice tan rígido.

Sin embargo el *Propositore* de la beatificación de Eugenio Pacelli, Monseñor Paolo Molinari, S.J., al hablar a través de la Radio Vaticano, señaló que eran "ignorantes" los que suponían que la Iglesia dio un giro total al morir Pío XII. "No hubo rompimiento alguno. Al contrario, sólo es necesario examinar los documentos del Concilio, en los cuales se hace referencia a las enseñanzas de Pío en más de doscientas ocasiones. Es más, las referencias a Pío XII sólo son excedidas en número, por las referencias a la Sagrada Escritura. Durante años, Su Santidad trabajó en estudios preparatorios para el Concilio. Sólo dejó de trabajar en ellos cuando se convenció de que los católicos no tenían suficiente preparación para resistir el choque de un Concilio".

Marcel Clement, periodista francés, concuerda con Monseñor Molinari: "Este gran Papa no sólo hizo posible el Concilio sino que le preparó el camino. Yo, personalmente, pude observar, al seguir el Concilio día con día como reportero, cuántas de las ideas y aspiraciones que sólo salieron a la luz bajo la cúpula de San Pedro, se habían previsto, de hecho, bajo su pontificado. Fue él, el primero en suavizar la disciplina del ayuno eucarístico. Él modificó la liturgia tridentina y los ritos de la Pascua. Él dio mayor autorización a la lectura en los idiomas nacionales. Él fue el primero en otorgar el mismo reconocimiento a los medios masivos, que después les concedería el Concilio. En pocas palabras, él inició todo el proceso que iba a continuar durante y después del Concilio".

En un anuario jesuita, el Padre Giovanni Caprile, editor de alto rango de *Civiltà Cattólica*, dijo así: "A uno le basta recordar la aprobación del Papa Pío XII de los institutos seglares, su exhortación a las monjas, *Sponsa Christi*, y sus discursos de 1950 y años siguientes".

El muy conocido disidente, Hans Küng, escribió con entusiasmo sobre los pasos progresistas que tomó Pío XII. En la creencia equivocada de que Pacelli fue quien originó la Misa Dialogada que existía antes de su reinado, Küng se regocijó de que "ayudó a recuperar el carácter explícitamente comunitario de la Misa". Continúa elogiando al Papa por haber dado permiso desde 1949 para el uso del hebreo y del chino para la Misa entera, con la excepción del Canon. Además, señaló la renovación "llena de promesas" de la liturgia para la Semana Santa, su desaliento ante las oraciones en privado y su preferencia por las oraciones comunitarias; su internacionalización del Colegio de Cardenales con treinta y dos nuevos nombramientos; y finalmente, el dar permiso a los pastores alemanes luteranos que se convertían en sacerdotes católicos para seguir casados y de hacer uso pleno de su matrimonio.

Era a fines de 1958 y la muerte de Eugenio Pacelli estaba causando actividad renovada en las oficinas de la Plaza San Calixto cuando la señorita Goldie halló a Elizabeth Gerstner, deshecha en lágrimas y le preguntó qué le afligía. La respuesta parecía obvia, así que la alemana le contestó con otra pregunta:

—Díme, Rosemary, ¿quién crees que será el próximo Papa?

—Pues, ¿qué no sabes? Angelo Roncalli, naturalmente.

—¿Quién?, ¡ah!, ¿quieres decir, el Patriarca de Venecia?

—Ay, Elizabeth, no sabes nada. Roncalli será Papa por unos cuantos años y después Gianbattisti Montini, desde luego.

El Cardenal Heenan de Westminster, que tomó parte en el conclave de 1958, confirma el plan Roncalli-Montini. En su biografía, *Corona de Espinas*, afirma: "La elección del Papa Juan no encerró misterio alguno. Se le escogió porque era un hombre muy anciano. Su obliga-

ción principal fue hacer cardenal a Monseñor Montini, para que pudiera ser electo en el siguiente cónclave. Esa fue la política y se llevó a cabo en forma precisa".

Monseñor Bruno Heim, quien fue secretario de Roncalli durante los días de su Nunciatura en París, no tuvo duda alguna respecto a quién iba a salir como Papa en el cónclave que se avecinaba. Su afición era la heráldica y durante las semanas anteriores a las reuniones, elaboró el escudo papal para su ex jefe.

Al comentar sobre su elección, el nuevo Papa, de 78 años, aparentemente halló cierta satisfacción en su condición interina y la expresó en términos trascendentales: "Me llamaré Juan, un nombre que nos es grato por que nos recuerda al precursor del Señor, que no era, él mismo la Luz sino que rendiría testimonio de la Luz". Se pregunta uno si su comparación con el advenimiento de Cristo se refería al futuro pontificado Montini o al Concilio que aún no se anunciaba. El Papa Juan no fue el único que ensalzaba al sucesor que se proponía para el Trono de Pedro. La señora Gerstner nos dice que los miembros y empleados del Apostolado para Legos en la Plaza San Calixto tenían instrucciones de formar un claque para aplaudir cada aparición en público de Monseñor Montini.

El Papa Juan debía haber tenido una confianza extraordinaria en que de los varios cientos de personas involucradas durante meses en la preparación del Concilio, ni una sola de ellas dijo una palabra al respecto. O quizá fue sólo una prueba de lo poco que los fieles saben de lo que ocurre en el Vaticano, que su forma de describir cómo fue que convocó un concilio, no les pareció absurda: "El impulso vino, dijo él, en forma completamente inesperada, como un relámpago de luz celestial que derramaba dulzura en los ojos y en los corazones".

Cuatro días antes de que se expresaran estas excelsas palabras, el "enterado" Hans Küng demostró que estaba

al tanto de los temas básicos del Concilio que iba a reunirse, que los delineó a un atónito auditorio en una conferencia dictada en la Hofkirche de la ciudad de Lucerna. En su libro, *Concilio, reforma y reunión*, que se publicó la víspera del Concilio, Küng demostró que sabía hasta un poco más que el Papa lo que se preparaba, ya que estuvo presente en la última reunión de alto nivel en Munich, bajo la presidencia del Arzobispo Montini, en la cual los planes de Pacelli para el Concilio se repasaron en detalle. Tomaron parte además del Padre Küng, obispos notablemente progresistas, como los monseñores Döpfner, Suenens, König y el protegido del Papa Juan, que ascendía rápidamente, Albino Luciani, el futuro Papa Juan Pablo I, uno de los muy contados italianos a quienes se les permitió entrar en el círculo de máxima confianza de Montini. Acompañaban a los prelados sus *periti* indispensables, los alemanes Bernard Häring y Josef Ratzinger, entre otros.

Un alemán que salió de la conferencia de Munich con un compromiso serio, fue Augustín Bea. Se le encargó decirle al Papa Juan que se decidió que era tiempo de constituir una oficina especial para dedicarse al ecumenismo. Se reporta que a Juan le agradó sobremanera la idea. Unos cuantos meses más tarde, en las fiestas de Pentecostés, se creó el Secretariado para la Promoción de la Unidad Cristiana. Ese día, 5 de junio de 1959, como por coincidencia, su primer presidente, el Padre Bea, se hallaba en Nueva York; así se lanzó el ecumenismo en el lugar donde los medios de comunicación le darían la mayor difusión.

Entre los primeros nombramientos al Secretariado estuvo el del Padre Gregorio Baum, judío converso como Bea mismo. Afirma Baum: "Bea nos informó cómo debíamos promover el ecumenismo. Debíamos procurar influenciar a los obispos en nuestros países a través de

influenciar a la opinión pública. Debíamos escribir lo más que pudiéramos y hablar por radio y TV con frecuencia. Él dijo que nos proporcionaría el apoyo. Él se encargaría de que todos sus discursos se publicaran en la *Documentacion Catholique* de Francia. Debíamos estar al pendiente de esa publicación y citarlo a él cuando fuese necesario".

Entre tanto, Ángelo Roncalli, el Papa interino, hacía lo posible por colocar estratégicamente los tipos de *dramatis personae* en quienes se pudiera confiar para lograr la aprobación de los planes Pacelli-Montini en el Concilio y su posterior realización. En cinco consistorios nombró a cincuenta y dos cardenales, entre ellos los alemanes liberales que dominarían los debates, Döpfner y Alfrink, del protegido del Cardenal Mercier, Leo Suenens y Confalonieri, quien tanta importancia tuvo durante los problemas con *l'Action Française* cuando fungió como secretario particular del Papa Ratti. Nombró los latinoamericanos que resultarían valiosísimos al lanzamiento de la "teología de la liberación", Silva Henríquez de Chile y Landazurri Ricketts de Perú. Como Secretario de Estado, el Papa Juan escogió a un hombre solamente un año menor que él, Amleto Cicognani, que como Delegado Apostólico de Pío XII controló el nombramiento de doscientos de los doscientos cincuenta obispos que formarían el contingente norteamericano en el Concilio.

Entre viaje y viaje a Alemania, el Arzobispo de Milán también iba y venía a Roma. Al asomarse un día en las oficinas de la Comisión Preparatoria del Concilio, fue detenido con estas palabras: "Mire usted, Monseñor, estas cosas no son católicas. Las tendremos que condenar".

La respuesta de Montini fue brusca. "Con usted, Monseñor Lefebvre, todo es 'condenar, condenar'. Más vale que usted entienda ya, que en el futuro no habrá más condenas. Las condenas han terminado". Se pregunta si esas palabras reverberaron en la mente del venerable

francés veintiocho años más tarde, cuando leyó la sentencia de su propia excomunión. O quizá recordó la declaración más reciente de Monseñor Tomko, jefe del Sínodo Episcopal Permanente, en el sentido de que "la excomunión está tan pasada de moda como la silla eléctrica o la cámara de gas". Por lo que toca a la presencia de Marcel Lefebvre en la Comisión Preparatoria, ésto era obligatorio bajo el protocolo existente, puesto que era el Superior General de la orden de misioneros más grande del mundo, los Padres del Espíritu Santo. Al comenzar las sesiones del Concilio, sus recomendaciones y otras parecidas a las suyas se descartaron como irrelevantes. Es más, apenas comenzadas las sesiones del Concilio, se descartaron los trabajos de dos años de la Comisión Preparatoria, para ceder su lugar a la agenda preparada por los miembros del círculo interior.

Se realizaron preparativos también en la lejana Nueva Delhi. Un enviado del Vaticano fue a la India y a la Conferencia Mundial de Iglesia para negociar con el Patriarca Nicodim de la rama soviética de la Iglesia Ortodoxa. Se acordó que el Patriarca se reuniría con el Cardenal Tisserant en la ciudad francesa de Metz, para planear que observadores ortodoxos asistieran al Concilio, a condición de que no se dijera una sola palabra para menospreciar al marxismo durante la duración de la asamblea.

Para octubre de 1962, a punto de comenzar la primera sesión del Concilio, el Papa Juan y el Arzobispo Montini irradiaban confianza. La revista *Time* reportó, años más tarde, con motivo de la elección de Pablo VI, el sentir de ambos en aquella época. "El Papa Juan, dijo *Time*, colmó de atenciones a Montini, de quien se dice tuvo que ver en la preparación del discurso de apertura que inauguró el Concilio Vaticano. Montini fue el único cardenal de fuera de Roma a quien se le alojó en un apartamento dentro del Vaticano durante toda la primera sesión.

También se le pidió que celebrara la Misa Pontificia en conmemoración del cuarto aniversario de Juan como Papa, y fue el único cardenal ajeno a la Curia que vio al Papa durante su última enfermedad".

Aunque Juan y el futuro Pablo aguardaron la llegada del Concilio con optimismo, ciertas personas del círculo interior expresaron sus temores. El Padre Hans Küng escribió en el sentido de que posiblemente la reunión estaba llegando demasiado tarde. Se dio cuenta que "en ciertos círculos eclesiásticos hay quienes no tienen el menor interés en un concilio y no ven motivo para que se efectúe una reforma" Küng se preguntaba, ¿cómo va a ser posible conseguir que la mayoría apruebe cambios tan trascendentales? Y luego dio la respuesta a su propia pregunta: "Todo lo que se le presente al Concilio tendrá que filtrarse a través de comisiones seleccionadas con cuidado, y luego seguir adelante, no tanto como si fuera por voluntad de los obispos, sino como por voluntad del Papa".

Y así se hizo. El Arzobispo Lefebvre, en comentario retrospectivo años después, reconoció que aquella estrategia lo engañó: "A mí también me convencieron y quedé personalmente impresionado por el hecho de que el Papa deseaba que se firmaran los documentos tal y como se presentaban. Firmé todos menos dos de ellos".

Una y otra vez, durante los tres años de sesiones, la combinación diestra de carisma papal, con la acción continua e insistente de comisiones con mayorías liberales, nombradas por el Papa, logró imponer la aprobación de la revolución. Más que su indiferencia, fue la misma bondad y confianza de quienes se dejaron encarrilar, la que obró a favor de la victoria de los miembros del círculo interior que desde hacía mucho planearon cambiar a la Iglesia. A menos que un Padre del Concilio formara parte de ese grupo, no hubiera tenido la menor idea de lo bien organizados que estaban los rebeldes contra la

tradición, ni se hubiera imaginado cuánto tiempo y cuánta paciencia le dedicaron a su trabajo. Seguramente a ninguno de ellos, y menos todavía a un hombre como Monseñor Lefebvre, se le ocurriría que el poder que impulsaba todo lo que ellos lamentaban, fue el de cuatro Papas y un Secretario de Estado del Vaticano.

III

LOS HOMBRES EN LA CÚSPIDE

Juan

"Al Papa Juan se le dispensó la agonía de ver a la Iglesia Católica en decaimiento" según escribió el Arzobispo de Westminster, John Cardenal Heenan, a poco de haber concluido el Concilio Vaticano II. "Cuando él murió, no había la menor señal de una inminente desintegración. Juan hubiera llorado por Roma, como Jesús lloró por Jerusalén, si hubiera sabido lo que se haría en nombre de su Concilio".

Quizá así parecía en aquella época, pero en perspectiva, sería ilógico pensar que Angelo Roncalli pudiera haber llorado por una revolución que él mismo había fomentado; además, tal actitud no concordaba con su carácter. No fue una figura trágica.

Es innegable que hubo angustia en los últimos años, tanto de su antecesor en la Silla de Pedro como de su sucesor; y es precisamente en sus últimos años que las diferencias de personalidad entre Pío, Pablo y Juan se vuelven notablemente visibles. Hasta entonces, sus vidas y su trabajo estaban tan ligados que se borraban sus papeles individuales en el proceso de cambio. Cada uno alcanzó a vivir ochenta y tantos años y murió en etapas distintas de la revolución; Pío y Pablo, amargados por el remordimiento.

En cambio Roncalli, que tomó el nombre de Juan, distaba mucho de ser una persona afligida. Más bien, era un hombre acomodaticio. Estuvo dispuesto a llevar el nombre de otro Papa —un Juan XXIII anterior había sido declarado "anti-papa"— dispuesto a tomar cargo de

un Concilio inventado y elaborado por un Papa antecesor y darle su nombre, dispuesto a proclamar como suyas una encíclica escriba por su antecesor y otra por su sucesor y dispuesto a seguir la orientación que le dio el hombre que iba a ser Papa después de él. Angelo Roncalli fue el candidato ideal para "interino".

A temprana edad, el contacto con los modernistas y con los esfuerzos de éstos por crear un nuevo tipo de Iglesia se volvió parte de su vida. Maduró durante los años exigentes del pontificado Sarto y pronto se halló encaminado dentro de la oposición gracias a Monseñor Radini-Tedeschi, quien prácticamente adoptó al pobre muchacho campesino, lo ayudó a pasar por el seminario de la localidad y luego a ordenarse en Roma; finalmente lo tomó como su secretario particular. Era la época anterior a su nombramiento episcopal, cuando Radini-Tedeschi formaba parte del grupo Rampolla, junto con Gasparri, Della Chiesa y el joven Pacelli. Todos ellos aguardaban pacientemente, en la oficina más importante del Vaticano, bajo la mirada vigilante del Secretario de Estado de Pío X, Rafael Cardenal Merry del Val.

Cuando Radini-Tedeschi se volvió Obispo de Bergamo, Roncalli se fue al norte con él, como Bergamo está cerca de Brescia, el joven sacerdote pronto se vio involucrado en la lucha política de la familia Montini. La activista Giuditta Montini, madre del futuro Papa Pablo VI, lo nombró capellán de un sindicato de obreras organizado por ella y al poco tiempo Roncalli participaba en acción huelguística. Al desatarse la Primera Guerra Mundial se volvió capellán del ejército, asignado para servir en la misma Bergamo y a principios de los años veinte daba clases en la Universidad Laterense en Roma.

Si se toman en cuenta las influencias que rodearon a Angelo Roncalli desde temprana edad y la presencia en su vida de hombres con compromisos fuertes como Radini-Tedeschi, Della Chiesa, Gasparri, Pacelli, y los Mon-

tini, no debe sorprender que el joven profesor se hubiera visto deslumbrado por las obras de Rudolf Steiner, aquel adepto de la OTO, la *Ordo Templi Orientis* del Cardenal Rampolla, o que comenzara a salpicar sus clases de teología con las teorías de Steiner. Sólo podemos imaginarnos la fuerza de la reacción del Papa Ratti, Pío XI, cuando le llegó la noticia. Sin embargo, está claro que la "eminencia gris" del Vaticano, el Secretario Gasparri, debió haber intervenido para salvar a Roncalli de un castigo más fuerte que un nombramiento de obispo y destierro a diversas nunciaturas en los Balcanes.

Su exilio duró diecinueve años. Al cabo de diez, el Nuncio Roncalli se hallaba en Estambul. Según el periodista milanés Pier Carpi, que asevera tener prueba absoluta de la verdad del hecho, Roncalli fue iniciado en la masonería, alcanzando, como Pío IX, el decimoctavo grado o "Rosacruz". Pero a diferencia de Pío Nono, parece que Roncalli nunca se arrepintió. En Francia hoy en día, viven miembros retirados de la *Garde Republicaine Presidenciale*, quienes aseveran que desde sus puestos de guardia en París, a mediados de los años cuarenta, observaron cómo el Nuncio, el futuro Papa Juan, vistiendo ropa de civil, salía de su residencia los jueves para asistir a las reuniones nocturnas de la logia Gran Oriente de Francia. Mientras que semejante conflicto de lealtades bastaría para trastornar al hombre común, católico o masón, parece que en el caso de Angelo Roncalli ese conflicto no representó problema.

Al desencadenarse la Segunda Guerra Mundial, Turquía resultó ser el punto clave para facilitar el proyecto de Pío XII para ayudar a los judíos polacos a pasar las barreras migratorias de los ingleses y adentrarse en Palestina como "católicos". Roncalli hizo a un lado las objeciones que tuvo en un principio, respecto a lanzar a los nativos árabes de su tierra para hacerles lugar a los judíos europeos, y empezó a trabajar obedientemente en

la producción de los miles de documentos que exigía el Papa. Igual docilidad mostró en 1945, cuando no obtuvo respuesta a su súplica urgente al Papa de buscar la paz en vista del avance ruso. Sin embargo, fue entonces cuando terminó su exilio y recibió instrucciones de hacer sus maletas y dirigirse a París, donde fungiría como Nuncio Papal. Su misión consistiría en reciclar el pensamiento político de los cien obispos franceses acusados de colaborar con los alemanes durante la ocupación.

Los biógrafos de Roncalli niegan que su notable gordura se debía a tendencias epicúreas, pero sí reconocen que sus frecuentes recepciones y suntuosas cenas, preparadas bajo las órdenes de su talentoso chef, Roger, hicieron de la Nunciatura Papal en París un lugar de reunión favorito de políticos y literatos franceses, así como de los planificadores pioneros del Mercado Común Europeo. Continuó la hospitalidad cuando a los 73 años asumió su último cargo diplomático: enviado del Vaticano ante la UNESCO, con sede en París. Dos años más tarde, a la edad que hoy en día se les pide su retiro a los obispos, Roncalli recibió su primer nombramiento verdaderamente episcopal, como Arzobispo-Patriarca de Venecia, Cardenal.

Para estas fechas, a mediados de los años cincuenta, se aprestaban a ocupar sus puestos los personajes principales del Concilio venidero. Montini era obispo y residía en Milán. Durante los próximos cinco años, él y Roncalli se mantendrían en contacto ininterrumpido, preparando la ejecución de los planes conciliares de Pío XII.

Aunque la elección de Angelo Roncalli al Papado no se ganó sin oposición, presentaba claros visos de ser una medida transitoria. Aun así, el Pontífice de 78 años se abocó a sus nuevos deberes con bríos de joven, celebró nada menos que cinco consistorios para volver a engrosar a plenitud la membresía del Colegio de Cardenales, que tanto tiempo descuidó Pío XII. La asidua participa-

ción del Arzobispo Montini en los simposios internacionales de obispos y teológos de mentalidad liberal, le permitió suministrarle al nuevo Papa una breve lista de candidatos para el capelo —hombres que ofrecían la seguridad de empujar al Concilio a la certificación de la revolución—.

El Papa Juan XXIII murió antes de que los certificados, los documentos del Concilio, se firmaran. Sin embargo, aparte de su grave enfermedad, no hay evidencia de que sintiera perturbación en sus últimos años. Aun si hubiese conocido el futuro, hubiera podido excusarse por su participación en la debacle. No hizo sino cumplir con lo que se le pidió. La responsabilidad era de Pacelli y sería la de Montini. Él no hizo más que complacer. Jamás pretendió ser "la Luz", sino únicamente "el heraldo de la Luz".

Pío

Por contraste, los últimos años de Eugenio Pacelli y de Giovanni Montini se vieron agobiados por la tragedia. Pacelli tuvo las fuerzas para soportarla, no así Montini. En el caso de Pacelli, lo que lo atormentó no fue lo que le hizo a la Iglesia, porque poco se notó durante su existencia, sino lo que su adhesión de toda la vida a la causa de la izquierda le hizo al mundo.

Malachi Martin, cuyas prolíficas obras sobre la Iglesia, generalmente contienen más fantasías que hechos, bien

pudo haber asentado verdades muy significativas en su libro *Ocaso y caída de la Iglesia Romana*, al describir las conversaciones entre el viejo Papa y el todavía más viejo Cardenal Bea. Martin fue un joven *peritus* que auxiliaba a Bea durante la primera parte del Concilio y es probable que en alguna ocasión el alemán hubiera hecho reminiscencias con su equipo al concluir el día. Según Martin, Pío XII le pedía insistentemente a Bea que le contestara una pregunta, reiterada y terrible: ¿Creía Bea que Pío, el Papa durante la Guerra, se había equivocado al evaluar a Hitler como peor amenaza para el mundo que Stalin? ¿Se había equivocado terriblemente? Bea trataba de consolarlo: "¿Cómo ibamos a saber que los anglo-sajones le iban a permitir a Rusia llegar tan lejos?". Pío no sintió consuelo. Sólo podía repetir: "Deberíamos haber sabido. ¡Deberíamos haber sabido!".

Otra causa de desfallecimiento durante sus últimos años, fue la pérdida del hombre que trabajó cerca de él durante más de veinte años. Sin embargo, sabía que si más adelante Montini iba a cargar con la responsabilidad de la Iglesia en los difíciles días postconciliares, le era preciso conseguir experiencia pastoral y saber trabajar por su cuenta. Había que reconocer también la movilidad que se le concedía a Montini al separarlo de Roma. En la serie decisiva de conferencias internacionales a las que asistían los clérigos del círculo interior, los prelados y teólogos que trabajaban para la realización de un Concilio, él participaba simplemente como un obispo italiano y no como el brazo derecho del Papa.

Durante los años cincuenta, solo y atormentado, el Papa Pío XII se tornó hacia dentro. No convocó más consistorios, aunque el Colegio de Cardenales se redujo a una escasa membresía de cincuenta y siete. Por lo que tocaba a la Secretaría de Estado, no la había ocupado un Secretario en forma desde hacía diez años, a partir de la muerte de Monseñor Maglione. Pío se hizo cargo de par-

te del trabajo y les permitió a Tardini y a Montini ocuparse de lo restante. Cuando Montini fue trasladado a Milán, Tardini enfermó y la mayor parte del tiempo estaba ausente de su oficina. Se suspendieron las audiencias *intabella*, por medio de las cuales el Papa se presentaba a ciertas horas de ciertos días, ante cardenales, obispos, jefes de congregaciones de la Curia y cabezas de órdenes religiosas, de tal manera que se volvió casi inaccesible. Un observador del Vaticano, Corrado Pallenberg, comentó en aquella época que al Cardenal Tisserant le era más difícil conseguir audiencia, que a la diplomática Clare Booth Luce o al actor Gary Cooper.

Un aspecto extraño de esos años de retiro papal fue el interés de Pío XII en el rejuvenecimiento practicado por su buen amigo Paul Niehans, un ministro protestante suizo que se convirtió en practicante de la "terapia celular". El sistema Niehans consistía en la inyección de células vivas de fetos, pero a diferencia de la terapia mexicana de fecha reciente para la curación del mal de Parkinson, utilizaba material de animales nonatos y no de fetos humanos. Niehans afirmaba que podía frenar varios males degenerativos con una sola inyección. Pío XII recibió tres inyecciones y se hubiera aplicado otras más, si no hubiera sido por la prohibición de su médico de cabecera. No obstante, perduró la buena amistad entre Pío y el Pastor Niehans, masón de alto grado.

En comparación con sus dos sucesores, Pío XII resultó un gigante entre papas. Aunque no era hombre que se pusiera a llorar, fuera cual fuera la magnitud de su angustia, hay pruebas de que ésta fue enorme. El Padre Virgilio Rotondi, miembro del grupo editorial de *Civiltá Cattólica*, revista jesuita reconocida como la voz semioficial del Vaticano, afirmó en las últimas líneas de una serie de artículos que escribió para conmemorar el centenario del natalicio del "Pastor Angélico", que en un tiempo estuvo en contacto diario con Pío XII, por el inte-

rés de éste en el Movimiento por un Mundo Mejor que patrocinaba la Compañía de Jesús y confesó que un día quedó atónito al escuchar que el Papa decía: "¡Reza por mí, Padre; pide que no me vaya al infierno!"

Rotondi, que consideraba a Pío XII como un santo, podría haber consolado al viejo Pacelli con un comentario en el sentido de que cuanto él, Pacelli, había hecho en su vida, fue determinado desde su infancia. Prácticamente no tuvo oportunidad de escoger. Desde el mismo día en que Eugenio, de dos años de edad, fue llevado a la cabecera del moribundo Pío Nono y escuchó al Papa decir a su padre que ese pequeñito llegaría a ser de gran valor para el Vaticano, Filippo Pacelli comenzó a hacer de su hijo un Papa. El niño Pacelli recibió su instrucción de maestros particulares, en su casa y no se le permitieron contactos con el salón de clases. Luego, como si todo el Vaticano percibiera esta preparación de un heredero presunto, Eugenio pasó al cuidado del Cardenal Rampolla, quien escogió el currículum modernista del Instituto Capranica. Nuevamente, este curso de estudios le sería impartido fuera del ambiente escolar normal. Después de ordenarse, el Padre Pacelli fue secretario particular de Rampolla y su compañero constante. Cuando no viajaba, sus colegas íntimos dentro del Vaticano eran los integrantes del "equipo" Rampolla: Della Chiesa, Gasparri, Radini Tedeschi y el joven Roncalli. De tal suerte que toda su forma de pensar y de creer se le preparó mucho antes de que se encontrara con aquel sacerdote joven fuertemente politizado, Giovanni Montini. Un milagro de primer orden lo hubiera hecho renunciar a la revolución —uno como el que experimentó San Pablo en el camino de Damasco o como el que le sucedió al Emperador Constantino en el Puente Milvio— nada menos.

Eugenio Pacelli murió en 1958 pasmado por las consecuencias mundiales de la opción política que tomó pero lleno de esperanza respecto a un nuevo tipo de Iglesia

Católica. Giovanni Battista Montini, su co-transformador durante tantos años, sería capaz de cumplir el gran proyecto.

Pablo

Por lo que toca a Montini, probablemente el punto culminante de su vida ocurrió aquel día frío y despejado de diciembre de 1965, cuando a mediodía, al salir de la Basílica de San Pedro en procesión con los obispos del mundo, seguro y tranquilo por el hecho de que la revolución estaba firmada y sellada, halló al viejo de 83 años, Jacques Maritain, que lo esperaba en la escalinata de la Iglesia para abrazarlo. A partir de ese momento, los últimos doce años de su vida serían un camino cuesta abajo.

Para el público, Montini carecía tanto del carisma etéreo de Pacelli, como del atractivo campechano de Roncalli. A medida que comenzaron a sentirse los golpes de la reacción al Concilio, los extremos de la opinión pública le daban empellones de ambos lados, de tal forma que su eficiencia apuesta, típica de un italiano del norte, comenzó a mostrar trastornos nerviosos. Al mismo tiempo que una minoría derechista oraba bajo su ventana por la restitución de la Misa, otra izquierdista protestaba por su encíclica *Humanae Vitae*. El finado comentarista escocés, Hamish Fraser, detectó una conexión entre las dos causas; sugería que la razón por la cual se publicó

ese documento esencialmente superfluo —los católicos no necesitaban ser advertidos que el control de natalidad artificial estaba prohibido— fue para lograr una actitud favorable al Vaticano por parte de los católicos conservadores, cuando poco después se les obligaría a aceptar la Nueva Misa.

Como si fuera para escaparse de la creciente inconformidad, el Papa Pablo comenzó una serie de viajes como jamás emprendió un pontífice romano. Viajó a Jerusalén, Manila, Sidney, Hong Kong y a Bogotá para el congreso de la CELAM. En Nueva York dijo a la asamblea de las Naciones Unidas que ellos constituían "la mejor y última esperanza del Hombre" y rogó al mundo que reconociera el nuevo humanismo de la Iglesia. "Nosotros también, más que nadie, veneramos al Hombre". La llegada del Hombre a la luna lo llevó aún más lejos: "¡Honor al valor humano! ¡Honor a la síntesis de las actividades científicas y organizacionales del Hombre, rey de la tierra y ahora príncipe de los cielos!"

Con estos sentimientos eufóricos Pablo VI llegó al Año Santo de 1975 y una serie extraordinaria de celebraciones planeada por el heredero de Agustín Bea, Jan, Cardenal Willebrands, el pertinaz holandés a quien el Papa Juan había enviado a Moscú para invitar a los observadores ortodoxos a asistir al Concilio. Willebrands le recordó a Pablo que su gran maestro Pío XII pronosticó que "un nuevo y *letificante* Pentecostés" le llegaría a la Iglesia, y que ya estaba ahí en la forma de unos diez mil católicos "renacidos" (*born again*) provenientes de todas partes del mundo, miembros de la Renovación Católica Carismática.

Pablo VI comenzó a verse rodeado de elementos raros. Vino al Vaticano Rodman Williams de la Escuela Melodyland de Teología en Anaheim, California, el Dr. David du Plessis de Sudáfrica, conocido como "Mister Pentecost", cabeza del Concilio Mundial Pentecostal; el líder Pentecostal Anglicano, Michael Harper y el alemán Artu-

ro Bittlinger. Pablo VI les dio la bienvenida en una audiencia privada y les aseguró que ellos estaban "manejando recursos espirituales de los cuales tiene urgente necesidad toda la familia humana. Caminemos juntos, escuchando con docilidad y cuidado lo que el Espíritu nos dice hoy, y listos para entrar en el futuro con felicidad y confianza".

Luego, el domingo de Pentecostés miles de católicos que adoptaron el pentecostalismo, llenaron la Basílica de San Pedro. Principalmente venían de Estados Unidos, pero también de Irlanda, Canadá, India, México y doce países más, para pasar una mañana tan grotesca y todavía más delirante que el Día de Paz que montó el Papa Juan Pablo II diez años más tarde, en Asís. Parados frente al altar mayor con sus grandes columnas retorcidas bernianas, los carismáticos ondeaban una mano en alto, mientras en la otra sostenían su pequeña grabadora. Otros miles estaban sentados por doquier sobre el piso de mármol, amontonados en grupos que entrelazaban los brazos. De pronto se escuchó por un micrófono una fuerte voz masculina. Aun en su inglés de Michigan su mensaje era portentoso: "Sepan que Yo, su Dios, traje a Pedro y a Pablo a Roma a atestiguar de mi gloria. Ahora Yo, su Dios, he querido traerlos a ustedes a Roma. ¡Escuche, mi pueblo! Les hablo del amanecer de una Era Nueva. Mi Iglesia será distinta. Mi pueblo será distinto. Prepárense. ¡Abran los ojos! ¡Abran los ojos!".

Setecientos sacerdotes católicos, en su mayoría norteamericanos y recién conversos al culto, concelebraron en el altar papal con el extático Cardenal Suenens de Malines-Bruselas. Los sacerdotes caminaron por el pasillo central entregando puñados de hostias que se pasaron de mano en mano, muchas cayeron al piso. De pronto, de un pequeño altar lateral vino la voz del Papa. Después de un elogio encendido del movimiento carismático que duró diez minutos, lanzó en alto los brazos y exclamó: "¡Jesús es Señor! ¡Aleluya!".

Poco tiempo duró la euforia de Pablo. A los pocos meses, habiendo caído de nuevo en la melancolía, le preguntó a un auditorio, dejándolo perplejo: "¿Es que hemos ofendido a quienes se rebelan y nos abandonan? Queremos asegurarles que esa no fue nuestra intención y que desearemos ser los primeros en pedirles que nos perdonen". Esas palabras, tan discordantes con su rango, se dijeron justamente a los diez años del gran momento del abrazo a Maritain al concluir el Concilio. Llegó a su conclusión lógica el desarrollo del humanismo integral de Maritain. Una Iglesia que no pide nada, no recibe nada, y Pablo VI, al igual que la Iglesia Amorosa que proyectaron él y Saúl Alinsky, se quebrantaba. Tan influenciado como Pacelli por sus padres, su educación, sus relaciones y sobre todo por su larga asociación con Pacelli, Montini mostraba a las claras que no podía soportar todo lo que estaba sumando.

A medida que se desanimaba, sus declaraciones se volvían más dramáticas. Decía que la deserción de los sacerdotes era su "corona de espinas". Más de una vez pensó en renunciar, según un informe póstumo de su confesor. Paolo Dezza, S.J. Comenzó a intercalar en sus sermones referencias a un sujeto que la valiente nueva Iglesia desechó mucho tiempo atrás, el Diablo: "El humo de Satanás se ha colado en el templo de Dios por alguna rendija" y "ha habido la intervención de una fuerza hostil, un agente ajeno, un ser misterioso: el Diablo".

El *New York Times*, al reportar un discurso increíble a una gran congregación de turistas en la Basílica de San Juan de Letrán, informaba del "Pontífice de 76 años, de aspecto frágil, que hablaba con voz temblorosa, casi llorando: ¿Quién les habla? Un pobre hombre, un fenómeno de pequeñez. Tiemblo, mis hermanos e hijos. Tiemblo porque siento que tengo cosas que decir, que son inmensamente mayores que yo... Pero soy el sucesor de San Pedro. Acéptenme. No me desprecien. Soy el Vicario de Cristo".

Volvía a recordar sus días como capellán de la FUCI, cuando instó a los estudiantes romanos a desafiar al gobierno de Mussolini y finalmente hizo a un lado su identidad como Papa, al hacer una oferta pública a las Brigadas Rojas, de la persona de Gianbattista Montini a cambio de su rehén, Aldo Moro, en un tiempo líder de la FUCI y en varias ocasiones Primer Ministro de Italia. Su ofrecimiento fue ignorado. El asesinato de Moro y la muerte de Montini sucedieron poco después. Era octubre de 1978.

Juan Pablo

Como miembro del cuerpo de prensa del Vaticano, la autora presenció de cerca la partida de Pablo VI, la llegada y la partida de Juan Pablo I, y la llegada de Juan Pablo II. Varias de las siguientes anotaciones se hicieron en aquella época.

La muerte de dos papas en cincuenta y cuatro días hizo de la segunda mitad del año 1978, uno de los períodos más dramáticos en la historia moderna de la Iglesia.

Aunque Pablo VI tenía más de ochenta años y desde hacía mucho se hablaba de que padecía varios malestares, su muerte, como toda muerte, causó honda impresión.

Los *vaticanisti*, periodistas especializados en asuntos del Vaticano, se precipitaron a Roma desde las playas y las montañas, pues era el mes de agosto. Llegaron cardenales, reyes, reinas y jefes de estado para presenciar las pompas fúnebres que resultaron extrañamente austeras. Sobre un tapete extendido encima de las baldosas de la Plaza de San Pedro descansaba el féretro, sin crucifijo, sin vela, sin flor, acompañado solamente por un gran libro abierto cuyas páginas volteaba un viento suave.

Un cónclave, el primero del cual fueron excluidos los cardenales mayores de ochenta años, votó con sorprendente rapidez, rodeado de un nuevo tipo de secreto. En una entrevista que le concedió en aquel entonces a un periódico milanés, el Arzobispo Lefebvre comentó: "Un cónclave que llega a una concordancia perfecta en tan poco tiempo debe haberse planeado en todos sus detalles aun antes de que se colocaran los sellos en las puertas".

Albino Luciani, Patriarca de Venecia, funcionario amable y apacible de la Iglesia que se transformaba, causó revuelo en el mes que fue Papa, simplemente porque la suya era una cara nueva y contenta en el Vaticano. En todas partes se respiraba una sensación de alivio, aun de esperanza. Aunque algunos tradicionalistas sostenían que éste no era Papa, porque los miembros de un cónclave incompleto, encabezados por sus elementos más progresistas escogieron a uno de ellos, uno que se rehusó a recibir la corona; sin embargo, cierta voz tradicional, la del Abbé Georges De Nantes, usualmente perspicaz, acogió al nuevo Papa con base en sólo Dios sabe que fundamento como un segundo Pío X. Fueron días de hablar descabellado y de reportajes irresponsables.

Albino Luciani fue un protegido de Angelo Roncalli. Los dos entraron en contacto en 1953, cuando Roncalli salió de la UNESCO en París, para encargarse del Patriarcado de Venecia. La labor del más joven, de organizar congresos y conferencias para el obispo de Belluno, lo

llevaba con frecuencia a la cercana Venecia. Está claro que el futuro Papa Juan se percató de que el sacerdote tenía talento prometedor, útil para la Iglesia en transición, si tomamos en cuenta que uno de sus primeros actos como Papa fue consagrar al Padre Luciani como obispo en San Pedro con sus propias manos. Poco después, cuando anunció el Concilio, estableció las dos comisiones preparativas; una, el grupo oficial cuyos dos años de trabajo irían a dar al basurero; y la otra, el círculo interior de "expertos", entre los cuales estaría Monseñor Luciani.

Cómo fue que el nuevo obispo llegó al rango de *peritus* se reveló en una entrevista que el escritor italiano Alfonso Stepellone le concedió a *Il Messaggero* de Roma cuando murió Luciani. Afirmó Stepellone que el Patriarca Luciani le dijo en una ocasión, durante el Concilio, que había sufrido lo que él llamaba una "severa crisis espiritual", a la cual, afortunadamente, pudo sobreponerse. "Me dijo que hasta muy recientemente, él había aceptado y promovido el concepto del Santo Oficio, de que dentro de la Iglesia, solamente tenía derechos la verdad. Pero después, como dijo en confianza a sus amigos, se convenció de que había estado en el error, y después de esto estuvo de acuerdo, aun sintiendo cierto tormento mental y vacilación, en tomar parte activa en la formulación del documento sobre Libertad Religiosa, uno de los textos fundamentales del Concilio". Este es el decreto que determina que la creencia religiosa es materia de preferencia o, como afirma, de conciencia; documento que aquellos Padres de Concilio que eran conservadores, se rehusaron a firmar.

La formulación del decreto se hizo bajo la tutela de Agustín, ya entonces Cardenal Bea, y al aceptarse en el Concilio, se vino una racha de coloquios de grupos compuestos de individuos de diversas religiones en varias partes del mundo. La serie más importante tuvo lugar en Venecia durante toda la década. El Reverendo Philip

Potter, antillano y jefe del Concilio Mundial de Iglesias en la época de la elección de Luciani, recordó una larga asociación: "¡Ah sí!" Conozco al nuevo Papa. Hemos estado juntos en el Comité de Trabajo (sobre el ecumenismo) desde 1965. El Cardenal Willebrands y yo éramos huéspedes en su casa en Venecia cuando él era Patriarca, y recuerdo muy bien el discurso que dio al grupo en 1974, que trataba de sus convicciones respecto del valor positivo del ecumenismo. Ciertamente que su actitud era muy abierta. Y luego está el hecho de que rehusó la corona y el trono. Demostró claramente la evolución que ocurría en la Iglesia Católica, e indica claramente la personalidad del nuevo Papa".

La repentina muerte de Albino Luciani queda velada en el misterio. De los dos jóvenes secretarios papales, el irlandés Padre John Magee, que se dice halló el cadáver, se rehusó a hablar con los reporteros; mientras que el otro, el italiano Diego Lorenzi, los saludó con estas palabras: "¿También ustedes han venido a preguntar cómo fue envenenado?" Hubo otro funeral sin crucifijo, sin vela y sin flor; esta vez llovía a cántaros. Hubo otro cónclave y otro Papa Juan Pablo.

Tomando en cuenta que gran parte de los datos sobre la vida, la obra y la muerte del Papa Luciani estaba disponible solamente en italiano y en francés, y que los periodistas que acudieron del extranjero para asistir a los funerales, en su mayoría no dominaban estos idiomas, fue desconcertante observar los grandes desaciertos de la mayoría de los reporteros. La ganadora del Premio Pulitzer y corresponsal veterana del *Washington Star*, Mary McGrory logró insertar no menos de siete errores garrafales en un breve reporte:

(1) "Una de las virtudes de Luciani fue su carencia de conexiones en la Curia". Error. Él mismo fue miembro, hace mucho tiempo, de uno de los cuerpos curiales de mayor importancia, la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino.

(2) "Se le veía rara vez en Roma". Error. Trabajó en Roma como *peritus* durante todo el Concilio y estuvo yendo y viniéndo a Roma durante los tres años que fungió como Vice Presidente de la Conferencia Italiana Episcopal.

(3) "Durante su época como estudiante en la 'Greg'...". Luciani nunca estuvo en la Universidad Gregoriana, pues obtuvo permiso de ésta para cursar los estudios en Belluno, donde auxiliaba al obispo.

(4) "Fue sucesor del Papa Juan como Patriarca de Venecia". Error. Roncalli salió de Venecia para convertirse en Papa en 1958 y Luciani se volvió Patriarca en 1971.

(5) "Se reporta que su actitud hacia la píldora anticonceptiva era liberal hasta *Humanae Vitae*". En realidad, fue a la inversa. Se conformó cuando se publicó el documento y después le envió una súplica al Papa Pablo de que reconsiderara el uso legítimo de la píldora.

(6) "Parece que Luciani nunca viajó fuera de Italia". Como obispo, viajó bastante dentro de Europa y fue uno de los pocos italianos invitados a tomar parte en las reuniones con los obispos y teólogos de vanguardia de Alemania, cuando hacían preparativos para el Concilio. También viajó varias veces a Brasil y en una ocasión a Sudáfrica.

(7) Por último, el artículo se refiere a la juventud del Papa, como de "inmersión total" en la pobreza. Este tema ("pobreza de mugre" en las palabras del Rabino Tanenbaum) se originó en unas cuantas palabras que aparecieron en el primer volante biográfico del Vaticano y fue recibiendo retoques subsecuentes al pasar de pluma en pluma. El hermano del Papa, Eduardo, se mostró impaciente con el cuento. "No padecíamos más que los demás", le dijo a *Il Tempo*. Para nadie fue fácil la vida en los años veinte en la región norteña de Véneto, que había sido de Austria antes de la Gran Guerra y que no hallaba acomodo en la débil economía italiana de los pri-

meros años subsecuentes. Mussolini emprendió una solución parcial, con un proyecto de drenar los pantanos pontinos al sur de Roma donde ofreció a los habitantes del Véneto la oportunidad de establecer nuevos asentamientos. Hasta hoy en día, entre los viejos, se escucha el sonsonete de la región del Véneto. Por lo que toca a la familia Luciani, que aún vive donde nació el Papa, una fotografía muestra que habita en una buena casa de tres pisos. Desde hace mucho, el hermano Eduardo es presidente de la Cámara de Comercio de la localidad.

Aunque los reportajes extranjeros sobre la vida de Juan Pablo I estaban adornados con fantasías, los escritos sobre su muerte carecían hasta de curiosidad. Fue notable lo poco que parecía importarles a los ochocientos periodistas, que se arremolinaban en los salones de prensa del Vaticano, el saber cómo ocurrió la repentina muerte. Entre los italianos comunes, la gente del mercado, los taxistas y otros, existió chisme en abundancia. Un grupo pseudotradicionalista pidió la autopsia. La súplica no recibió contestación. Para los periodistas extranjeros, aparentemente bastó el dictamen emitido por el Vaticano. El problema fue, éste no informó en definitiva. Cuando murió el Papa Pablo se emitió un boletín a la prensa que consistió en un simple anuncio del acontecimiento: la muerte sobrevino en cierto momento, en cierto día y una explicación, en una sola oración, de la causa en términos generales. Al día siguiente, otro breve boletín detalló, en términos médicos precisos, la causa del fallecimiento. A las pocas horas de que se halló el cuerpo de Juan Pablo I, la oficina de prensa emitió el primer tipo de boletín, pero nunca el informe médico. Cuando el reportero que esto escribe preguntó respecto al informe que faltaba, el jefe de prensa, Padre Romero Panciroli, respondió que ya que se emitió el boletín de prensa, se consideró innecesario emitir un segundo. La ley italiana hubiera exigido

una autopsia, pero desde 1929 cuando el Cardenal Gasparri y el Primer Ministro Mussolini firmaron el Tratado Laterense, el Estado de la Ciudad del Vaticano es otro país soberano.

Albino Luciani tenía solamente sesenta y tantos años cuando murió, era un italiano con amigos y parientes que podían ser entrevistados. Los reporteros italianos no perdieron el tiempo. Hallaron a una hermana que insistía que un chequeo médico de rutina, reciente, mostraba que el electrocardiograma de su hermano era enteramente normal. Afirmó que Luciani jamás sufrió de debilidad cardíaca, que nadie en su familia padeció jamás del corazón. Un sacerdote que trabajó como secretario particular de Luciani durante sus años como Patriarca de Venecia, atestiguó el hecho de que cada sábado al mediodía, hasta la elección papal misma, los dos se iban a las montañas a pasarse las horas en excursiones duras. El Cardenal Colombo de Milán expresó su consternación por la súbita muerte de su amigo y atestiguó que recibió una llamada telefónica del Papa cinco horas antes de que se descubriera el cuerpo y que parecía gozar de perfecta salud y estar de muy buen humor. "Me dijo que las primeras semanas de confusión definitivamente habían terminado y que por fin sentía que verdaderamente comenzaba a dominar la situación".

Hubo informes contradictorios concernientes a quién halló el cadáver. ¿Fue el Padre Magee o una de las monjas amas de llaves? Hubo reportes contradictorios respecto a qué leía el Papa cuando murió. No se trataba de rumores, sino de sucesivos informes de prensa del Vaticano que se objetaban. Pero el hecho más revelador fue la angustiosa hinchazón del cadáver al estar el cuerpo presente ante el gran altar de San Pedro, lo que obligó a cerrar el féretro antes de lo planeado. Los cardiólogos entrevistados por la prensa de Roma coincidieron en que tal fenómeno no se presenta en casos normales de ataque al corazón.

Suponiendo que todas las pruebas señalen que hubo mano negra, ¿Por qué sucedió? ¿Cómo se ubica este acontecimiento dentro de la tesis de este estudio? Seguramente Albino Luciani, una vez que superó su "crisis espiritual", se volvió partícipe entusiasta de la revolución en el Vaticano. Su residencia en Venecia y otros edificios eclesiásticos a lo largo de los canales se volvieron el centro de un diálogo protestante-católico, de consultas judías, de especulaciones jesuitas de vanguardia sobre "discernimiento de espíritus"; y, sobre todo, de los esfuerzos del Vaticano y del Cardenal Willebrands de reunir a los carismáticos católicos y la Asamblea de Dios de los protestantes. Presidenta en muchos de los eventos, fue la enérgica Rosemary Goldie, quien había dirigido los asuntos en San Calixto antes del Concilio y que posteriormente ascendió a rango curial.

¿Por qué razón habría de eliminarse a un Papa fiel a las tendencias principales del Vaticano de la actualidad? Sigue siendo pasatiempo favorito en Roma, tanto de la izquierda como de la derecha, el inventar razones. Hasta el Vaticano ha entrado en el juego al patrocinar la versión del periodista John Cornwell, según la cual Luciani estaba prácticamente a punto de morir cuando fue electo, ficción que tiene en su contra todas las pruebas disponibles en esas fechas. Cornwell mordiendo la mano de quién le dio de comer, acusó al Vaticano de dejar morir al pobre hombre por negligencia. A la luz de lo que el Profesor Jean Meyer denomina "el complejo de autopersecución" del Vaticano, la acusación les debe complacer.

En 1978 circularon teorías descabelladas: que el nuevo Santo Padre iba a reinstituir la vieja Misa, cuando cualquier veneciano sabía que Luciani trabajó para impedir que los sacerdotes de Lefebvré dijeran esa Misa en San Simeone Piccolo. Que el Santo Padre terminaría con los malos manejos en el Banco del Vaticano. Esta última fantasía, que desarrolló años más tarde el escritor David

Yallop, convirtió a su libro *In God's Name* en un "best-seller" internacional. Que Luciani, un sacerdote callado y sumiso, de quien no se sabe que haya tenido el más mínimo interés en la cuestión económica, a quien le sorprendió ser electo Papa, en las mismas primeras semanas de desconcierto tras ocupar el puesto, decidió entrar en pugna contra todo el plan financiero del Vaticano, es una tesis tan manifiestamente absurda, como la de Cornwell es evidentemente falsa.

La muerte repentina del Papa Luciani, aparentemente por veneno, es probable que siga en el misterio. Algunos *vaticanisti* han especulado que entre los electores de 1978 hubo ciertos miembros del círculo interior en torno a la facción König, consternados por la candidatura débil que venció con el apoyo de la facción Benelli, resolvieron corregir la situación a toda costa.

Como epitafio para la figura esencialmente patética de Juan Pablo I, hay una curiosa frase al final de uno de los pequeños ensayos que le complacía escribir para *Il Gazzetino di Venezia*. Se le puede tomar tanto como un elogio para sus padrinos, Roncalli y Willebrands, como por una apología por la vida que escogió libremente, (aun sintiendo cierto tormento mental y vacilación): "mejor ser el confidente de grandes ideas que el inventor de mediocres; aquél que se ha alzado sobre los hombros de otro ve más lejos que el otro, aunque él mismo pueda ser más pequeño".

y Juan Pablo

El segundo Papa Juan Pablo entró en el escenario con presencia vivaz y un grito que reanimaba: "*¡Laudetur Jesus Christus!*" Éste no era simple funcionario, sino protagonista. Al poco tiempo, la animación y el entusiasmo del Papa "extranjero" atraía multitudes sin precedente a Roma; y en los meses siguientes, a incontables muchedumbres a parques y plazas en Polonia, Irlanda, Estados Unidos, México y Brasil. El carisma del Papa venció hasta algunos católicos tradicionalistas. Habiendo padecido una larga privación, veían espejismos en palabras y hechos que estimaban positivos y volvían la mirada para no contemplar lo demás.

Como en el caso de Albino Luciani, transformado por los creadores de imagen, de ecumenista decidido e hijo espiritual del liberal Papa Juan, en valeroso luchador por la reforma financiera y la tradición litúrgica, el proceso de reciclar la biografía de Karol Wojtyla comenzó aun antes de que dejara el balcón de San Pedro la noche de su elección. Una vez que se anunció su nombre, hubo un éxodo intempestivo de reporteros de la plaza a los salones de prensa vecinos para enviar la noticia por teléfono y télex, mientras que aquéllos que no tenían necesidad de reportar esa noche, se reunieron alrededor de una pantalla de circuito cerrado de televisión en el salón de prensa.

Antes de que el nuevo Papa terminara su primer saludo a la multitud, desde lo alto del pórtico central de la Basílica, la eficiente oficina de prensa del Padre Panciroli

reprodujo una biografía en italiano en dos páginas de mimeógrafo y en unos cuantos minutos más, versiones en otros cuatro idiomas, uno de ellos el polaco. Al mismo tiempo, el camarógrafo de la televisión enfocaba a un periodista maduro que salía de una de tantas cabinas de teléfono. Se trataba de Jerszy Turowitz, editor de *Snak*, el grupo de prensa católico, relacionado con el gobierno comunista de Polonia. Precisamente en el momento que leíamos en el boletín que el padre de Karol Wojtyla fue un trabajador, Turowitz decía en la pantalla de TV, "No, no un trabajador, un oficial del ejército. No de alto rango, pero sí, era oficial. ¿Desde cuándo conozco al nuevo Papa? ¡Ah! desde hace muchos años, desde mucho antes del Concilio".

Unos cien reporteros que miraban la pantalla escucharon las palabras de Turowitz, pero veintenas más ya enviaban el error del boletín a todas partes del mundo.

¿Qué tanto importa cómo se ganaba el pan el padre de un Papa? A la Iglesia en lo más mínimo. El puesto es de elección, no hereditario. El Cardenal Ottaviani, dos veces *pababile*, y que en su larga vida se volvió símbolo del conservadurismo de derecha, fue hijo de un carnicero en el barrio pobre del Trastevere de Roma. Pero que se haya cometido un equívoco en el caso del Papa actual, un error jamás corregido, es una indicación de un intento de creación política de imagen.

Hay que reconocer que no es fácil obtener material biográfico en un país comunista. Sin embargo, si nos ponemos a armar honradamente los fragmentos de información, los datos disponibles van delineando el carácter del hombre que sus pares escogieron para continuar la transformación de la Iglesia Católica.

Como dijo Turowitz, el padre de Karol Wojtyla no fue trabajador ni campesino, sino soldado. Lo poco que averiguamos acerca de Josef Wojtyla nos permite compren-

der mucho respecto a la orientación futura de su hijo. Si no hubiera sido por los esfuerzos especiales del padre y por su autodisciplina, es de dudarse que Karol hubiera podido alcanzar siquiera la mitad del camino.

A principios de 1979 un reportero ingenioso en Europa Central dio con el registro del Teniente Wojtyla en los archivos militares de la Vienna Imperial. Galitzia, provincia de Polonia de donde provenía la familia, fue parte del Imperio Habsburgo entre 1772 y 1918. Los registros muestran que el padre del futuro Juan Pablo nació en el pueblo de Lipsik y que fue hijo de un sastre. Del hecho que entró al ejército como soldado raso en la infantería, suponemos que tuvo pocos estudios; que no se volvió soldado sino hasta los 21 años, indica una adolescencia como aprendiz de su padre y que cuando decidió hacer carrera militar aunque fuera comenzando desde abajo, fue porque era la forma de evadirse de una vida entera de hacerles trajes negros dominicales a los campesinos de los alrededores de Lipsik.

A Josef Wojtyla le fue bien en el ejército; ascendió de cabo a suboficial. Según el documento, hablaba tanto el alemán como el polaco con soltura y escribía a máquina con rapidez. Se dice que medía 1.68 m., era de pelo café castaño y bigote claro. En las fotos aparece con facciones angostas y algo severas, en contraste con su segundo hijo Karol, que nació cuando Josef tenía 41 años. Emilia Kacz-Orowsika, su esposa, tenía la cara amplia y amistosa del futuro Papa, y su constitución recia.

A fines de 1914, Wojtyla dejó la máquina de escribir por el campo de batalla. Las fuerzas austriacas se dedicaban a la contención de una importante ofensiva rusa, en tanto pudieran llegar fuerzas alemanas dirigidas por Von Mackenson que les ayudaran a abrirse paso hacia el oriente. En 1916 Wojtyla recibió la Cruz Militar de Primera Clase de manos del Káiser Franz Josef en persona. Tres años más tarde la República Polaca de la posguerra

le concedió el rango de teniente y en la primavera del siguiente año, cuando nació Karol, la familia vivía en parte de una agradable casa en una población más grande, Wadowice.

El Teniente Wojtyla, que dejó la sastrería de pueblo por uno de los pocos caminos accesibles a un joven de poco dinero o educación en la sociedad estructurada del Imperio, debe haber deseado para sus hijos las ventajas que él mismo no disfrutó. Su primer hijo, Edvard, diez años mayor que Karol, obtuvo un doctorado en medicina en la Universidad de Cracovia, donde murió a los 24 años a consecuencia de tomar parte en un experimento clínico con el bacilo de la escarlatina.

En los años treinta, el estudiante preparatoriano, Karol vivía solo con su padre, tras la muerte de su madre, hermano y hermana menor. Una entrevista que apareció recientemente en *Il Tempo* de Roma, nos traslada a aquellos tiempos. Jerszy Kluger, un ingeniero que ha residido muchos años en Roma, fue compañero de Karol Wojtyla desde la niñez hasta la preparatoria y visitaba continuamente el apartamento Wojtyla en la calle Kalnin, un departamento de dos habitaciones en la planta baja. Kluger nos da una descripción significativa del padre de su amigo: "Un hombre de gran dignidad y amplia cultura. Se retiró a temprana edad del ejército para dedicarse al estudio. Es más, escribía la historia de la Iglesia Católica en Polonia. No sé si se llegó a publicar. Pero de él recuerdo un aire de calma, una serenidad...".

Señala Kluger que Wadowice constaba de unos diez mil habitantes, de los cuales dos mil eran judíos. Su propio padre era cabeza de la comunidad judía, liberal y activo en la política. "La vida no nos era fácil en el período entre guerras en la República Polaca, donde todo mundo estaba dispuesto a ofender a los judíos y a golpear nuestras sensibilidades. Pero los Wojtyla no eran como los otros".

Kluger le prestó al reportero romano su foto de graduación tomada en junio de 1938. En ella aparece Karol de pie en la primera fila; al respecto dice Kluger: "Siempre primero en la clase. No era que estudiara más; simplemente era un genio".

El liceo no era católico. No hay sacerdote en la fila de profesores; sin embargo, la elección de una escuela laica para su hijo probablemente no fue premeditada, como en el caso del padre de Pío XII. Probablemente no existían colegios católicos en ninguna parte cerca de Wadowice. El Imperio Habsburgo se empapó tanto de catolicismo, que prácticamente no hacían falta escuelas específicamente católicas, ni en aquel entonces, ni después de la independencia. En otra fotografía de Kluger, de una reunión de su clase diez años más tarde, se percibe que el liceo de Wadowice atraía a muchachos de familias de clase superior. En ella hallamos a un sacerdote, al Padre Wojtyla, de pie entre un grupo de hombres jóvenes de aspecto próspero, acompañados de sus esposas vestidas muy a la moda.

Basta lo anterior, por lo que se refiere al mito que comenzó con un boletín de prensa del Vaticano que hablaba de "hijo de un trabajador", al que siguió lo de "trabajador empobrecido de origen campesino" y que remató con el homenaje del Gobernador King, del Estado de Massachusetts, al Papa que los visitaba: "el Papa, que había surgido de las minas de carbón de su amada Polonia".

Los informes de sus años universitarios están tan llenos de contradicciones como los de la primera etapa e igualmente cargados de invención intencionada. Después de la graduación de preparatoria en la primavera, el padre y el hijo se mudaron a la bella y antigua ciudad de Cracovia, a cincuenta kilómetros de distancia. En el otoño, Karol asistió a la Facultad de Letras donde sus estudios se orientaban hacia la literatura e idiomas. Al año

siguiente, 1939 debe haber sido de los más traumáticos de su vida. Murió su padre y comenzó la Segunda Guerra Mundial, precisamente en Polonia. Tras la campaña alemana de tres semanas y la conquista, Cracovia se convirtió en cuartel general para la Gubernatura General Alemana y Karol, de edad militar, estaba expuesto a ser llamado a servir en un cuerpo de trabajo en Alemania. Para evitar salir de Cracovia y dejar sus estudios, él y un compañero estudiante, Julius Kydrynski, con quien compartía una habitación tras la muerte de su padre, hallaron empleo de medio tiempo en una pedrera de la localidad. Según Kydrynski, hoy en día escritor de renombre en Polonia, los trabajadores de planta de la pedrera consentían a los dos estudiantes y sólamente poco a poco les permitieron hacer el trabajo pesado de quebrar piedra; añade el escritor que a los pocos días Karol logró progresar a un puesto bajo techo, donde la operación era dirigida por un sistema primitivo de control remoto.

De acuerdo con la panegírica del boletín del Vaticano de la noche de su elección, Karol en aquel tiempo "se dedicaba activamente a la formación religiosa y cultural de los otros trabajadores". Pero el hombre más cercano a él en aquella época, su compañero de cuarto, le dijo al reportero australiano, James Oram: "Karol practicaba la religión católica. O sea, digo que iba a la Iglesia los domingos. Pero yo diría que su pensamiento era más bien liberal. Con seguridad, la religión no era su interés principal en aquellos días".

Varios amigos de los años de la guerra, atestiguan el hecho de que la pasión que lo empapaba, era su afición por el teatro. Había conocido a Julius en una sesión de lectura de poesía en la Universidad. De encuentros como ése, él y varios estudiantes, junto con uno o dos actores profesionales que no tenían empleo, organizaron una pequeña compañía semiprofesional que presentaba sus

actuaciones en los grandes salones de casas particulares; el joven Karol usualmente tomaba el papel principal. El repertorio de la compañía constaba de siete obras y, al contrario de lo que dicen muchos relatos, las piezas no se escogieron con el propósito de promover la religión, ni de glorificar a Polonia, ni tampoco para condenar a Alemania. Simplemente eran buenos y sustanciosos dramas contemporáneos: teatro por hacer teatro. Típica era la obra de un dramaturgo polaco que tuvo éxito en esa época, *La Codorniz*. En ella Karol hacía el papel de un campesino tosco, cuya esposa correspondía al amor de un hombre más fino y sensible.

Posteriormente, él y varios actores del grupo, llamado "Estudio Dramático 39", se reorganizaron en una compañía que recitaba poesía épica de la literatura polaca, tanto clásica como del Siglo XIX. Actuaban en un foro vacío, sin escenografía alguna, en un estilo considerado de vanguardia en Alemania durante los años anteriores a Hitler, en el período de la República de Weimar. Años más tarde, como obispo, no amainó su afición por el teatro y teorizó sobre las ventajas de reducir al teatro a la simple palabra hablada para estimular la imaginación del espectador. Quizá este gusto por los escenarios desnudos de Weimar se halle en el fondo de la preferencia del Papa Juan Pablo por los rituales escuetos de la Iglesia Conciliar.

De todos los inventos sobre los años universitarios de Wojtyla, el más peregrino es el de su labor clandestina como activista político, si se toma en cuenta que la vida que llevaba exigía su presencia en público desde el amanecer hasta medianoche. Comenzaba el día yendo a clases, en seguida iba a su trabajo en la pedrera o más tarde a una industria química; luego tenía ensayos de teatro o funciones nocturnas.

Del hecho que como obispo y cardenal, Wojtyla llegaría a interpretar la doctrina católica a la pálida luz del exis-

tencialismo alemán, se considera que más que haber intentado el sabotaje de las fuerzas de ocupación, es probable que aprendió de ellas. Aun estando de acuerdo en que la derrota de su patria debe haber sentado mal al hijo de un oficial, su extraordinario vigor y curiosidad intelectual lo hubieran impulsado a sacarle provecho a todos los contactos que ofrecía la situación. Durante una ocupación militar extranjera, hay mucho más toma y daca, especialmente entre los jóvenes, de lo que registran los periódicos. Es dato documentado que entre los miembros de la SS Nazi que operaba en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, el 80% no eran alemanes sino jóvenes franceses. También es verdad que del intercambio cultural durante esos años —simposios, conferencias, etc.— los jóvenes franceses que se interesaban por la intelectualidad absorbían de los alemanes de la ocupación un entusiasmo por los nebulosos conceptos de su mentor, Martin Heidegger, y que esas ideas no sólo llegarían a dominar la literatura francesa de la posguerra, a través de Jean Paul Sartre y Albert Camus, sino a pervertir la ortodoxia católica a través de los influyentes escritos de todo un grupo de teólogos, encabezados por Karl Rahner, S.J., alumno de Martín Heidegger.

Los centros de estudios avanzados pueden ser focos de agitación política, aun en tiempos de paz. Como es natural, la Universidad de Cracovia no se sosegó durante la guerra y fue clausurada hasta que no terminaran las hostilidades, y con ella, otras universidades y seminarios polacos. Los estudios continuaron en privado, pero no en secreto.

No queda claro cuándo fue que Wojtyla decidió ser sacerdote. Aparece repetidamente en artículos y libros una referencia a un pequeño grupo de estudiantes que se reunía periódicamente con un tal Jan Tyranowski. Era sastre, como el abuelo de Karol. Dice Malachi Martin: "este sastre sin educación formal, fue el hombre que

ejerció la influencia decisiva sobre la vida de Wojtyla". Algunos afirman que las reuniones eran para leer las Sagradas Escrituras, pero J. Malinski en su libro *Mi amigo Karol Wojtyla* insiste en que el tema de las reuniones no era la religión, cuando menos en el sentido católico. Más bien, se promovía una filosofía del tipo teosófico de "conócete a ti mismo", aparentemente similar a la de Rudolf Steiner, el pensador que tanto fascinó a Angelo Roncalli.

En todo caso, es probable que fuera en el transcurso de 1943 que Karol Wojtyla se puso bajo la tutela del Arzobispo y Metropolitano de Cracovia, el Príncipe Sapieha, quien lo mandó con un especialista tomista para realizar estudios teológicos privados que se combinarían con exámenes periódicos.

Respecto al cuento del "seminario clandestino", debemos desecharlo como otra falsedad romántica. El 7 de agosto de 1944, el Arzobispo Sapieha se alarmó con la noticia de que los rusos habían penetrado en el frente oriental y que la retirada de las fuerzas de ocupación alemanas era inminente. Súbito, invitó a los candidatos al sacerdocio que se hallaban dispersos en su diócesis, a aguardar el avance soviético en la seguridad relativa que ofrecía el arzobispado, al cual convirtió temporalmente en internado. Así es que no fue la "persecución de los Nazis", sino su próxima desaparición, la que originó la improvisación de un seminario en Cracovia.

A medida que se retiraban los alemanes, dejando Polonia a merced de los ejércitos soviéticos, se movían grandes sectores de la población. El seminario en el arzobispado no fue invadido, pero ocurrieron graves disturbios en Cracovia a los seis meses de haberse efectuado la nueva ocupación. Antes de la guerra, los judíos formaban el 25% de la población de la ciudad, cifra que no era alta en Polonia donde, según la Enciclopedia Judía, era de 30% en Varsovia y 44% en Lublín. En 1945, miles de judíos de Cracovia que habían huido a la zona rusa esta-

ban de regreso y muchos de los hombres se había convertido en comisarios y policía soviética. Con amargo resentimiento, estallaron los polacos el 11 de agosto un *pogrom* en el que 353 judíos de la ciudad de Cracovia fueron muertos por el populacho.

La noche de su elección al papado, Juan Pablo II se describió como "un hombre que viene de lejos". En realidad, debe haber visto Roma como su segundo hogar, pues estuvo ahí en visitas largas a partir de 1946. Ese año, el Metropolitano Sapieha mostraba que era tan diestro en tratar con los rusos, como lo fue con los alemanes. En esos meses terribles, que los derrotados llamaban "el año cero", cuando como resultado del *pogrom*, Cracovia estaba prácticamente en camisa de fuerza policiaca y sólo los judíos podían salir del país, Karol Wojtyla, recién ordenado, de alguna forma consiguió permiso para salir al occidente. Por trenes que corrían sobre vías precariamente remendadas, llegó a la Ciudad Eterna a tiempo para la iniciación de cursos del año escolar.

Con excepción de los daños a unas calles aledañas a la estación ferroviaria Tiburtina, donde dejaron caer algunas bombas los americanos, Roma salió ilesa de la guerra, aunque conmovida políticamente hasta sus mismos cimientos. El joven sacerdote polaco llegó a hacer dos años de estudios en el "Angélicum", la antigua universidad dominica dedicada al grande de la orden, Santo Tomás de Aquino, situada en la empinada loma que se alza sobre el mercado de Trajano. En aquellos días, una caminata de media hora lo hubiera llevado por calles atestadas de gente hasta los puentes del Tíber, y más adelante a la Plaza de San Pedro donde hubiera podido escuchar las palabras del Papa Pío XII.

Comenzó sus estudios del español para poder leer las obras de San Juan de la Cruz, tema de su tesis; y se nos

dice que para mejorar su dominio del francés, decidió vivir en el Colegio Belga. Aunque es posible que esa fuera la razón, es necesario recordar que desde los tiempos del Cardenal Mercier, Bélgica, con la Universidad de Lovaina era el centro que encabezaba el fermento teológico radical. El ambiente del Colegio Belga, junto con los visitantes que llegaban de Bélgica, influyeron necesariamente en el joven Wojtyla. En el verano se fue de "aventón" a Bélgica y a las reuniones de la Internacional de Jóvenes Cristianos Trabajadores, la JCC. En París frecuentaba la *Mission de France*, el centro del movimiento de sacerdotes-trabajadores. En su descripción de estos veranos, J. Malinski se refiere a la *Mission* como "un centro para sacerdotes jóvenes que deban testimonio de Cristo en el servicio a los hombres, ansiosos de devolver la liturgia a sus orígenes y dedicados a crear nuevas estructuras para la oración comunitaria". En 1947, el Padre Wojtyla fungió como delegado de Polonia en el Congreso del Movimiento de Jóvenes Cristianos Trabajadores en Ginebra.

En Polonia, en 1948, las autoridades comunistas encarcelaron a setecientos sacerdotes y a un número mayor de religiosos. No obstante, al Padre Wojtyla, que regresó ese año, le fue asignada una parroquia en el pueblo de Niegonic. Al año siguiente fue trasladado a Cracovia, donde combinó el trabajo de parroquia con una capellanía aprobada por el gobierno en la vieja Universidad donde había estudiado. Cada verano, por iniciativa propia, organizaba excursiones de fin de semana con sus estudiantes. Por esas fechas, ofreció sus primeros poemas a Jerszy Turowitz, editor de *Tydgonik Powszchny*, para que se publicaran bajo un pseudónimo. Turowitz fue el periodista entrevistado en la TV del Vaticano la noche de la elección de Wojtyla. El semanario *Tydgonik Powszchny* fue absorbido por el movimiento progobierno, bajo la dirección de Boleslaw Piasecki y Turowitz continuaría cola-

borando con Jerszy Zablocki en una red de prensa católica, relacionada con Pax, que llevaba el nombre de *Znak* ("Señal"). Posteriormente a Zablocki se le premió con un puesto en el gabinete del jefe comunista Gierek.

Karol Wojtyla siguió apoyando tanto a *Znak* como a su editor Turowitz, según asevera el dr. George Hunston Williams de Harvard, quien nos explica que hasta cuando Pablo VI sintió que se propasaban los artículos de *Znak* con respecto a la Iglesia Ucraniana, el Cardenal Wojtyla le explicaba que si bien *Znak* le restaba importancia a la Iglesia Ucraniana y favorecía a la Iglesia Soviética Ortodoxa, ésta era la esencia de la *Ostpolitik* (Política de Oriente) del Cardenal Casaroli, y merecía el apoyo del Santo Padre.

Aunque parece que el Angélicum aceptó la tesis sobre San Juan de la Cruz, no hay mención de un grado académico preliminar. Para poder ejercer la docencia en Polonia, precisaba que el Padre Wojtyla pasara otros dos años preparando una segunda tesis. Dejó su trabajo parroquial, se abocó al estudio de la filosofía y formuló un escrito sobre la obra del fenomenólogo Max Scheler. En 1953 fue conferencista en teología moral en la Universidad de Lublín y al año siguiente sumó a su trabajo otros cursos similares en Cracovia, con lo cual se vio obligado a viajar de noche, entre clase y clase.

A fines de 1953, el gobierno en Varsovia abolió todos los estudios teológicos en Cracovia y quedó Lublín como la única universidad "católica" tras la cortina de hierro. La Universidad de Lublín tiene una historia curiosa. En cierto sentido, su origen debe atribuirse a Lenin. Polonia oriental fue rusa antes de 1918 y en el estado ortodoxo de los zares se pensaba que los seminarios católicos romanos eran focos de agitación, en particular la escuela de Wilna, a la que se le ordenó mudarse a San Petersburgo para integrarse a una pequeña academia teológica que ya existía ahí. Se suponía que así sería más fácil monito-

rear las actividades de los seminaristas católicos. Inmediatamente después de la Revolución Rusa, Lenin recibió al Rector, el Padre Radziszewski, y aceptó con beneplácito su ofrecimiento de resolverle todo el problema, mediante el traslado de la escuela combinada a Polonia.

En esa época, la nueva República de Polonia gozaba de un Nuncio Papal que seguramente intervino en los trámites de traslado. Era nada menos que Monseñor Achille Ratti, el futuro Pío XI. Se incurrió en fuertes gastos para mudar la gran biblioteca, muebles y equipo, no digamos lo que se requirió para adquirir una espaciosa nueva sede en la ciudad polaca de Lublín. En la Polonia arrasada por la guerra (1914-1918) se consiguió casi inmediatamente el dinero de manos de dos millonarios polacos, conocidos como masones importantes.

Otro futuro Papa que tuvo un contacto fugaz con la Universidad de Lublín, fue el joven Padre Montini. Enviado a Polonia en 1922, años más tarde dijo a sus amigos en Roma que se sintió más a gusto entre los jóvenes intelectuales radicales de la Universidad de Lublín, que entre los diplomáticos y aristócratas de la capital.

Por lo que toca a las labores del futuro Juan Pablo en Lublín, sus clases se extendieron más de una década, hasta sus años como obispo. Es más, se sabe que dictó varias conferencias después de su elección al papado. Ya en el año de 1953, su docencia atraía multitudes, tanto en Cracovia como en Lublín, a pesar del hecho que esos años se distinguieron por una severa persecución de la Iglesia en Polonia, por el arresto domiciliario del Cardenal Wyszynski, por la prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas, por la detención de sacerdotes bajo cargos ficticios, por el traslado de la administración de hospitales y otras instituciones caritativas de la Iglesia al control estatal.

A los tres años, cuando entró Gomulka al poder, las relaciones Iglesia-Estado mejoraron un poco. El Cardenal

fue liberado y a la Iglesia se le concedió un margen de actividades más amplio. Era el año 1956; el Padre Wojtyla fue consagrado como obispo. Dos años más tarde, el Papa Pablo lo nombró Auxiliar en Cracovia, con derecho de sucesión.

Se avecinaba un cónclave y la preparación de un concilio. Se publicaron dos libros de Wojtyla, la tesis sobre Max Scheler y un libro sobre el matrimonio intitulado *Amor y responsabilidad*. La pronta aparición de estas obras en varias traducciones promovió el creciente interés de Roma en este joven obispo polaco, con el resultado de que se le convocó a tomar parte en los trabajos preparativos del Concilio, de los que se supone eran los del círculo interior, ya que la invitación a Wojtyla provino del Obispo Garonne de Toulouse, quien un día se convertiría en el inquisidor principal del Arzobispo Lefebvre.

Aquel breve resumen biográfico que emitió la sección de prensa del Vaticano la noche de la elección en 1978, se refirió a la contribución que hizo Wojtyla al documento conciliar *Gaudium et Spes* y la calificó como "decisiva". Conocida como "La Iglesia en el mundo moderno", *Gaudium et Spes* resultó ser una larga disertación dedicada al tema de cómo lograr socavar la tradición. Típicas y sorprendentes, fueron las determinantes contribuciones del Arzobispo Wojtyla. Entre ellas: "No es el papel de la Iglesia el sermonear a los no-creyentes. Nos ocupamos de una búsqueda al lado de nuestros semejantes... evitemos la moralización o la sugerencia de que tenemos un monopolio de la verdad".

Al repasar sus intervenciones durante el Concilio, se percibe que fueron notablemente defensivas del *status quo* en Europa oriental, especialmente en lo referente a resistir las súplicas de los conservadores de insertar una condena del marxismo o a falta de ello una condena del ateísmo. El equipo que se puso el nombre de "Xavier Rynne" reportó, en sus *Cartas de la Ciudad del Vatica-*

no, que "el Arzobispo Wojtyla rechazó los cargos del excitado obispo Hnilca en el debate final sobre la *Gaudium et Spes*. El prelado checo había dicho que 'decir únicamente lo que dice este esquema sobre el ateísmo, es equivalente a no decir nada'. El obispo Wojtyla replicó 'el Concilio hallaría gran dificultad en ocuparse del ateísmo porque la cuestión es tan compleja'".

A "Xavier Rynne" le pareció razonable y práctica la objeción de Wojtyla, porque "observadores rusos ortodoxos sopesan cada palabra con cuidado, ya que su presencia en el Concilio se condicionó a un arreglo según el cual no se daría voz a ninguna condena".

El Papa Pablo VI premió a Monseñor Wojtyla por su participación en el Concilio Vaticano, con el capelo cardenalicio en 1967; al mismo tiempo lo hizo miembro de tres cuerpos curiales y consejero del Concilio para Laicos de Rosemary Goldie. Así, once años antes de convertirse en Papa, participaba en conversaciones de alto nivel y en la toma de decisiones en cuatro áreas de primera importancia en la Iglesia en transformación; contribuía personalmente a acelerar el cambio. Un tanto inexacto, eso de "un hombre que viene de lejos".

Honor muy especial se le concedió en 1971, elegirlo el Sínodo Mundial Episcopal para formar parte de su comité central permanente de doce miembros, recientemente constituido. Solamente tres obispos europeos participan en este cuerpo élite que efectúa proyectos de iniciativas teológicas para el Papa y desarrollos para la Iglesia entera, a través de su control de las conferencias episcopales en todo el mundo.

En el Sínodo de 1974, con su llamado al estilo Alinsky a favor de una "evangelización de amor", el Cardenal Wojtyla actuó como teólogo oficial; lo mismo hizo el siguiente año en la primera conferencia internacional de obispos europeos, bajo el Arzobispo (y ahora Cardenal) Etchegaray de Marsella, de orientación notablemente li-

beral. La intervención introductoria del Cardenal Wojtyla; "Los obispos como siervos de la fe", irradiaba el humanismo integral de Maritain. En el siguiente Sínodo, tres años más tarde, concordó con los demás conferencistas sobre el tema de "catequesis", se remontó a los escritos de 1929 del jesuita austriaco, Jungmann, en los que instaba a "un rechazo a la transmisión estéril del conocimiento teológico".

A los cincuenta y tantos años, el Cardenal Wojtyla era ya del círculo interno del Vaticano. En la primavera de 1977 dirigió el retiro de Cuaresma para el personal al servicio del Papa a solicitud de Pablo VI; además, dio los toques finales a la conclusión de un programa de transformación de nueve años en su propia diócesis de Cracovia, "programa que, ¸dijo, tenía como propósito el involucrar a los laicos a participar plenamente".

Al atardecer del 16 de octubre de 1978, Karol Wojtyla, Metropolitano de Cracovia, sacerdote durante 35 años, alcanzó la cima; la elección a la Silla de Pedro.

IV

LA REALIDAD EN LOS NOVENTAS

Control

Los católicos de cuño tradicionalistas tienden a afirmar que sin la intervención de Satanás, no hubiera ocurrido la revolución. En forma menos apocalíptica, podría decirse que sin la intervención de un milagro, era inevitable que sucediera. No hubo alternativas en la sucesión de los acontecimientos. Existía el hecho estructural de la autoridad papal absoluta, con el complemento necesario de obediencia sin discusión. Florecía la correlación extraordinaria de las vidas de los cinco hombres que ejercieron esa autoridad; por último, había un distanciamiento generalizado entre los creyentes católicos y las sociedades en las que vivían. Una vez que se decidió efectuar el socavamiento, resultó ser una labor mucho más fácil de lo que se imaginaba.

Dada la estructura jerárquica de la Iglesia Católica, es indispensable, como en un ejército, el ejercicio bien engranado de la autoridad. Para bien o para mal, el Papa de Roma es quien gobierna la Iglesia; y es únicamente a través del papado como puede modificarse la doctrina o la práctica. A pesar de la atención dada a teólogos por los periodistas, éstos permanecen al margen. Siguiendo con la costumbre que establecieron los "Modernistas" de principios de siglo, los teólogos discuten entre ellos en acogedoras reuniones académicas, año tras año. Si alguna de sus reflexiones evoca una respuesta favorable en el Vaticano, lo cual sucede de cuando en cuando, pasando el tiempo veremos que la idea se va filtrando hacia abajo, del Papa a los obispos y de ahí a los sacerdotes

de parroquias y sus congregaciones. Si el papado no da señas de interés, la teoría hará la ronda de las reseñas teológicas hasta que se agota. El "humanismo integral" de Jacques Maritain tuvo éxito, no así el "punto omega" de Pierre Teilhard de Chardin.

El Papa Juan Pablo II puede verse frente a multitudes que disminuyen o a protestas que aumentan, pero dentro de la organización que encabeza, sigue intacta su autoridad. Su mano gobernante aparece en todo nombramiento episcopal, en la designación de los miembros de la Curia Romana, de los cardenales, de los jefes de cada secretariado y de cada una de las principales órdenes religiosas, de los miembros de las comisiones teológicas; así como en la designación de nuncios o delegados apostólicos a los más de cien puestos diplomáticos en todo el mundo. Su mano se percibe aun en las protestas que se le elevan, en tanto que es una mano que se abstiene de reprender.

De todas las facultades papales, indudablemente la más decisiva en términos de su impacto sobre la Iglesia es aquélla de escoger cuáles sacerdotes han de ascender a obispos. Aplicada esta autoridad tal y como lo han hecho los últimos Papas, garantiza el apoyo para las decisiones del Papa de toda la red administrativa de la Iglesia.

Se dice que el proceso de crear obispos es digno de una sociedad secreta. El primer impulso viene invariablemente del interés que un obispo en funciones tenga en un sacerdote de su diócesis. El prelado dedica algún tiempo a la observación discreta de las actitudes, tendencias y preferencias del sujeto, antes de hacer sondeos entre el clero y los fieles, con la esperanza de confirmar su primera opinión. En la Iglesia en transformación, se supone que también ha cambiado el criterio que se aplica para juzgar la aptitud de los candidatos al episcopado. El talento para administrar ha cedido en importancia, frente al entusiasmo que el sacerdote muestra a favor del cambio y su

disposición a avenirse a las decisiones de otros. Un joven de extraordinaria habilidad intelectual que dé señales de querer usarla, quizá llegue a algún puesto en una revista jesuita, pero su oportunidad de ascender al episcopado será prácticamente nula.

El Papa comienza a tomar parte en el proceso de selección tan pronto como llega el expediente episcopal a manos de su enviado, el nuncio o delegado apostólico asignado al país de que se trate. El nuncio, un hombre de reconocida elegancia en recepciones diplomáticas en todo el mundo, es un personaje casi desconocido para el católico común, que se sorprendería al saber cuán profundamente afecta su vida religiosa el papel que desempeña este individuo en la creación de obispos.

El nuncio, al recibir el informe del obispo de la localidad respecto a uno o más candidatos, toma a su cargo una segunda etapa de investigación, a través de fuentes cuidadosamente seleccionadas y siempre en un ambiente de secreto. Al concluir sus averiguaciones, presenta al Vaticano una breve lista de candidatos a obispos, con sus propias recomendaciones adicionales. En último término, es el Papa quien decidirá, sobre la base de los informes, a quién ha de ascender al episcopado.

Lo determinante del papel del nuncio en la formación del equipo gobernante del Papa, lo puntualiza Clifford Langley, corresponsal del *Times* de Londres: "A Bruno Heim, enviado del Vaticano, puede atribuirse el haber efectuado, en el período relativamente corto de 1973 a 1985, una profunda revolución dentro de la Iglesia Católica en Gran Bretaña". Los lectores recordarán otro cambio profundo en cuya realización colaboró este prelado suizo. Como secretario particular de Nuncio Ángelo Roncalli en París en 1944, fue partícipe en la tarea de reciclar la ideología de cien obispos franceses, a quiénes acusaba el General De Gaulle de haber colaborado con los alemanes durante la ocupación.

En los Estados Unidos todos los sacerdotes ascendidos al episcopado entre los años de 1933 a 1958, consiguieron sus mitras gracias a haber pasado la revista de Monseñor Amleto Cicognani, diplomático de filiación progresista, a quien Pío XII confío la difícil tarea de "reinterpretar" la encíclica antimarxista de Pío XI, *Divini Redemptoris*, de tal forma que persuadiera a los católicos de ese país a entrar en la guerra al lado de la Unión Soviética, cuando aún estaban horrorizados con los informes de atrocidades cometidas por los comunistas de la Guerra Civil Española. Veinte años más tarde, un reportero italiano le preguntó a Cicognani, que ya era Secretario de Estado bajo Juan XXIII, qué opinaba del Concilio Vaticano que en aquel entonces se iniciaba. El Secretario octogenario exclamó: "¡Grandes cosas están sucediendo!"

Aunque los obispos se han convertido en un coro de aprobación para toda iniciativa papal gracias a un sistema de selección casi a prueba de errores, el puesto, en sus orígenes, fue de gran autoridad individual. Significaba "la plenitud del poder sacerdotal", una frase que se ha eliminado del nuevo rito de consagración episcopal. El Papa mismo es un obispo, el Obispo de Roma.

La integridad del poder es, desde luego, lo que menos desea prohijar la nueva Iglesia, a menos que se trate de la plenitud del poder papal. Un obispo que no se alinea, como Marcel Lefebvre, puede convertirse en un obstáculo importante en el camino del cambio. Pío XII previó este problema a mediados de los años treinta, cuando comenzó a experimentar con la idea de agrupar a los obispos en asambleas nacionales, aunque él era entonces Secretario de Estado. Trabajó primero con los alemanes. Durante todos los años cuarenta se siguieron impulsando los planes para lo que se llegarían a llamar "conferencias episcopales", de tal forma que en la actua-

lidad, en prácticamente todos los países donde hay obispos, existe un "club" episcopal y en ciertas áreas geográficas de gran extensión hay super-conferencias como la CELAM de América Latina.

Cuando el miembro más importante de la Curia, Josef Cardenal Ratzinger, concedió su sorprendente entrevista a un reportero italiano en agosto de 1984, la parte más fuerte de su áspero comentario sobre lo que él llamaba "la crisis en la Iglesia", la dedicó a su opinión respecto al sistema de conferencias episcopales. Lo calificó como "carente de base teológica alguna" y señaló que "priva al obispo individual de su debida autoridad". El investigador del fenómeno de socavamiento se ve obligado a suponer que aquél fue, precisamente, su objetivo.

Desde la antigüedad un obispo reportaba únicamente al Papa y tenía la seguridad de presentar sus problemas y solicitudes directamente a la Santa Sede. Bajo el sistema de conferencias, cualquier iniciativa tiene que someterse a la consideración de colegas obispos y su destino depende de que ellos le concedan su aprobación por votación.

"Esta estructura burocrática, dice Ratzinger, es esencialmente anónima, ya que los miembros de la conferencia van pasando por esquemas preparativos interminables, hasta que por fin llegan a una decisión bien aplanada. De esta manera, el magisterio se paraliza, al hacerlo depender de un laberinto de organizadores que son fácilmente infiltrados e influenciados. El magisterio por asamblea se puede manipular para insinuarle la duda a todo problema de la fe".

El Prefecto dice que en muchas conferencias las omnipresentes presiones del "espíritu de grupo" hacen que los obispos se sientan renuentes a perturbar la paz y que "el ambiente de conformismo que resulta induce a la mayoría a moverse en forma pasiva, en la dirección que impone una minoría con iniciativa".

A fines de los años cuarenta, Marcel Lefebvre, en aquel entonces Obispo de Dakar en Senegal y Delegado Apostólico en África, viajaba con sotana y casco tropical desde el Congo hasta Madagascar y de Camerún al África Francesa Occidental por órdenes de Pío XII, para establecer conferencias episcopales. Muchos años después, se percató del daño que le causó al África de habla francesa esta fase de su trabajo. Al igual que Ratzinger, decía que el "magisterio por asamblea" privaba al obispo de verdadera autoridad. "Lo convierte en prisionero de la colegialidad. En teoría, en varios casos un obispo puede actuar en contra del voto del grupo, pero en la práctica, esto resulta imposible, ya que tan pronto termina la sesión, se publican las decisiones de la mayoría, y se circulan entre el clero y los fieles. Al oponerse a las decisiones, un obispo disidente invoca la autoridad de la asamblea en su contra".

Por lo que toca a la "minoría emprendedora", son los hombres elegidos para presidir cada una de las conferencias y quiénes acuden a Roma cada tres años, junto con otro prelado del mismo país, para tomar parte en lo que se llama el Sínodo Mundial Episcopal. Durante un mes, sus diarias deliberaciones reciben el seguimiento de cientos de miembros de la prensa internacional que suelen comentar que podrían haber dicho todo sin dejar sus lugares de origen. Ya en 1971, al concluir la reunión, se quejaba la revista *Time* de que "Estos Sínodos revelan con demasiada claridad el alto costo de la falta de poder de los obispos. El mundo ha comenzado a bostezar. Al mundo que aguarda, le parece inexplicable la inmovilidad de la jerarquía".

Quizá a *Time* le parecía inexplicable, no así al investigador de la subversión dentro de la Iglesia. La inmovilidad episcopal que pone a bostezar a la prensa, es de importancia esencial para la autoridad papal, que puede medirse por datos estadísticos curiosos: al Primer Conci-

lio Vaticano asistieron unos 550 obispos, casi todos los que había en el mundo en 1870. Aunque aumentó el número de católicos en los siguientes noventa años, particularmente en África, el total distó mucho de llegar a un cien por ciento. Sin embargo, la cifra de obispos se incrementó en casi quinientos por ciento, de tal forma que pudieron acudir unos 2500 prelados al Concilio Vaticano II. A los veinticinco años de aquel acontecimiento, ha bajado en un cincuenta por ciento el número de católicos practicantes, mientras que el número de obispos, más de 4000, es casi el doble.

Para mantener alineado a un grupo tan grande, no obstante que sus integrantes eran conformistas por carácter y entrenamiento, se tomaron medidas especiales a principios de los años 'setenta. En prevención de que la avalancha de cambios hiciera titubear hasta a los de mayor confianza, los portadores de la cruz pectoral, el anillo, la mitra y el báculo volvieron a la escuela. A los obispos en todas partes del mundo se les presionó para que pasaran un mes en Roma, sometidos a cursos intensivos para ponerlos al día en teología. Cada año estaban ahí casi cien obispos de Estados Unidos asistiendo a clases en el Colegio Norteamericano, bajo la tutela entre otros, de Raymond Brown, crítico extremista de textos bíblicos, y de Francis Sullivan, S.J. jefe de los carismáticos de habla inglesa en Roma.

En raras ocasiones se presenta alguna traba en el buen engranaje de lo que se denomina la colegialidad episcopal. En 1980, en El Salvador, Monseñor Riva y Damas fue el único de los cuatro obispos de ese pequeño y agitado país que se presentó en el funeral de Oscar Romero, el obispo asesinado. A los otros les pareció que el apoyo abierto que Romero le brindó al marxismo fue incompatible con su puesto. Como se avecinaba la elección de un presidente para la conferencia episcopal

local, el Papa Juan Pablo II se adelantó a la segura elección de un conservador, con el nombramiento de Riva y Damas como su Delegado Apostólico, dándole de esta manera precedencia sobre los demás.

El año anterior, el mismo Papa había intervenido en un problema episcopal de tipo contrario. Monseñor Johannes Gijsen de Roermond, el más joven de nueve obispos en los Países Bajos, se impacientó con la proliferación postconciliar de lo que a él le parecían inútiles organizaciones de laicos en su diócesis. Aparte de la docena, más o menos, de asociaciones parroquiales que se acostumbran en la mayoría de los países, los holandeses discurrieron la creación de otras tres o cuatro propias. El Obispo Gijsen convenció a estas últimas a que se autodisolvieran y se abocó a resolver un problema más importante. La conferencia episcopal holandesa había decidido que, debido a la espantosa caída en inscripciones, se cerrarían todos los seminarios del país y que el puñado de candidatos que quedaba podría darse de alta en las universidades seculares, "con la ventaja adicional, se sugería, de que se haría más amplio su criterio". Consternado, Monseñor Gijsen actuó en forma dramática. Creó un pequeño seminario propio, en Roermond.

El Papa Juan Pablo tomó medidas de inmediato. Citó en Roma a los nueve miembros de la jerarquía holandesa y los sometió a diecisiete días de deliberaciones efectuadas en hermetismo total, bajo la tutela de los *periti* más avanzados de la Universidad de Lovaina. El Papa estuvo presente en cada una de las sesiones e intervino varias veces.

La noticia del Sínodo Holandés ordenado por el Papa había causado revuelo de esperanzas en los medios conservadores de varios países. Al fin el Santo Padre iba a ocuparse de esos obispos holandeses radicales. La izquierda estaba preocupada, por consiguiente, los reporteros y escritores sobre temas religiosos de todo el

mundo corrieron a Roma, donde se toparon con una operación de censura que era para ellos una tortura. La oficina de prensa del Vaticano emitía boletines como de costumbre, pero no contenían un solo nombre. No tenía sentido alguno leer que se dijo esto o aquello, si no se sabía quién lo dijo. Los progresistas preocupados y los conservadores esperanzados partieron de Roma tal y como habían llegado; es decir, con la creencia de que el Papa citó a la jerarquía holandesa en el Vaticano para llamarles la atención por su radicalismo.

La verdad resultó ser todo lo contrario. Al concluir los diecisiete días, el joven Obispo Gijsen quedó perfectamente aplastado, mientras que los otros ocho obispos de los Países Bajos, junto con el Papa Juan Pablo, declararon en un documento de cierre que felizmente había alcanzado una *communio* plena.

El asunto, así como el seminario de Gijsen, quedó cerrado.

Anatema

Era en la bonita población de Brixen, llamada Bressanone por los italianos desde que la recibieron junto con el resto de Tirolo del Sud como botín de guerra en 1919, que el Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, Josef Cardenal Ratzinger, tomando sus vacaciones del verano de 1984 en el enorme, ya casi va-

cío, monasterio barroco, decidió conceder una entrevista a Vittorio Messori, periodista milanés. Lejos de ser una entrevista común y corriente, la larga charla resultó como un salto mortal del procedimiento curial. Durante seis horas diarias por tres días, el bávaro amigable de cabellera blanca, fotogénica; contestó a las preguntas del periodista, un Gran Inquisidor a la inversa.

El Concilio Vaticano había concluido hacía veinte años y el Cardenal estaba dispuesto a reconocer, ante el que lo interrogaba, que en el ínterin la Iglesia ha llegado a un estado de crisis. Messori le preguntó si tenía algún plan para remediar la situación, tomando en cuenta la importancia de su puesto en el Vaticano.

Ratzinger sonrió y dijo: "Sabe usted, en nuestro llamado ex Santo Oficio somos sólo diez, un número algo raquítico para intentar un golpe de estado. Aunque quisiéramos, sería punto menos que imposible establecer una dictadura".

Sin embargo, el Cardenal se mostró perturbado. Lo que resultó de las largas sesiones de Brixen fue una especie de *réquiem* por el fallecimiento de la Iglesia-como-Institución. De principio a fin, el ambiente fue de duelo. El Cardenal hasta llegó a mencionar el termino dramático, usado por Pablo VI, de "autodestrucción". Pero mientras que el Papa Pablo había desarrollado el tema señalando que alguna fuerza oculta estaba socavando la Iglesia, Ratzinger daba una explicación más pragmática: la culpa la tenían aquellos a quiénes se refería ya como "ciertos teólogos", ya como "algunos intelectuales" o "más de un *peritus*". No mencionaba nombres.

El periodista sabía bien que a los treinta y tres años el propio Ratzinger fue uno de los jóvenes teólogos más destacados del Concilio Vaticano. Su tarea consistió en alinear al Cardenal Frings de Colonia, de setenta y siete años, con la nueva forma de pensar. Al pasarle a Frings las especulacion le transmitió su maestro, Karl Rah-

ner, que a su vez fue discípulo del existencialista austriaco, Martin Heidegger, el joven Ratzinger tuvo éxito en convertir al viejo Cardenal en jefe de ese grupo ultraprogresista de padres del Concilio que se conocía como el "Grupo del Rhin". En 1964, cuando hubo un descanso de varios meses entre las sesiones del Concilio, a causa del fallecimiento del Papa Juan, el Padre Ratzinger y otros teólogos de vanguardia aprovecharon el tiempo para fundar la revista radical *Consilium*. Como Messori conocía esto, no resistió preguntarle al Cardenal: "Eminencia, al mirar hacia el pasado, ¿cree usted que *Consilium* fue un pecado de su juventud?".

Le contestó con toda amabilidad el Cardenal. "Al contrario desde el comienzo, insistí en que *Consilium* se mantuviera dentro de los límites del Concilio y que nunca se le adelantara". Efectivamente, cuando la publicación se anticipó en forma alarmante y propuso, entre otras cosas, que el Papa viajara en el metro de Roma como cualquier cristiano, el Padre Ratzinger se apartó y creó una revista un poco más sosegada bajo el nombre de *Communio*.

Al tocar el aspecto medular de la crisis actual, el Cardenal se expresó con una franqueza sorprendente: "Los católicos han perdido la convicción de que existe una sola verdad y que esa verdad es definible en forma precisa". Expresó su pesar de que esta pérdida de convicción afectaba en forma adversa, la difusión del Evangelio de Cristo. En una etapa de la conversación, hasta vislumbró el colapso de todo el esfuerzo misionero de la Iglesia: "Algunos teólogos le dan mucha importancia al valor de las religiones no-católicas, no como camino extraordinario, sino como un camino ordinario para la salvación, de tal forma que dicen nuestros misioneros: ¿Por qué hemos de causarles intranquilidad a los no cristianos, al persuadirlos a aceptar el bautismo y la fe en Cristo, si vemos que su propia religión constituye el camino apro-

piado para la salvación dentro de su cultura y en su parte del mundo?"

¿Algunos teólogos? ¿Hombres tan atrevidos como Josef Ratzinger, que unos años antes escribió: "Para las conciencias modernas, la certidumbre de que la piedad de Dios trasciende a la Iglesia legalmente constituida disminuye la credibilidad de una Iglesia que por mil quinientos años no solamente toleró su propia afirmación de ser el único camino a la salvación, sino que entronizó esa idea como elemento esencial de su autocomprensión, una parte de su fe misma?"

Aunque Ratzinger hubiese pensado que tal afirmación es de dudosa validez, se puede preguntar: ¿Una fe que hubiese sostenido una pretensión inferior se habría extendido de Palestina a Roma y luego a todo el mundo occidental? ¿Cómo se expandió el Islam por la costa mediterránea a África, España y Medio Oriente, sin la afirmación de ser el único camino de la salvación y sin esas ominosas líneas del Corán que dicen: "¿Aquellos que insisten en que Alá es uno de tres intentarán salir del infierno, pero su castigo será duradero"? ¿Si los judíos hubieran perdido su convicción de ser el "pueblo escogido de Dios", duraría hasta el presente el judaísmo?

Al observar el caos presente, Messori trataba de comprender la causa. Los primeros años de los sesenta ¿fueron momento propicio para citar a un Concilio?

"¡Ah, desde luego! Precisamente en aquel tiempo existían grandes anhelos". Sin duda, los jóvenes sacerdotes intelectuales que frecuentaban las oficinas de Miss Goldie en la Plaza San Calixto sentían grandes deseos de poner a prueba sus conocimientos teológicos recién adquiridos; pero lo que menos querían el clero común, los religiosos y los fieles era una redefinición provocada por una élite que desquiciaría todos los sabios principios de su fe. Si muchos de ellos hubieran sabido lo que sucedía en las oficinas

de Miss Goldie y lo que eso significaría en sus vidas, se hubieran unido en una marcha de protesta a San Calixto.

Los anhelos del católico promedio en los años sesenta, se centraban en la seguridad, en el apoyo y en la protección que la vieja y sólida institución, con todos sus adornos bienamados, les brindaba en la difícil tarea de creer. En aquella época seguía el alud de conversos y una de ellos, la novelista británica Muriel Spark, contestó a un periodista que le preguntó por qué dejó el judaísmo por el catolicismo, con estas atinadas palabras: "¡Por la certidumbre! Uno tiene que tener certidumbre".

En aquellos años, pocos fieles habían oído rumores de las liturgias experimentales que se empezaban a usar en algunas partes de Europa; sin embargo, ya sentían preocupación. Ocurrió el ablandamiento de las leyes de ayuno y abstinencia, que nunca se explicó. Hubo cambios en la liturgia, aunque menores, al mismo tiempo que parecía que los niños ya no necesitaban de la ayuda de sus padres para memorizarse las respuestas a las preguntas del catecismo. En verdad había desaparecido el catecismo y con su desaparecer las ideas de los niños respecto al sentido de su religión se volvieron nebulosas.

El Papa Juan abrió las puertas del círculo interior del Concilio al Padre Ratzinger; el Papa Pablo lo nombró a la Comisión Pontificial Teológica, grupo exclusivo y abiertamente radical; el Papa Juan Pablo II lo hizo Cardenal y lo introdujo en la Curia. No cabe duda que es un hombre cuya carrera ha sido patrocinada por los Papas y que se ha dedicado a la revolución papal. Luego, ¿cómo fue posible que ocurriera esta entrevista que circuló en forma de libro en media docena de traducciones?

La perspectiva ventajosa que nos dan los años transcurridos, nos permiten percibir claramente la respuesta. Efectivamente, a veinte años del Concilio, el malestar general había alcanzado dimensiones de crisis. Era com-

prensible que el Papa y sus consejeros más importantes sintieran la urgente necesidad de despejar el ambiente. Para lograr esto, recurrieron a una maniobra bien conocida por los políticos experimentados: incitar a la oposición para que echara fuera todas sus quejas. Por consiguiente, el gesto provocador debía externarse, y externarse desde la cima. El que se convertiría en vocero de las protestas de los fieles, sería nada menos que el Prefecto para la Doctrina de la Fe, aunque con ello se rompieran mil años de reserva por parte de la Curia. Después de todo, se abrieron los archivos del Vaticano en defensa de Pío XII. ¿Qué importaba sentar otro precedente atrevido? Las quejas debían expresarse y recibir un examen cuidadoso, tendrían un trato respetuoso y ser lamentadas. A medida que surgiera la cuestión inevitable de culpabilidad, se comunicaría con la máxima precaución. No se mencionarían nombres y menos el nombre de algún Papa. Debería reconocerse la culpabilidad, pero tendría que acachacarse a teólogos anónimos, olvidados o fallecidos.

"El Informe Ratzinger", como se intituló finalmente la obra de Messori, provocó temor entre los progresistas y esperanza entre los conservadores. Gran interés y nerviosismo se manifestó cuando el Papa Juan Pablo II citó en Roma a lo que él llamó un "Sínodo Extraordinario" a fines de 1985.

El nerviosismo era un buen termómetro de la ignorancia que existe entre católicos y no-católicos, respecto a la verdadera estructura de poder en la Iglesia. No era necesario un mes de insulsas sesiones del Sínodo, para mostrar que los obispos que llegaron a Roma no solamente eran miembros del coro de aprobación del papado, al cual ingresaron tras una cuidadosa selección y un esmerado entrenamiento, sino la crema y nata del coro aprobatorio. El Prefecto Ratzinger los describió como "la minoría con iniciativa", aquellos que lograran ser elegi-

dos a las presidencias de las aproximadamente doscientas conferencias episcopales en el mundo. El resultado del Sínodo fue un largo ¡hurra! a favor del Concilio Vaticano II. El Primado irlandés, O'Fiaich, dijo que el Concilio fue "una gracia de Dios, el evento más importante del siglo", mientras que el Cardenal yugoeslavo Kouaric lo proclamó, descaradamente, "un buen árbol que da buen fruto". Con la afirmación unánime de la representación del episcopado mundial, el asunto de la disidencia quedó concluido. Se había ventilado en público, sopesado, colocado en su lugar y archivado. No hubo más qué decir.

Si con ánimo caritativo se suponiera que los conceptos del Cardenal Ratzinger, respecto a las relaciones entre las religiones mundiales, podrían haber sufrido algún cambio en años recientes, ¿qué hubiera pensado del "Día de la Paz" del Papa Juan Pablo, celebrado en Asís?

La mañana del 27 de octubre de 1986 amaneció fría, el viento soplaba con una mezcla de lluvia y nieve. Salvo una que otra ama de casa que iba al mercado y unos estudiantes de preparatoria que fueron traídos en tres autobuses de poblaciones circunvecinas para presenciar el acontecimiento, las calles de la pequeña ciudad de San Francisco estaban desiertas. La oficina de prensa del Vaticano en Roma, que esperaba muchos periodistas como si se tratara de un "junta en la cumbre" entre Reagan y Gorbachov, expedía pases, en forma de *pool* limitada, para los diversos eventos, pero los pocos reporteros que se presentaron, prefirieron calentarse dentro de la Cittadella, aquel complejo de edificios, salones de conferencias y planta editorial que estableció Pío XII en 1939 como una especie de cuartel general para el cambio. Ahí, por los años cincuenta, efectuaron los estudios de Annibale Bugnini sobre la Nueva Misa en preparación de la Conferencia Litúrgica de Asís de 1956. Los periodistas que asistieron al Día de la Paz tuvieron la oportuni-

dad de conocer las obras más recientes de la editorial de la Cittadella, libros y más libros escritos por los "teólogos de la liberación", desde Leonardo Boff a Gustavo Gutiérrez.

Quizá la falta de periodistas les preocupó a los organizadores del Día de la Paz, pero no la de espectadores. A los laicos no se les invitó. La "producción" se planeó más como un suceso espectacular para la televisión que como un evento público; su realización dijo mucho del profesionalismo del ex hombre de teatro que hizo preparativos para este Día con una serie de laboriosos ensayos generales: su cálido homenaje a la memoria de Martín Lutero en Alemania; en Marruecos, una disculpa al Islam por la Reconquista Católica de España; en Roma, el Papa leyó en voz alta los Salmos del Rey David al Jefe Rabino en la Gran Sinagoga; participó en los Ritos de la Gran Selva en Tongo y sometió la frente papal a marcas rituales por una sacerdotisa hindú en la India.

Como producción teatral, lo de Asís se califica como éxito sonado. Al girar el selector de canales de la TV, se hubiera pensado que estaba uno viendo el acto final de "Aída" de Verdi; con sus enormes arcos oscuros, la Basílica de San Francisco ofrecía un fondo impresionante ante el cual destacaban las vestimentas blanquísimas de la estrella, el Santo Padre, Vicario de Cristo en la Tierra, que encabezaba un círculo de figuras espléndidamente ataviadas: budistas, para quiénes la creencia en Dios es optativa; musulmanes y judíos cuyo Dios no tiene hijo; shintoistas para los que Dios es cabeza de un estado; animistas cuyos dioses son víboras.

Hasta el imperturbable *New York Times* quedó asombrado cuando el "Dios-Rey", el Dalai Lama, convirtió a su culto el altar de la Iglesia de San Pedro en Asís, colocando una estatua de Buda sobre el altar, rodeándola de incensarios y rollos de manuscritos. El protestante fundamentalista Carl McIntyre opinó que el Día de la Paz del Papa fue "la más grande abominación en la historia de la

Iglesia". Para el Arzobispo Marcel Lefebvre, representó "el insulto culminante a Nuestro Señor".

Para comprender estas expresiones de indignación, se necesita recordar el profundo sentido de lo sagrado que prevalecía en los templos católicos antes del socavamiento de la Iglesia.

En tiempos pasados, el corazón de toda iglesia y capilla, su santo de santos, era el tabernáculo, una caja forrada de seda y a veces con chapa de oro que se colocaba en el centro del altar principal. Dentro de él, y bajo llave, se guardaban las hostias consagradas que sobraban después de la Misa, colocadas en cálices hermosamente diseñados y enjoyados. Hay que memorar que para los católicos creyentes, las hostias son nada menos que el cuerpo y la sangre de Jesucristo. La Verdadera Presencia en el sagrario de un altar se señalaba con una lámpara votiva que pendía cerca y daba una tenue luz roja. Esta Presencia era lo que motivaba la genuflexión de los hombres y mujeres antes de entrar entre las bancas e hizo necesarios los reclinatorios. Era por la Presencia que los comulgantes ayunaban desde la media noche anterior a la Misa en la cual recibían la sagrada hostia. Los católicos que eran niños en los años cuarenta y cincuenta, recordarán que se cepillaban los dientes antes de medianoche para evitar el riesgo de tragar agua accidentalmente al hacerlo. En 1953, Pío XII decidió que bastaba un ayuno de tres horas anteriores a la comunión. A los cuatro años, se le ocurrió que un ayuno de una hora era suficiente. Pero en esto le aventajó Pablo VI, quien decretó un ayuno ridículo de quince minutos.

Era la Verdadera Presencia en el altar lo que causaba el silencio y la asistencia en la iglesia oscura, a cualquier hora del día, de algunos hombres y mujeres arrodillados orando. Estas personas "hacían una visita", llegaban de la calle para meditar unos minutos ante Dios. A todos les ofrecía calma y a algunos el acercamiento, aunque fuera

leve, a aquello que conocen los místicos. Las "Visitas al Santo Sacramento" eran devociones privadas y en la nueva iglesia colectiva, empapada de *communio*, se desalienta la oración individual. Ya en 1943, en su encíclica *Mystici Corporis*, Pío XII trató el asunto en forma negativa, en tanto que a los teólogos de vanguardia, les era verdaderamente repugnante ver a una persona orando en soledad. El Padre Ratzinger era uno de ellos.

En su obra, *Die Sacramentale Begruendung Christlicher Existenz* explica: "La devoción eucarística como la que se expresa en la visita silenciosa de los devotos a la Iglesia, no debe considerarse como una conversación con Dios. Afirmar tal cosa, nos haría suponer que Dios estaba solo ahí, presente en forma local y en forma confinada. Justificar tal afirmación muestra una falta de comprensión de los misterios cristológicos, del mismo concepto de Dios. Esto repugna al pensamiento serio del hombre que sabe de la omnipresencia de Dios. Ir a la iglesia sobre la base de que ahí puede uno visitar a Dios que está ahí presente, es un acto carente de sentido que el hombre moderno rechaza con toda razón".

Con esto, Ratzinger le asesta un golpe resonante a la misma esencia de la Iglesia Católica, su Santo de Santos, esa Presencia en el sagrario que la colocó aparte a través de los siglos, no sólo de las religiones no-Cristianas, sino de las siete mil y tantas sectas que han retenido el nombre "cristiano".

Hoy en día, *Die Sacramentale Begruendung* se consigue en las librerías de Alemania. Sus tesis jamás han sido rechazadas ni censuradas. Por otra parte, a pesar de que se han descuidado por tanto tiempo que casi se han olvidado, tampoco han sido abrogados los Decretos del Concilio de Trento y el Canon Cuatro, que se redactó a mediados del Siglo XVI para refutar los ataques de Martín Lutero y Juan Calvino contra la Verdadera Presencia explica: "Si alguno dice que después de que la consagra-

ción se ha completado, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo no están en el sacramento de la Eucaristía... y que en las hostias consagradas o partículas que se reservan (en el sagrario), el verdadero cuerpo y sangre de Nuestro Señor no permanece, que sea el anatema".

Anatema, palabra griega que se refiere simplemente a "aquello que está colocado aparte". Con el anatema dirigido al Santo Oficio, se cierra el círculo de la revolución vaticana.

Diáspora

Como la mayoría de los judíos, todos los católicos del mundo viven en una condición de diáspora. Mientras que los primeros pueden residir en Israel, si así lo desean, los segundos no tienen patria. A ninguno de los cientos de países en que radican se le puede llamar "país católico".

Hace un siglo, el Cardenal Manning explicó lo que eso significaba: "Durante trescientos años los fieles han estado en contacto con la civilización corrupta de los llamados países católicos y con la civilización anti-católica de países en cisma abierto. Las tendencias intelectuales de los primeros se han ido apartando poco a poco de la unidad de la fe y de la Iglesia. A medida que se ha ido desgastando la verdad, el instinto católico se ha vuelto débil y las mentes de los católicos se han visto muy afectadas por el ambiente en el que viven".

El Cardenal Manning señaló que el comienzo del malestar se originó en el quebrantamiento de la Cristiandad medieval, cuando, como dice Milan Kundera: "Dios lentamente abandonó el asiento desde el cual había controlado el universo y su orden de valores, donde había distinguido el bien del mal, dando un sentido a cada cosa". Pío XI notó en *Quas Primas*, cómo varios siglos de negarle a la Iglesia el derecho de hacer las leyes ha llevado a "la reducción del catolicismo al nivel de las religiones falsas" y se refirió a la dominación subsecuente por los estados seculares, donde "la religión ha venido a ser tolerada más o menos al antojo de los gobernantes".

Con la Revolución Francesa de hace doscientos años el catolicismo vino a ser sujeto de simple tolerancia, aun en países democráticos. Con excepción de los Estados Papales en Italia central y de la gran extensión del Imperio Habsburgo en Europa Central, la mayoría de las naciones donde vivían católicos estuvieron llenas de tensión durante todo el siglo diecinueve. En ninguna parte fue mayor la fricción que en los dos países de los cuales nos hemos ocupado largamente en este estudio: Francia y México. Los gobiernos que se sucedían uno tras otro, todos jactándose de su dedicación a la "libertad, igualdad y fraternidad" no daban la menor garantía de que conventos, monasterios, seminarios y hasta iglesias siguieran abiertos y no se convirtieran en oficinas de correos o cuarteles del ejército. El principio masónico de separación de Iglesia y Estado, privó a casi toda la población en ambos países de cualquier poder político como católicos.

Achille Ratti, Pío XI, fue el último en clamar contra esta separación. Su encíclica *Quas Primas* hacía eco de las amonestaciones todavía más fuertes de Pío X: "Es una tesis absolutamente falsa, y una tesis extremadamente peligrosa, pensar que el Estado y la Iglesia deben estar separados. Tal tesis es una obvia negación del orden sobrenatural".

Recientemente, las ansias del autoritarismo de la izquierda por rechazar el principio de separación, no han sido menores a las de la ortodoxia de la derecha. Después de la visita del Arzobispo Casaroli a Checoeslovaquia en 1975, decía un editorial en *Pravda* de Bratislava: "Un estado socialista no puede conformarse con simplemente otorgarle libertad de culto a aquellos que profesan una fe religiosa, ni puede simplemente otorgarle libertad de expresión a aquellos que son ateos. Tiene el deber de formar la conciencia del pueblo para llevarlo a una armonía con el socialismo, de tal forma que los individuos puedan percibir al mundo y percibirse a sí mismos en el mundo, como partícipes plenos y activos en el gran quehacer histórico que es la formación de la sociedad comunista".

El fondo de las luchas de principios del Siglo XX, tanto de *l'Action Francaise*, como de los Cristeros, fue el intento de restaurar a los fieles la protección de un Estado Católico. Sus líderes se preguntaban, "¿Si nuestro país es abrumadoramente católico, por qué no ha de ser católico el Estado?" Obviamente porque aquello que no tolera la Revolución es un estado católico. El hecho de que quiénes detentaban el poder en el Vaticano, durante las crisis en Francia y México, tampoco soportaban un Estado Católico, nos indica la postura de los Secretarios Gasparri y Pacelli. Al tomar partido, primero con el Premier Poincaré y luego con el Presidente Calles, no dejaron la menor duda respecto a dónde se hallaban sus intereses.

Ambos movimientos, el francés y el mexicano, surgieron de décadas de frustración engendrada por gobiernos llamados anticlericales, en realidad anticristianos. Sin esa prueba larga y exasperante, es de dudarse que los franceses o los mexicanos hubieran hallado las fuerzas para defender la fe cuando se les presentó un liderato. Por otra parte, si Roma no hubiese suprimido vigorosamente

ambos movimientos, es posible que Francia y probable que México hubieran recuperado su identidad católica.

Para los años veinte los creyentes de ambas naciones habían llegado a ver al anticlericalismo como un enemigo bien conocido. Habían aprendiendo a manejarlo de tal forma que a mediados de la década, en Francia, las esperanzas de éxito se habían fortalecido, y en México, para fines de la década, la victoria estaba a la vista cuando repentinamente, sin aviso alguno, en ambos países todo el escenario quedó de cabeza. De pronto ya no eran los gobiernos masónicos que se les oponían, sino Roma, el Vaticano, el Santo Padre mismo, que estiraba la mano para aplacarlos. Dispuestos a morir por Roma, por el Santo Padre —miles de mexicanos ya habían muerto— lo único que recibieron sus esfuerzos fue una sonora cachetada pontificia.

Fue la encíclica de Pío XI, *Quas Primas*, con su orden de iniciar un día de fiesta en honor de "Cristo Rey", la que dio a los rebeldes su grito de guerra: "¡Viva Cristo Rey!" Esa encíclica les dijo que era "la timidez de gente buena, renuente a entrar en conflicto" la que envalentonaba a los enemigos de la Iglesia y le pedía a los fieles "luchar valientemente bajo la bandera de Cristo el Rey". Los estudiantes universitarios mexicanos fueron impactados por el mensaje papal y lo pasaron a los campesinos en el campo de batalla. Para fines de 1928 veintenas de jóvenes fueron fusilados por pelotones del gobierno y muchos más murieron baleados por francotiradores, cuando se acató la orden del Vaticano de deponer las armas. Con ese mandato, algo se quebró en las mentes de los más fieles entre los fieles. Acerca de esto, le explicaba el Obispo González Valencia en Roma al nuevo Secretario de Estado, Eugenio Pacelli: "Se ha ido para siempre la estima tradicional que el mexicano siempre sintió por su obispo. Veo, y le digo con gran dolor, que el golpe de este escándalo, con la complicidad obvia del

Vaticano, toca a la misma Santa Sede y es tan grave que puede preverse una gran pérdida de fe".

Mientras tanto, el golpe del escándalo inducido por el Vaticano en Francia, impulsó a cuando menos un campeón del Estado católico a entrar en el bando contrario. El profesor de filosofía Jacques Maritain, al regresar a París de Roma, se puso a trabajar en el desarrollo de su "humanismo integral" que abogaría por una Iglesia mutilada que "no pediría más que atestiguar, colocándose al servicio de la humanidad en la Nueva Sociedad que está naciendo".

Sesenta años más tarde, estamos de lleno en la "nueva sociedad, y la Iglesia que atestigua, que nada pide, no ha recibido más que la agresión incesante de Estados seculares fuertemente politizados. Mientras que la Sociedad Perfecta ha permitido su disolución a una Iglesia-como-Sierva, el ambiente en el cual viven los católicos ha alcanzado un grado de enajenación en el Occidente y de represión en el Oriente, que jamás soñó el Cardenal Manning. Mientras tanto, entre las guerrillas de América Latina, avaladas por el clero, la Iglesia-como-Sierva se ha convertido en la Iglesia-como-Desvalida. El día que el Papa Juan Pablo II recibió a Daniel Ortega de Nicaragua en audiencia privada, la Radio Vaticano emitía el "himno" favorito de los Sandinistas, que dice algo de "Jesús que suda en las calles y recoge su paga como los demás de nosotros".

Los católicos devotos a la antigua, que insisten que el quebrantamiento no podría haber ocurrido sin la intervención del Diablo, toman aliento de la promesa de Cristo de que Él estará con ellos "hasta el final de los tiempos". Aunque es indudable que la antigua fe sobrevivirá de alguna forma, es imposible predecir si retornará como un cuerpo reconocido a través de siglos de crecimiento de lo que hoy es un minúsculo movimiento tradi-

cionalista o por medio de un sorprendente relámpago de inspiración, a la *Gorbachov*, desde dentro del Vaticano. Sin embargo, si acaso algún futuro Papa despierta y reconoce que la Iglesia se enfrenta a la extinción, nada le servirá mejor que buscar el consejo de esos veteranos de la supervivencia, los líderes del pueblo judío.

La conservación de una fe por seis mil años, en contra de tremendas fuerzas contrarias, no se consiguió a través de la rendición, de la componenda, de avergonzarse de su pasado histórico, de la disminución de los ritos sagrados y de "pedir solamente el atestiguar". Así como los judíos jamas abandonaron su pretensión de ser el "pueblo escogido" de Dios, los católicos aferrados a la supervivencia tendrán que recuperar su identidad como la Iglesia Militante. En esas dos palabras, los católicos hallarán el valor para mantenerse erguidos, aunque la frase nunca se refirió a la fuerza militar, sino a la lucha que los fieles tienen que librar mientras vivan, al enfrentar el reto de escoger entre el bien y el mal en el camino a la salvación.

Aunque les fuera aborrecible a los partidarios de la Iglesia Amorosa de Montini-Alinsky la designación "militante" y su secuencia "triunfante", que se refiere a aquellos que han alcanzado el Cielo, tendría que reinstituirse simplemente en aras del realismo. Difícilmente objetarían los consejeros judíos; el mismo nombre "Israel", significa en hebreo, "Dios lucha". A los judíos no les avergüenza luchar por aquello que les parece sagrado, por su patria, con sus leyes que apoyan lo sagrado; por sus Escrituras Sagradas antiquísimas, su liturgia sagrada y los tabernáculos para su santo de santos. Los católicos, en cambio, han perdido la Cristiandad que era su patria y en este siglo permitieron que se les despojara de su liturgia sagrada, de su idioma sagrado, de sus enseñanzas de dogmas sagrados y en cientos de miles de iglesias, hasta de sus tabernáculos, su santo de santos.

Los líderes sionistas de hace cincuenta años esperaban que su patria naciente atraería a pobladores que llegarían hablando una docena de lenguas distintas y con maravillosa sabiduría decidieron que el idioma común y oficial sería el hebreo. Fue una decisión osada. Era una lengua que ya no se usaba siglos antes de que naciera Cristo, quien hablaba el arameo. El hebreo sobrevivía únicamente en los escritos de los estudiosos rabínicos. Si tomamos en cuenta que el hebreo era un idioma que no tenía relación alguna con el yiddish, español, alemán, francés, inglés, polaco, ruso o húngaro que hablarían los inmigrantes cuando llegaran y que la escritura les parecería a muchos tan compleja como el chino, hay que reconocer que la instalación exitosa del hebreo como idioma oficial de Israel fue uno de los logros más sorprendentes de todo el movimiento sionista.

Más fácil hubiera resultado el haber escogido el esperanto, idioma internacional que inventó un judío y que está basado en el latín, mismo que por tanto tiempo fuera el idioma de Europa y que permanece hasta ahora en el vocabulario del francés, italiano, español y portugués, en las raíces de la mitad de las palabras del inglés y de buena parte de las del alemán. Sin embargo, los pioneros sionistas rechazaron la cómoda solución a favor de la sagrada.

Asequible y a la vez sagrado para los cristianos, el latín es un tesoro que descartó la revolución papal. Estamos de acuerdo en que para insistir en el uso de un idioma común y para supervisar su diseminación se requiere de un estado interesado. Los judíos que han reclamado su derecho a tener su propio Estado, lo han logrado. Los católicos, que han entregado ese derecho, no tienen forma de conseguir el uso de un idioma común; sin embargo, ese hecho no excusa el abandono del latín durante siglos por la Iglesia. Si el Vaticano se hubiera ocupado de que cada niño católico aprendiera las palabras latinas

fácilmente pronunciables de la Misa, de la Bendición y del Bautismo, y de las tres o cuatro oraciones de mayor uso, esto les hubiera aportado riquezas personales para toda la vida, y les hubieran servido cuando se vino la revolución.

De hecho, cuando cayó el golpe y se impuso la Nueva Misa a mediados de los años sesenta, los fieles apenas se percataban de lo que se les quitaba. Es más, una provocación calculada por parte de Roma, les dio a muchos una sensación de alivio cuando desapareció el latín. Fue durante el Concilio cuando las congregaciones recibieron una orden inesperada de utilizar la Misa de Diálogo o *Missa Recitata*, descartada hacía mucho, toda ella aún en latín. Solamente podemos imaginarnos el desconcierto que sobrevino entre millones de laicos. Después de ese trauma felizmente breve, la Nueva Misa, dicha en el idioma vernáculo fue recibida como una liberación.

Para la Iglesia el latín significaba estabilidad. Siendo lo que se denomina un idioma muerto, no cambiaba por el uso diario y así se tenía confianza de que la misma liturgia permanecería siempre y en todas partes. El latín significaba solidaridad. Un escocés que iba a Misa en Bolivia o un boliviano en Escocia se sentían en casa en cualquier iglesia del extranjero. Quizá lo más valioso era lo sagrado de su sonido. Los sionistas bien sabían que una liturgia tiene que sonar sagrada.

También saben cuán importantes son sus mártires para una fe. Los judíos no sólo honran a sus muertos en los campos de concentración, sino que insisten en que el resto del mundo lo haga también. El cuartel central mundial para esta insistencia es el Centro para Estudios sobre el Holocausto de la Liga Anti-Difamación de la logia masónica judía B'nai B'rith, en Nueva York. Produce un volumen continuo de publicaciones incluyendo un catálogo de material que se describe como "apropiado para uso en iglesias, escuelas, grupos cívicos y bibliotecas",

con un prefacio escrito por el ganador del Premio Nobel, Eli Wiesel. Hay también una *Guía a material no publicado sobre el holocausto*, que llena tres volúmenes de cuatrocientas páginas cada uno; existen veintiséis producciones audiovisuales en color, aprobadas para la televisión, junto con una serie de conferencias de una hora de duración cada una, grabadas por intelectuales judíos importantes. Obran docenas de libros con títulos como *Genocidio y Anne Franck, La anatomía de nazismo, El ghetto en llamas, La noche de los cristales y Tren de la muerte.*

En contraste demoledor con el homenaje al martirio que efectúa la Liga Anti-Difamación Judía, los expertos en comunicación del Vaticano merecen el título de "Liga de Auto-Difamación". Al mismo tiempo que jóvenes estudiantes mexicanos se enfrentaban al paredón al estilo clásico de la juventud de Roma que prefirió morir en las garras de los leones antes que retractarse del cristianismo, el Vaticano hacían lo imposible por ocultarle al mundo su martirio. No debe extrañar pues, cuando sucede que una profesora de una universidad en Texas, interrogada sobre su opinión respecto al movimiento Cristero, confiese que jamás ha oído de él. Esta profesora era católica y contribuía con escritos a publicaciones religiosas conservadoras; sin embargo, jamás escuchó sobre una guerra civil que ocurrió tras la frontera de su propio estado, si no en su vida, en la vida de sus padres. Damos por hecho que habría oído que Hitler mató a seis millones de judíos.

En el libro *Distant Neighbors* (*Vecinos Distantes*), 563 páginas de análisis amplio sobre el México del pasado y presente, el autor, Alan Riding, se limita a solamente cuarenta y dos palabras para describir el levantamiento católico: "Campesinos fanáticos, dirigidos por sacerdotes conservadores que lanzaron una guerra de guerrillas, al

grito de "¡Viva Cristo Rey!", con el cual se ganaron el apodo de Cristeros, y en el nombre de Cristo se dedicaron al asesinato, al incendio y al sabotaje". Quizá este desagradable fragmento fue todo lo que averiguó Riding, reportero anglo-brasileño del *New York Times*, acerca del "holocausto" mexicano durante los muchos años que vivió en México.

Aunque parezca increíble, el Vaticano ha declarado que la Guerra de los Cristeros es de secreto máximo. Pero hay más. Hasta la memoria de la lucha debe borrarse de la historia. Jean Meyer, profesor joven de la Universidad de Perpignan, en el sur de Francia, que visitaba México un verano en los años setenta, se encontró con este hecho insólito y se pasó otros seis veranos investigando la lucha. Sus averiguaciones las plasmó en un libro de tres volúmenes que intituló *La Christiade*.

La censura total imperó, aun en la época de la lucha. Francis McCullough, periodista inglés, halló que los redactores de periódicos en Nueva York mostraban vivo interés por sus reportajes noticiosos enviados del lugar de los hechos, pero que los editores daban la orden: "¡No toquen ese tema!".

"¿Por qué?" preguntaba McCullough en 1929. "¿Por qué hubo siempre tanta emoción respecto a los programas de judíos en la Rusia zarista, y por qué no se menciona el "pogrom" de Cristianos en México, donde han sido ejecutadas 4047 personas desde agosto de 1926, entre ellas, dieciséis mujeres?".

En el prefacio a *La Christiade* Jean Meyer, afirma: "Desde 1929 Roma ha prohibido todo lo que sea escribir, hablar y hasta pensar en los Cristeros, y ha prohibido a los seminarios, universidades y escuelas católicas el ocuparse del tema. Todavía peor, desde 1968, cuando la Iglesia fue presa de complejos de auto-persecución, si un maestro o un predicador se viera obligado a mencio-

nar a los Cristeros, tendría que referirse a ellos como fanáticos o revolucionarios".

Al hacerse cargo de la Secretaría de Estado poco después de que se firmaran los llamados "arreglos", el Cardenal Pacelli ordenó a todos los obispos mexicanos que prohibieran el acceso a los expedientes y archivos relacionados con la época de los Cristeros bajo pena de las más severas sanciones. En obediencia, las autoridades eclesiásticas de Guadalajara quemaron todos los papeles relativos al levantamiento en esa ciudad y las de la ciudad de México, todos los registros de las Brigadas Juana de Arco y de las organizaciones estudiantiles. Afortunadamente, dice Meyer, la amplísima documentación que recogió el obispo que más simpatizó con el movimiento, González Valencia, está (o estaba cuando Meyer escribía) bien guardada en la Catedral de Durango, con los proverbiales siete candados y siete llaves.

No menos incomprensible que la negativa de la Iglesia, le pareció a Meyer lo que resultó ser una censura similar por parte del estado mexicano. Aun en los años setenta, halló que el gobierno estaba tan renuente como el Vaticano a divulgar información respecto a su represión de la rebelión. Que pudiera existir una concordancia tan perfecta entre dos entidades cuyas antipatías mutuas eran tan bien conocidas, le sirvió de acicate a Meyer para tratar de hallar la verdad, que sospechaba consistía en algo que precisaba ocultarse.

Cada año regresaba el profesor; al fin localizó a propietarios de buenas colecciones privadas de documentos, escritos y recuerdos, como los del escritor Antonio Ríus Facius, así como material valioso en varias bibliotecas jesuitas. En Washington examinó documentos de inteligencia militar, que estuvieron vedados a la inspección pública durante los cincuenta años de rigor. Las universidades de Yale y Amherst le brindaron ayuda; sin embargo, la experiencia más fascinante de todos los veranos

de trabajos intensos, provino al localizar a los veteranos, viejos y dispersos, y al escuchar relatos personales que ocupan cien horas de grabación.

Para Jean Meyer, el mandato de silencio del Vaticano es extraño a tal grado que parece increíble y totalmente fuera de un orden natural. Si se supone que América Latina va a proporcionar la mitad de los católicos de este mundo para fines de siglo, el que ellos no conozcan a estos luchadores y mártires de su propia sangre y cultura es una privación enorme. Meyer nos da una explicación poco convincente, al sugerir que puede ser que el Vaticano se sienta avergonzado por haber entregado en forma deliberada a católicos devotos y valientes a manos de un gobierno abiertamente hostil.

Desde luego que los "arreglos" fueron del agrado de ese gobierno. El Presidente en aquella época, Emilio Portes Gil, celebró la rendición ingeniada por el Vaticano en un discurso ante sus hermanos de la Logia reunidos para el banquete anual en observancia del solsticio de verano: "Queridos hermanos, ya podemos confirmar el hecho de que el clero ha llegado a un reconocimiento pleno de la ley. En México, desde hace ya muchos años, el estado y la masonería han sido la misma cosa, entidades que marchan al paso. La lucha no es nueva. Comenzó hace veinte siglos y continuará hasta el fin de los tiempos".

Católico nuevo, católico viejo

El primer chispazo de revolución en la Iglesia Católica, así como revolución en la Rusia zarista, en la Alemania de Weimar y hasta en la Nicaragua de Somoza, sucedió en las mentes de algunos cuantos hombres brillantes, sentados en sus escritorios, pluma en mano. Éstos eran los soñadores, los intrigantes, los que planeaban lo que a ellos les parecía una forma mejor de hacer las cosas. Sus proyectos se hubieran quedado dentro de sus mentes, y sobre papel si no fuera porque el poder absoluto estaba a la mano o pronto les llegaría.

En el caso de la Iglesia, el poder absoluto estaba presente; sin embargo, debido a que era poder psicológico y espiritual, y no político o militar, se llevaría medio siglo en volverse efectivo en las vidas de cientos de millones de creyentes. La nueva forma de ser católico vendría a existir sólo después de que se hubiera desposeído a los fieles de creencias, tradiciones y prácticas inculcadas a través de dos milenios. Que un proceso de socavamiento tomara sólo cinco o seis décadas en realizarse, resulta uno de los hechos más asombrosos de este asombroso siglo.

¿Podría haberse evitado el proceso? En vista de las circunstancias ya señaladas como "cartas marcadas" a favor del cambio, la cuestión queda casi descontada. El obstaculizar o siquiera posponer la transformación hubiera requerido de una conciencia notable de parte de católicos en todas partes del mundo, respecto de lo sagrado de lo que había dado. Si eso estuviera presente, si no

fuera como atestiguó el Cardenal Manning, que "el instinto católico se ha vuelto débil", entonces la enseñanza clara y la devoción cálida generarían esa vigilancia a la cual instó Rafael Merry del Val, vigilancia que recibió el desaliento brusco del Vaticano. Tal y como sucedió, no hubo laico, sacerdote, ni obispo que se diera cuenta de que había que estar alerta respecto a cosa alguna. Solamente en 1963, cuando el Concilio Vaticano recibió la atención deslumbrante de los medios internacionales, se dio cuenta el mundo de lo que se estuvo fraguando tanto tiempo detrás del escenario. Para entonces, era demasiado tarde.

Fue sólo hasta que una dócil jerarquía plasmó sus firmas episcopales en los documentos del Concilio cuando comenzaron a sufrirse las consecuencias, inevitables y sacudidoras, una tras otra. El punto es que fueron consecuencias, resultados, no causas. Todo lo sucedido desde el Concilio se atribuye a aspectos que se pusieron en movimiento años y hasta décadas antes. El sorprendente Día de la Paz en Asís del Papa Juan Pablo II, se remontó a las Conversaciones de Malines del Cardenal Mercier. La apertura tan crédula de América Latina a la "teología de la liberación" difícilmente habría ocurrido si se les hubiera permitido a los Cristeros mexicanos exigir su victoria ganada con tanta sangre. El permiso para que se celebrara una fiesta de cinco mil roqueros marihuanos en la catedral donde se coronaron los reyes de Francia, fue consecuencia lógica de la premisa de Ratzinger de que es absurdo pensar que Dios está presente en el espacio de una caja sobre el altar. Cada uno de estos fenómenos fue consecuencia y no causa.

Como a estos efectos se les opone poca o ninguna resistencia, seguramente continuarán. Contra la cada vez mayor tendencia a la baja hay poca protesta. Podría haber sido mucho. Hubo un momento y —en retrospectiva un

momento mágico—, cuando parecía que los fieles, dispersos en diversas partes del mundo, repentinamente tomaban conciencia de que ellos mismos, hombres y mujeres en las parroquias (como en el caso de los Cristeros muy pocos sacerdotes eran involucrados) podían montar una contra-revolución. Comenzó poco después de la imposición de la Misa de Bugnini. Pasmados, un número considerable de católicos comenzó a golpear. Existieron protestas, artículos, libros, cartas abiertas y tres peregrinaciones internacionales a la Plaza de San Pedro en Roma. Al comenzar los años setenta, se presentó una etapa breve de entusiasmo, de cuestionamiento y de esperanzas. Sin embargo, no fue sino hasta 1974 que Marcel Lefebvre, uno de los pocos obispos que insistió a favor de la ortodoxia en el Concilio, se presentó para darle alguna cohesión a la insurgencia que se extendía.

Originario de un rincón del extremo noreste de Francia y durante treinta años misionero en el África negra, el Arzobispo Lefebvre no consiguió entrada en ninguna diócesis de sus compañeros obispos franceses para su proyecto de fundar un seminario dedicado a la enseñanza tradicional. Sin embargo, en 1970 obtuvo la aceptación en la Suiza de habla francesa. Monseñor Néstor Adam, Obispo de Sion, dio su aprobación a que se impartieran clases en una vieja casa de campo llamada Econe, que hasta esas fechas fue casa de retiro para los ancianos ex cuidadores del Paso de San Bernardo, que quedaba cerca.

Al paso del tiempo el Vaticano se interesó y en 1974 el Papa Pablo envió a unos Visitadores a Econe, dos importantes teólogos de la siempre vanguardista Universidad de Lovaina. Esta gira de inspección sirvió para impulsar a Monseñor Lefebvre a tomar, con renuencia, el puesto de liderato. Entrando en los salones de conferencias en el seminario, los dos belgas se abocaban a

deshacer conceptos que fueron dogma aceptado durante todas las épocas anteriores del cristianismo. Declararon que no había certeza respecto a la resurrección física de Cristo y que ellos no deberían pensar que la verdad es "algo que puede uno colocar en un cajón al anochecer, con la seguridad de hallarla igual al abrir el cajón por la mañana".

Los estudiantes estaban atónitos y el Arzobispo escandalizado. De inmediato dirigió lo que él llamó una "declaración de fe" en forma de carta abierta al Vaticano: "Nos adherimos de todo corazón y con toda el alma a la Roma Católica, Guardiana de la Fe, a la Eterna Roma, Ama de la Sabiduría y de la Fe. Por otro lado, nos rehusamos y siempre nos hemos rehusado a seguir a la Roma de tendencias neo-modernistas y neo-protestantes, que se manifestaron claramente en el Concilio Vaticano II, y después del Concilio en todas las reformas que emanaron de él". La declaración Lefebvre pronto circuló dondequiera que había católicos. Estaba en marcha la contrarrevolución.

Comenzó el Año Santo de 1975 y el Papa Pablo, que le daría el realce máximo al Jubileo con su patrocinio, en su propio gran altar en la Basílica de San Pedro, de las comunicaciones insensatas del "dios"de Michigan, ordenó a Monseñor Lefebvre venir a Roma para hacer frente a una inquisición informal respecto a su "declaración de fe". Desde ese momento, los medios de comunicación internacionales siguieron el asunto paso a paso. Econe prosperó y los fieles, despertando de nuevo, rentaron estadios gigantescos, uno tras otro, para echarle vivas de agradecimiento al "obispo rebelde", quién decía la Misa tradicional para ellos. En Ginebra le siguieron Besançon, Lille, y Friedrichshafen; las multitudes aumentaban cada vez, mientras que la televisión llevaba el mensaje de Lefebvre al mundo entero.

Al terminar el verano de 1976, en lugar de coronar a Friedrichshafen con una asamblea aún mayor, Lefebvre cambió de trayectoria y aceptó la invitación del Secretario de Estado, el Cardenal Benelli, de ir a Castel Gandolfo para ser recibido en audiencia privada por Pablo VI. Sólo Benelli estuvo presente durante la larga plática y no se permitió que los medios de difusión reportaran sobre el acontecimiento. Por consiguiente, aparecieron en la prensa informes imaginarios de la audiencia y hasta fotografías falsificadas. Sea como fuere, tras la plática cesó la confrontación. No hubo más Misas "de mitin", el Papa dejó de regañar, los medios perdieron interés en el asunto y los seguidores de Lefebvre quedaron desorientados.

El Arzobispo continuó entrenando a seminaristas y ordenándolos como sacerdotes, aunque el Vaticano se lo tenía prohibido. Al igual que los padres recalcitrantes De Nantes y Coache, fue suspendido *a divinis*. A pesar de todo, diez años más tarde su Sociedad Sacerdotal de San Pío contaba con prioratos, conventos, seminarios y capillas en veinte países y un cuerpo de más de doscientos sacerdotes recién ordenados. Durante esos años el viejo Lefebvre viajó a los cinco continentes y a Australia, vigilando sus numerosas casas y confiriendo el sacramento de la confirmación a miles de jóvenes. Finalmente, en 1988, a la edad de 82 años, tomó la importante decisión de consagrar a cuatro obispos, para que la ordenación de sacerdotes en la antigua fe pudiera seguir después de su muerte.

Así dentro de los límites clericales, puede decirse que el "movimiento Lefebvre" logró su propósito. Por lo que toca a sus seguidores, hombres y mujeres a los que se les ha puesto el nombre de "tradicionalistas", la falta de decisión de Lefebvre, en el momento preciso cuando parecía que su número alcanzaría a abarcar la cuarta o quizá hasta la tercera parte de los ochocientos millones de

católicos que había entonces, los dejó gravemente perturbados.

Después de Friedrichshafen hubo decaimiento y desde entonces ha existido poco crecimiento. No obstante, en muchos países los rebeldes se pusieron a trabajar con gran empeño y devoción para organizar centros para la Misa en salones de recepción de hoteles, bodegas vacías e iglesias protestantes abandonadas. En París ocuparon y siguen ocupando la iglesia de San Nicolás-du-Chardonnet, templo importante del barrio latino. Hoy en día hay en Francia unos mil altares donde se ofrece la Misa tradicional y quizá unos quinientos en los Estados Unidos, donde también se han creado pequeñas escuelas a costa de grandes sacrificios. Actualmente un viajero encontrará la antigua Misa en Tokio, en toda América Latina, en las islas del Pacífico de la Nueva Caledonia y entre los Zulús de Sudáfrica. No todos los sacerdotes son de Lefebvre* y debido a que el Arzobispo limita su autoridad a su propia Sociedad, existe la disensión, no respecto a la doctrina ni la práctica, pero sí a casi todo lo demás. Carente del liderato que él pudo proporcionar, la contrarrevolución está fragmentada.

¿Por qué esperó Marcel Lefebvre hasta que transcurrieran diez años después del Concilio para asumir una posición pública? ¿Por qué se retiró de esa postura en la cúspide del interés por lo que su presencia significaba? Es probable que se trate de las mismas razones que impulsaron a Eugenio Pacelli y a Giovanni Battista Montini a dedicar sus vidas a la transformación de la Iglesia, o sea, las presiones del medio familiar, la preparación en la juventud y, posteriormente, los poderosos argumentos persuasivos de sus colegas.

En el caso de Monseñor Lefebvre, lo que lo frenó fue el hecho de ser un Lefebvre. Durante cien años, la fami-

* Monseñor Lefebrve murió el 25 de marzo 1991.

lia le dio a la Iglesia un cardenal, un obispo y una veintena de sacerdotes, monjes y monjas. La Iglesia-como-Institución era la vida entera de la familia, algo que presionaba a Marcel en formas contradictorias. Al observar cómo la revolución estaba destruyendo el edificio, se vio impulsado a la rebeldía en su defensa, pero por otra parte, el quebrantar un voto vitalicio de obediencia a la autoridad eclesiástica era imposible de pensar. Para cuando permitió que la primera consideración tomara precedencia sobre la segunda, pasó el momento mágico de un gran retorno mundial, espontáneo, a la ortodoxia. La revolución se quedó.

Se sabe que el Papa Pablo lloró, en sus últimos años al mirar los resultados de los cambios que tanto él, como Gasparri, Benedicto, Pío y Juan lograron conseguir con el esfuerzo de todas sus vidas. Al contemplar las deserciones de monjas, sacerdotes y laicos, dijo que lo que se obtuvo fue la "autodestrucción". Por otra parte, a los no-católicos les puede resultar difícil comprender hasta qué punto fue exitoso el medio siglo de socavamiento. En la televisión, ven que multitudes aclaman a un Papa exuberante y saben que miles van a la iglesia los domingos. En verdad, si un millón de católicos persisten en las creencias, en los ritos y en las prácticas que sostuvo la Iglesia por dos mil años, este número de tradicionalistas es pequeño si se compara con varios cientos de millones que todavía van a sus iglesias parroquiales a escuchar la *Novus Ordo Missae*, conocida comúnmente como la Misa de Pablo VI.

Sin embargo, lo que ven los no-católicos es un cascarón, un andamiaje soportado por un sistema proliferante de diócesis a cargo de obispos sumisos al Vaticano, que ofrecen a los fieles un surtido de compromisos terrenales expresados en la jerga reconfortante del sociólogo. Las metas expresadas por la Conferencia Episcopal Chilena,

en su *Nueva Evangelización -1990*, son típicas: "Solidaridad con los pobres en toda América Latina, la insistencia en los derechos humanos y una dedicación a la promoción de una Nueva Cultura, es decir, "una nueva forma de ver, de sentir, de razonar y de amar en escala planetaria, eminentemente técnica y científica y rica en señales de esperanza". El programa omite la religión.

Si, como se estima, América Latina contará con el cincuenta por ciento de los católicos romanos para fines de siglo, el número total que se dividirá en dos puede ser bastante reducido. Los latinoamericanos son realistas, ya sea que desciendan de europeos, de indios o del mestizaje, están conscientes de que son mortales. Si por un lado los intelectuales eclesiásticos de la fe socavada sienten algún consuelo al pensar en una "rica esperanza en escala planetaria", el latinoamericano común se dirige a la religión buscando cómo enfrentarse a su propia mortalidad. Si los obispos de Chile y todos los de CELAM han olvidado las respuestas a sus inquietudes, él se irá con los protestantes, aunque esto signifique tener que abandonar su Santa Misa, sus amados sacramentos y su devoción a la Virgen María. En Brasil, hoy en día, hay más pastores evangélicos que sacerdotes católicos; en Guatemala, la tercera parte de la población ha acudido a las sectas fundamentalistas. Al hacer a un lado visiones hipotéticas de un mundo mejor para hablar sobre el Cielo, el Infierno, el Pecado y la Salvación, cualquier predicador protestante en América Latina puede mostrar gráficas de crecimiento futuro tan optimistas como las de un vendedor de autos en la Alemania unificada.

Fuera de América Latina, el Católico Nuevo, como los obispos de Chile, ha llegado a un entendimiento con la valiente nueva Iglesia que se atreve a dejar de lado las antiguas verdades. Desposeído de doctrina y de la mayor parte de la práctica que caracterizaba a la antigua fe, el

Católico Nuevo se imagina que queriéndolo o no, está en camino a la felicidad. Tiene que ir y tiene que llegar siempre que ame y siga con la multitud. El viaje es colectivo. El camino se llama "historia" y el tiempo, "cambio". Tanto la historia como el cambio son inevitables. Le suceden a la humanidad. Decía el Papa Pablo: "La gran esperanza del progreso humano que buscamos, radica en los cambios sucesivos inherentes en la historia"; para el ex Padre General de los Jesuitas, Pedro Arrupe, lo importante era "el cambio continuo, ese proceso vertiginoso de transformación al cual todo queda sometido".

Sometido así, el Católico Nuevo evoluciona de acuerdo a lo que se le dice es "el plan de Dios", volviéndose "cada vez más humano". Está convencido de que las dificultades, aun el caos de los barrios bajos metropolitanos, se pueden desvanecer en el amor. Por lo que toca a su estado futuro de felicidad, las señales confunden. Será quizá ese mundo mejor que Juan Pablo II llama "una civilización de amor". O podría ser el clásico "advenimiento del Mesías" de los judíos, una teoría que favorecen muchos teológos radicales; o el Cielo a la antigua. El Nuevo Católico se caracteriza por su esforzado optimismo y su notable docilidad.

No sucede así con los amantes de la tradición. Como si fueran parte de otro mundo, se ven a sí mismos como miembros de la Iglesia Militante. Para ellos la vida es real, va en serio y cada vida es cosa aparte. No se trata de la Humanidad, sino del Hombre en su Individualidad, el *Jedermann*, y aquel drama de la Edad Media marca el paso. Cada hombre es un protagonista, libre para hacer el bien y libre para hacer el mal. Causa el cambio, moldea la historia y sabe que se le pedirán cuentas de todo cuanto hace.

Los dos conceptos están diametralmente opuestos, de tal suerte que el Católico Nuevo y el Católico Viejo se han vuelto verdaderos extraños. La brecha es grande y

las polémicas actuales acerca de ritos, idioma, entrenamiento sacerdotal y hasta de la autoridad papal son los resultados, no las causas de una diferencia que versa entorno a algo intrínseco y mucho más grave. Tras seis décadas de socavamiento concienzudo, vinieron tres décadas de crisis, pero el asunto se remonta muchísimo más allá. Fue un notable chispazo de intuición histórica el que expresó el presidente mexicano Portes Gil a sus compañeros de banquete el verano de 1929: "La lucha no es nueva. Comenzó hace veinte siglos y continuará hasta el fin de los tiempos".

Posdata

Al lector erudito le podrá extrañar que un libro que versa sobre un tema tan grave, salga libre de un cargamento de notas, referencias de fin de capítulo y apéndices. Tranquilícese estimado lector, al saber que la autora se trajo de Roma a México cientos de kilos de "respaldos" que toman la forma de una cuantiosa colección de libros en cinco idiomas, una veintena de cajas llenas de artículos y recortes de periódicos, así como notas redactadas a través del espacio de veinticinco años. No hay escasez de fuentes de información; es más, hay un exceso. Si hubiera cedido a la tentación de apartarme del único tema de "socavamiento" o de usar información de la cual tuviera la más mínima suspicacia, el libro hubiera resultado dos o quizá tres veces más largo.

Sin embargo, si se ha de hallar en este libro la sensación de una realidad imponente, tiene que surgir de la experiencia singular de vivir y trabajar quince años como miembro acreditado del cuerpo de prensa del Vaticano.

La membresía no significa, como algunos se imaginan, tener un empleo en el Vaticano. Más bien, enviarle reportajes a algún periódico que le ha solicitado a la oficina de prensa del Vaticano, que le extienda acreditación y facilidades para el desempeño de su labor a su corresponsal. Estas facilidades incluyen un escritorio y servicio telefónico en un complejo de oficinas a orillas de la Plaza de San Pedro. Significa recibir un bo-

letín diario sobre nombramientos papales, audiencias y discursos del Papa y frecuentes invitaciones a conferencias de prensa que conceden eclesiásticos importantes—, recuerdo haberle planteado una pregunta al Cardenal Wojtyla. La membresía en el cuerpo de prensa del Vaticano tiene la ventaja del contacto diario con periodistas, colegas tanto italianos como extranjeros. Durante el Sínodo Episcopal Mundial, que dura un mes y que se celebra cada dos o tres años, hay una multitud de escritores especialistas de temas religiosos que vienen de todo el mundo; se vuelven a encontrar viejos amigos y aparecen nombres famosos. Durante mis años como vaticanista trabajé de cerca en cinco sínodos, dos cónclaves, dos elecciones y dos funerales papales.

En la perspectiva que proporciona tal colocación, hasta los acontecimientos que sucedieron mucho antes de que yo naciera toman visos de sorprendente realismo. Si algún estudioso imaginario me preguntara, por ejemplo, qué pruebas tengo de que existió una conexión Pacelli-Rothschild, tendría que reconocer que mucho antes de que se me ocurriera escribir este libro, había leído de ella en una o dos biografías populares. Sin embargo, también le haría notar lo sucedido no hace mucho, cuando tuve que hablar con jefes de departamento del Banco di Roma en Vía del Corso, para resolver el problema de traerme mis ahorros a México. Un comentario inocuo acerca de los fundadores del Banco obtuvo por respuesta que: "Sí, así es, fueron los Pacelli, la familia del Papa Pío XII. Puede usted ver toda la antigua documentación en nuestra sucursal EUR".

O tomemos por caso la cuestión siempre espinosa de tendencias dentro de la Compañía de Jesús. Al hacer un hallazgo especialmente alarmante, podría citar una referencia literaria, un párrafo de la página 94 de un curioso librito que fue a dar a un estante de

libros usados en una callejuela romana y notar su título: Preghiera dei Massoni *(Oración de los masones). Su autor se identifica como* Fratello Ignoto; *el libro fue publicado y sus derechos reservados en 1961 por la firma* Editori Nazionale. *A continuación el párrafo que nos interesa: "Una empresa muy reciente y original, es aquélla que comienza a surgir entre ciertos jesuitas en la Villa delle Rose en Roma, un intento de fundar una masonería católica, que ellos denominan Masonería Universal Moderna, bajo las siglas MUM, cuyos estatutos se basarán en las seculares tradiciones de honradez intelectual de los padres jesuitas".*

Aquí, pues, la prueba impresa debidamente documentada. ¿Y la prueba por experiencia? Hallé una de las invitaciones que dejaron en los salones de prensa del Vaticano un tal doctor Aldo Testa y su esposa, y acudí a una velada en su elegante apartamento en el barrio Parioli. Ahí me encontré entre unos cien invitados que vinieron a escuchar una plática por un residente de Villa delle Rose, el Padre Giovanni Caprile, S.J., de Civiltà Cattólica, *la llamada "voz no-oficial del Vaticano". El Padre Caprile explicaba cómo, a través de los años, llegó a considerarse "discípulo" del doctor Giordano Gamberini; al finalizar su conferencia, se adelantó a darle un afectuoso abrazo a Gamberini, Gran Maestro de la Logia Gran Oriente de Italia.*

Otro residente de la Villa delle Rose fue el historiador Robert Graham, amigo y colega, incapaz de afiliarse a la "empresa original". El Padre Graham fue uno de los cuatro jesuitas asignados a abrir los archivos del Vaticano que hacían referencia a la Segunda Guerra Mundial; él examinó todo cuanto se refiere a ese período en este libro y lo aprobó.

Se vieron tantas experiencias durante esos dieciséis años en Roma. Mi libro anterior, From Rome Ur-

gently, relata lo que fue vivir la época conocida como los anni di piombo, a mediados de los años setenta, que los italianos de hoy recuerdan como "los años del plomo". No pasaba un día de clase en que no tuviera la angustia de si regresaría mi hijo a casa con vida. Juntos asistimos a tres Misas de Réquiem para muchachos muertos a golpes o baleados por sus compañeros estudiantes, incitados por los socialistas. En las páginas 81 y 82 de este segundo libro se documenta la causa del sufrimiento prolongado de Italia, la camisa de fuerza que se le impuso a la Italia post-fascista, que fue aprobada por Washington y trazada por Pío XII y Josef Stalin a través de sus representantes, Giovanni Battista Montini y Palmiro Togliatti.

Dos hombres cuyos nombres forman parte de cualquier colección de material sobre el tema del socavamiento, cobraron vida una noche en la "Minerva", centro mundial de los dominicos en Roma, donde está enterrada Santa Catalina de Siena y donde durante los últimos días del Concilio, dos teólogos que aún eran ortodoxos elaboraban los detalles de la llamada Intervención Ottaviani-Bacci, sobre la validez de la Nueva Misa. Unos momentos antes de que el periodista Príncipe Guglielmo Rospigliosi comenzara su charla sobre "La Iglesia tras la cortina de hierro", hubo un murmullo cuando se vio entrar al salón la alta figura de Alfredo Ottaviani y otro cuchichero en el momento que un personaje clerical de mediana edad corrió a arrodillarse y besar su anillo. ¿Sabría el Cardenal, de 87 años y casi ciego, que quien le besaba la mano era el Arzobispo Annibale Bugnini, el "arquitecto" de la Nueva Misa?

Si las últimas páginas de este libro son de tono conmovedor, es porque recuerdo cómo, cuando comenzó la rebelión Lefebvre, parecía que las esperanzas de

que se restauraría la Iglesia no tenían límites y cómo lo que sucedió una tarde de mayo de 1975 parece increíble, a la luz de la confusión, fragmentación y agitación que caracterizan nuestros tiempos, siendo nada menos que la ocupación, sin previo aviso, sin autorización y sin oposición, de una de las cuatro grandes basílicas de Roma por parte de la Tradición Católica.

Unos cien jóvenes del seminario de Econe, vestidos de sotana y sobrepelliz, se reunieron repentina y silenciosamente en los anchos escalones frente a Santa María Maggiore y comenzaron a desfilar por sus grandes puertas en procesión solemne, mientras que el Arzobispo Lefebvre se arrodillaba al pie del altar, para comenzar la Misa de siempre, el cual se había construido hace mil quinientos años, y se fueron llenando los tres mil lugares de las bancas con fieles peregrinos de Francia. Una tarde para recordarse entre tantas tardes de Roma. Roma... Caput Mundi.

Mary Ball Martínez

Lista parcial de fuentes

- Conferencia de prensa

  Papa Juan Pablo I, Cardenal Wojtyla, Casaroli, Willebrands, Benelli, Etchegaray, Hume, Bernardin, Koenig, Krol, Tomko, Suenens, Hoeffner, Pignedoli Msgr. Lefebvre, Frs. P. Arrupe, A. Greely, P. Hepplethwaite, Gustavo Gutiérrez, etcétera.

- Entrevistas, conversaciones personales

  Msgr. Lefebvre, (seis entrevistas en total, cerca de once horas), Cardenal Wright, Msgr. G. des Lauriers, Msgr. R. Williamson, Frs. J. Saenz Arriaga, Kenneth Baker, Antonio Caruso, Giovanni Caprile, Louis Coache, Noel Barbarà, Didier Bonneterre, Georges de Nantes, G. Putti, Ducaud-Bourget, Robert Graham, Vincent Miceli, F. MacNutt, Roberto Tucci, etcétera y laícos importantes: Joaquín Navarro-Vals, Jean Madiran, Robin Anderson, Michael Davies, Hansjakob Stehle, Rosemary Goldie, Daniel James, Rama Coomaraswamy, Elizabeth Gerstner, Mario Tedeschi, Gustave Thibon, Marcel de Corte, Hamish Frazer, Salvador Borrego, Wiegand Siebel, Donald Demarest, Antonio Rius Facius, Antonio Gómez Robledo, Guglielmo Rospogliosi, etcétera.

• Información especial

Boletines vaticanos diarios, 1973-1987
Boletines diarios del Radio Vaticano para la Prensa, 1973-1987
Periódicos diarios de Roma (*l'Osservatore Romano, Il Tempo, Il Messagerro*) 1968-1987

• Bibliografía parcial consultada

Abbot, W.	The Documents of Vatican II	Guild Press, N.Y.	1966
Alimenti, D.	Il Caso Lefebvre	Cartia, Roma	1977
Anderson, R.	St. Pius V.	St. Michael, Roma	1973
Andreotti, G.	Ore 13	Rizzoli, Milan	1976
Bonneterre, D.	Le Mouvement Liturgique	Fideliter, Escurelles	1980
Borrego, S.	Derrota Mundial	México	1955
Carpi, P.	Le Profesie di Giovanni XXIII	Milán	1975
Caruso, A.	Dio Contestato	Liver, Napoles	1974
Casini, T.	The Torn Tunic		
Cianfarra, C.	The Vatican and the War	Dutton, N.Y.	1944
Ciano, G.	Diaries		
Congar, Y.	Challenge to the Church	Collins, Londres	1976
Coomaraswamy, R.	Destruction of the Christian Tradition	Perennial, Londres	1981
Cotter, J.	A Study in Syncretism	C.I.P. Flesherton	1979
Curver, A.	Le Pape Outragé	Laffont, Paris	1964
Davies, M.	Pope John's Council		
Davies, M.	Apologia pro Msgr. Lefebvre	Angelus, Dickinson	1979
De Corte, M.	La Grande Heresia	Volpe, Roma	1970
Demarest, D.	The Dark Virgin	Academy Guild, Fresco	1959
De Poncins, L.	State Secrets	Britons, Devon	1975
Dulles, A.	Models of the Church	Doubleday, N.Y.	1974
Elliot, L.	I Will Be Called John	Dutton, N.Y.	1973
Eppstein, J.	Has the Catholic Church Gone Mad?	Arlington, N. Rochelle	1971
Eppstein, J.	Cult of Revolution in the Church	Arlington, N. Rochelle	1974
Fabre-Luce,	Processo a De Gaulle	Il Borghese, Roma	1965
Fahey, D.			
Falconi, C.	Il Silencio di Pio XII	Sugar, Milan	1965
Felici, I.	Saint Pie X	Coucrier de Rome, Paris	1990
Figueras, A.	Msgr. Ducaud-Bourget	Chiré, Paris	1977
Floridi, U.	Moscu e Il Vaticano	Matriona, Milan	1976
"Fra. Ignoto"	La Preghiera del Massone	Nazionali, Milan	
Gambra, J.	Mons, Lefebvre	Mumbert, Madrid	1977
Gauthier, R.	Moinseigneur Lefebvre	Albatross, Never	1976
Gerstner, E.	Die Traditionalisten	Benziger, Zurigo	1970
Gibson, H.	Paul VI's Legacy	Panakal, Cochin	1979
Gómez Robledo, A.	El Caso Lefebvre		
Haleckl, O.	Eugenio Pacelli, Pope of Peace	Farrar, Strauss, Toronto	1951
Hanu, J.	Non	Stock, Paris	1977
Hatch, A.	A Man Nämed John	Hawthorne, N.Y.	1963
Heenan, J.	Crown of Thorns		
Hitchocock, J.	Decline of Radical Catholicism	Herder	1971
Isaac, J.	L'Esseignement du Mépris	Fasquelles, Paris	1965
James, D.	Red Tactics in the Americas	Day, N.Y.	1955
Kaiser, R.	Pope, Council and World	MacMillan, N.Y.	1963
Katz, R.	Black Sabbath	Barker, Londres	1969
Krämer-Badoni, R.	Rom und Lefebvre	Herbig, Berlin	1980

Küng, Hans	Council, Reform and Renewal	Image, N.Y.	1965
Lapide, P.	The Last Three Popes and the Jews	Souvenir, Londres	19
Lefebvre, M.	Un Eveque Parle	St. Martin, Jarzé	1974
Lefebvre, M.	J'Accuse le Concile	St. Gabriel, Montigny	1976
Lemus, J.B.	Le Modernismi	Pera, Roma	1904 '74
Levy, G.	Catholic Church and Nazi Germany	McGraw-Hill, N.Y.	1965
"Lo Svizzero"	La Chiesa Dopo Giovanni	Il Borghese, Roma	1964
Madiran, J.	Msgr. Lefebvre & La Saint Office	Iteneraires, Paris	1979
Malinsky, M.	Mon Ami, Karol Wojtyla	Le Centurien, Paris	
Martin, M.	La Dificile Scelta (M. Serafin)	Feltrinelli, Milán	1964
Martin, M.	Decline & Fall of the Roman Church	Putman, N.Y.	1981
Marziac, J.J.	Soleil Levant ou Couchant?	N.E.L. Riddes	1979
McCullough, F.	Red Mexico	Carrier, Montreal	1928
Meyer, Jean	Apocalypse au Mexique	Gallimard-Julliard	1974
Miceli, V.	The Gods of Atheism	Arlington, N. Rochelle	1975
Murphy-McColun	Synod '67	Bruce, Milwaukee	1968
Normandin, Y.	Un Curé dans la Rue	Heritage, Montreal	1976
O'Carroll, M.	Pius XII, Greatness Dishonored	Franciscan, Chicago	1980
Oram, J.	Pope John Paul II	Australia	1979
Orlowsky, V.	By Way of Deception	St. Martin, N.Y.	1990
Osorni, J.	Uomini di Dio e del Diavolo	Volpe, Roma	1965
Pallenberg, C.	Inside the Vatican	Hawthorne, N.Y.	1990
Peyrefitte, R.	Le Cavaliere di Malta	Longebl, Milán	1968
Poradowski, M.	El Marxismo Invade la Iglesia	Univ. Valparaiso, Chile	1974
Pinay, M.	The Plot Against the Church	St. Anthony, Los Angeles	67
Purdy, W.A.	Church an the Move	Hollis, Londres	1965
Raffalt, R.	Wohin Steuert die Vatican?	Piper, Munich	1973
Rahner-Von Galli	La Reforma que Llegá de Roma	Guarda, Barcelona	1970
Roche, G.	Pie XII avant l'Histoire		
Rius Facius, A.	México Cristero	Patria, México	1966
Salleron, L.	La Soverslone della Liturgia	Volpe, Roma	1968
Séront, P.	Les Vaincus de la Liberation	Document, Paris	1965
Stehle, H.D.	Die Ostopolitik des Vatikans	Piper, Munich	1973
Sterling, C.	La Trama del Terrore	Mondatore, Milán	1981
Svidercoschi, G.	La Storia del Concilio	Milán	1967
Tedeschi, M.	Le Pericoli del Concilio	Il Borghese, Roma	1962
Teilhard de C.P.	Letters from a Traveller	Colling, Londres	1962
Tanferna, M.	Essenza della Massoneria	Parva Favilla, Roma	1971
Vañonni, G.	Le Societá Segrete	Sansone, Florencia	1985
Wiltgen, R.	The Rhine Flows Into the Tiber	Hawthorne, N.Y.	1967
"Xavier Rynne"	Letters from Vatican City	Image, N.Y.	1964
"Xavier Rynne"	Vatican Council II	Farrar, Strauss, N.Y.	1968
Yallop, D.	In God's Name	Jonathan Cape, Londres	1984

- Actos presenciados por la autora tratados en el libro, comprenden:

  La peregrinación tradicionalista a Roma en 1972. La peregrinación del Año Santo. Día de la Paz en Asís. Funerales de Pablo VI. Elección de Juan Pablo II. Ordenaciones en Econe, Suiza en 1976, 1978, 1981. Conferencia de CELAM en Puebla, México en 1979. Sinodos mundiales episcopales con duración de un mes cada uno en 1974, 1977, 1980, 1983, 1985. Sucesos "carismáticos" en la Basilica de San Pedro, entre otros.

ÍNDICE DE NOMBRES

Adam, N., 191
Alfrink, B., 113
Alinsky, S., 105, 130
Andreotti, G., 63, 64, 65
Adrieu, M., 51
Arrupe, P., 85, 197
Askanazy, V., 11

Baggiani, G., 60
Baker, K., 90
Barth, K., 19
Baum, G., 112
Bea, A., 75, 87, 93, 106, 112, 124, 133
Beauduin, L., 48
Benedicto XV (Giacomo Della Chiesa), 24, 30, 36, 37, 42, 43, 44, 49, 60, 64, 85, 103, 120
Benelli, G., 139, 193
Benigni, V., 43
Bergman, E., 89
Bernardini, G., 77
Bittlinger, A., 129
Blavatsky, H., 35
Boff, L., 174
Bonhöffer, D., 19
Bonneterre, D., 74, 92
Bony, M., 50, 51
Borges, J. L. 11
Boudrillat, C., 77
Boyer, C., 71
Brady, N., 57
Briand, A., 56
Brown, R., 91, 165
Bluckley, W.F., 57
Bugnini, A., 81, 93, 100, 101, 108
Buñuel, L., 89

Cámara, H., 97
Camus, A., 147
Capistrán Garza, R., 56, 57
Caprile, G., 109
Carpi, P., 121
Casaroli, A., 67, 97, 151, 179
Casini, T., 11
Charest, J., 51
Christie, A., 11
Churchill, W., 78, 97
Ciano, G., 98
Cicerin, G.V., 85, 103
Cicognani, A., 100, 113, 162
Clement, M., 109
Clinton, F., 87
Coache, L., 12, 13, 193
Colombo, C., 137
Confalonieri, G., 52, 113
Congar, I., 18, 99, 106
Cooper, G., 125
Cornwell, J., 138
Cox, H., 19
Cretineau-Joly, J., 32
Crowley, A., 35

Dalai Lama, 174
Danièlou, J., 73, 106

D'Arcy Osborne, F., 82
Daudet, L., 49
De Corte, M., 12
De Gaulle, C., 50, 73, 161
De Lubac, H., 18
De Nantes, G., 12, 99, 132, 193
De Quatro, A., 50-52
Dezza, P., 130
Diaz Barreto, P., 57, 58
Dior, C., 72
Döpfner, J., 112
Dreyer, L., 89
Dubois, C., 51
Dubois-Dumée, F., 106
Ducad-Bourget, F., 13
Dulles, A., 15, 18, 19, 92
Du Plessis, D., 128

Elias Calles, P., 56, 57, 179
Eppstein, J., 100
Etchegaray, R., 154

Feltin, M., 95
Franz Josef, Káiser, 29, 34, 43, 142
Franzoni, G., 33
Frazer, H., 127
Friedlander, S., 78
Frings, J., 168

Garibaldi, G., 61
Garonne, G., 88, 90, 153
Gasparri, P., 24, 30, 36, 43, 44, 51, 54, 61, 68, 120, 137, 179
Gerstner, E., 105-108, 110, 111
Gibbons, J., 38
Gierek, J., 151
Gijsen, J., 166-167
Gilson, E., 12
Glorieux, A., 107
Goldie, R., 106, 110, 138, 170, 171
Gomulká, W., 152
González Valencia, 55
Graham, R., 78, 80
Graves, R., 11
Gregorio XVI (Bartolomeo Cappellari), 31, 32
Groeber, K., 74
Guitton, J., 15
Gutiérrez, G., 174

Halifax, E., 48
Häring, B., 106, 112
Harnack, A., 91
Harper, M., 128
Hartmann, F., 35
Heeman, J., 111, 119
Heidegger, M., 147, 169
Heim, B., 111, 161
Hitler, A., 65, 79, 82
Hnilca, F., 154
Hochhuth, F., 78, 80
Holmes, D., 81
Illich, I., 33
Innitzer, T., 65

Juan XXIII (Angelo Roncalli) 14, 21, 24, 35-37, 46, 119-123
Juan Pablo I (Albino Luciani) 112, 131-139, 140
Juan Pablo II (Karol Wojtyla) 38, 71, 81, 88, 140-155, 166, 190, 197
Jouin, R., 34, 35
Jungmann, A.J., 86, 88, 155

Kallay, F., 78
Kluger, J., 143, 144
König, F., 112

Kouaric, K., 173
Krol, J., 62
Kundera, M., 178
Küng, 91, 110, 112, 115
Kydrynski, J., 145

Landazurri Ricketts, J., 113
Langley, C., 161
Larraona, A., 107
Le Caron, H., 69
Lefebvre, M., 40, 53, 114-116, 132, 153, 162, 164, 175, 191-195
Legorreta, A., 58
Lehnhart, Pasqualina, 80
Leiber, R., 80
Lenin, V., 29, 151
León XIII (Gioccino Pecci) 30, 33, 36, 39, 48, 63
Lercaro, G., 11
Lienart, A., 95
Loisy, A., 74
Longo, L., 98
Lorenzi, D., 134
Lovatelli, C., 71
Lowell, R., 11
Luce, C.B., 125
Luciani, E., 135

Madiran, J., 12
Magee, J., 134, 137
Maglione, L., 78, 79, 124
Malinsky, J., 148, 150
Manning, R., 178, 181, 190
Maritain, J., 68-70, 73, 104, 105, 127, 130, 155, 160, 181
Maritain, R., 73
Martin, M., 69, 106 124
Maughan, S., 35
Mauriac, C., 72
Mauriac, F., 12
Maurras, C., 49-53, 61
McIntyre, J., 174
McGrory, M., 134
McCullough, 186
Menuhim, Y., 11
Mercier, D., 47, 48, 50, 190
Merry del Val, R., 38, 40, 43, 61, 120
Mersch, E., 117
Messori, V., 168, 169, 170
Meyer, J., 186-188
Molinari, P., 109
Monteuil, J., 72
Montini, Giorgio, 32, 36, 37, 38, 93
Montini, Giuditta, 37, 120
Morgenthau, H., 78
Moro, A., 131
Morrow, D., 58
Muller, J., 82
Murdoch, I., 11
Mussolini, B., 46, 61, 62, 136, 137
Mussolini, R., 62

Nenni, P., 81
Nicodim, M., 114
Nichans, P., 125

O'Connell, W., 56, 57
O'Flaich, M., 173
Oram, J., 145
Ortega, D., 44, 181
Ottaviani, A., 141

Paccini, G., 79
Pacelli, C., 73
Pacelli, F., 126
Pacelli, M A., 31, 32

Pallenberg, C., 125
Panciroli, R., 140
Pablo VI (Giovanni Battista Montini) 10, 11, 15, 23, 30, 31, 36, 37, 60, 70, 80, 84, 85, 88, 89, 102-104, 110-115, 127-131, 135, 168, 191-195
Pétain, H., 72
Piasecki, B., 150
Pignedoli, S., 39
Pio IX (Giovanni Mastai-Ferretti), 16, 30, 31, 32, 33, 121
Pio X (Giuseppe Sarto) 37-44, 46-47, 53, 91
Pio XI (Archille Ratti) 23, 30, 36, 37, 45-50,59, 63-65, 79, 87, 162, 178, 180
Pio XII (Eugenio Pacelli) 15, 16-19, 22-24, 29-33, 44, 59, 60, 62-68, 70-73, 76-84, 87-89, 91-98, 101-105, 108-110, 113, 120-126, 128, 144, 149, 162, 164, 172-173, 175-176, 179-180, 187, 194
Poincaré, R., 51, 179
Portes Gil, E., 188, 198
Potter, P., 133, 134
Purdy, W., 71

Radini-Tedeschi, G., 36, 40, 46, 120
Radziszewki, I., 152
Raffalt, R., 11, 89
Rahner, K., 147, 168-169
Rampolla del Tindaro, M., 34, 35, 41, 42, 43, 50, 126
Ratzinger, J., 106, 112, 163, 167-173, 176, 190
Ready, M.J., 83
Reuss, T., 35
Riding, A., 185
Rius Facius, A. 187
Riva y Damas, J., 165, 166
Roche, G., 80
Röding, J., 103
Romero, O. A., 165
Roosvelt, F.D., 66, 77, 78, 84, 97
Rosenberg, J.E., 98
Rotondi, V., 15, 29, 125, 126
Ruiz Flores, L., 57, 58

Salleron, L., 12
Samoré, A., 97
Sanders, M.K., 105
Sangnier, M., 44
Sapieha, A., 148
Sartre, J. P., 147
Scheler, M., 151, 153
Segovia, A., 11
Silva Henriquez, R., 113
Siri, G., 64
Smith Harris, R., 85
Somoza, 189
Spark, M., 171
Spellman, F., 66, 77, 92
Stalin, J., 83
Stehle, H.J., 103
Steiner, R., 35, 60, 121, 148
Stepellone, A., 133
Suenens, L., 48, 106, 112, 113, 129
Suhard, E., 95
Sullivan, F., 165

Tanenbaum, M., 135
Tardini, D., 125
Taylor, M. C., 66, 84
Teilhard, de Chardin, P., 44, 66-68, 72, 98, 160

Testa, A., 201
Thibon, G., 12
Tisserant, E., 81, 114
Togliatti, P., 84, 85
Tomko, 114
Torres, C., 98
Trethowan, I., 102
Tucci, R., 106
Turowitz, J., 141, 150
Tyranowsky, J., 147
Tyrel, G., 74

Waugh, E., 101
Wiesel, E., 185
Wiesenthal, S., 34
Willebrands, J., 128, 134, 138
Williams, G.B., 151
Williams, R., 128
Wiltgen, R., 107
Wojtyla, Edvard, 143
Wojtyla, Emilia K., 142
Wojtyla, Josef, 141-143
Wright, J., 101
Wyszinski, S., 152

Vannoni, G., 35
Victoria, Reina, 36

Yallop, D., 138-139

Zablocki, J., 151

Los once papados tratados en este libro

Gregorio XVI	(Bartolomeo Cappellari)	de	1831
Pio IX	(Giovanni Mastai-Ferreti)	de	1846
Leoón XIII	(Giocchino Pecci)	de	1878
Pio X	(Giuseppe Sarto)	de	1903
Benedicto XV	(Giachomo Della Chiesa)	de	1914
Pio XI	(Achille Ratti)	de	1922
Pio XII	(Eugenio Pacelli)	de	1939
Juan XXIII	(Angelo Roncalli)	de	1958
Pablo VI	(Giovanni Battisti Montini)	de	1963
Juan Pablo I	(Albino Luciani)	de	1978
Juan Pablo II	(Karol Wojtyla)	de	1978

SE SOCAVA LA IGLESIA, quedó totalmente impreso y encuadernado el 30 de marzo de 1994. La labor se realizó en los talleres del Centro Cultural EDAMEX, Heriberto Frías 1104, Col. del Valle, México 03100. Se hicieron 3,000 ejemplares.

CALIDAD TOTAL

APRECIABLE LECTOR: ESTE LIBRO HA SIDO ELABORADO CONFORME A LAS MÁS ESTRICTAS NORMAS DE CALIDAD. SIN EMBARGO, PUDIERA SER QUE ALGÚN EJEMPLAR RESULTARA DEFECTUOSO. SI ESO OCURRIERA LE ROGAMOS COMUNICARSE CON NOSOTROS PARA REPONERLE SU EJEMPLAR INMEDIATAMENTE.

EDAMEX ES UNA EMPRESA MEXICANA COMPROMETIDA CON EL PÚBLICO LECTOR DE HABLA CASTELLANA, QUE TIENE DERECHO A EXIGIR DE LAS EMPRESAS EDITORAS UNA CALIDAD TOTAL.

LOS *LIBROS* HACEN *LIBRES* A LOS HOMBRES

SOCAVAR = QUITAR LOS CIMIENTOS

He aquí una llamada de atención para los verdaderos católicos.

La nueva extraña Iglesia Católica es producto de una labor de socavamiento tenaz llevada a cabo por los máximos jerarcas del Vaticano, a partir del Papa Benedicto XV.

La figura dominante en este proceso es Eugenio Pacelli (Pio XII), seguido por Juan XXIII y Pablo VI, este último creador de la Iglesia Montiniana.

"Socavar", Según el diccionario significa "quitar los cimientos de un edificio por medios clandestinos".

Este libro expone por primera vez, eslabonándolos, los movimientos del Vaticano que forjaron la extraña Nueva Iglesia Católica.

ACERCA DE LA AUTORA

MARY BALL DE MARTÍNEZ. Nació en Estados Unidos. Mexicana por naturalización. Fue corresponsal durante 15 años en el Vaticano de las publicaciones *The Wanderer, National Review* y *The American Spectator*. Entrevistó a numerosas personalidades vaticanas, entre éstas a Monseñor Lefevre, G. de Lauriers y Robert Graham. Colabora esporádicamente en los principales periódicos de México. Su libro "Se socaba la Iglesia" apareció originalmente en Alemania donde es un éxito de librería; fue traducido al inglés y distribuido en 24 países de habla inglesa.

ISBN: 968-409-766-2

9 789684 097667

LOS *LIBROS* HACEN *LIBRES* A LOS HOMBRES

HERIBERTO FRÍAS 1104 EDAMEX MÉXICO, DF. 03100